

★ *Hotel*
BCSfORO



ESMAHAN AYKOL



Una trama electrizante, llena de suspense y giros argumentales, que nos seduce con su protagonista femenina, una irresistible fisgona en la irresistible Estambul.

Lectulandia

Kati Hirschel tiene dos pasiones: las novelas policíacas y Estambul. Para unir sus dos grandes amores, la joven alemana ha decidido abrir la primera librería especializada en novela negra en la capital turca, donde reside desde hace años.

Dedicada a su pequeño negocio y a ir mejorando día a día su pobre nivel de turco, lo que Kati no se imagina es que la llegada a la ciudad de una vieja amiga suya y célebre actriz, Petra Vogel, le concederá una ocasión inmejorable para poner a prueba sus dotes de detective. Y es que Petra se disponía a participar en el rodaje de una película cuyo director, Kart Müller, de repente aparece asesinado en la bañera del hotel Bósforo.

Desde este momento, Petra se convierte en uno de los principales sospechosos del crimen. Sin embargo, la investigación parece avanzar muy lentamente y no dar ningún fruto, como Kati irá viendo gracias a la relación que establece con el inspector que lleva el caso.

Profundamente intrigada, no sólo por la situación de su amiga sino también por ser el primer caso policial verdadero con el que topa, Kati decide convertirse en protagonista del mismo, emulando así a sus héroes literarios. A partir de ahora, ella llevará su propia investigación paralela y seguirá sus propias pistas.

Lectulandia

Esmahan Aykol

Hotel Bósforo

Kati Hirschel - 1

ePub r1.0

Titivillus 05.08.2017

Título original: *Kitapç1 dükkân1*
Esmahan Aykol, 2001
Traducción: Karen Eskenazi Kent

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Voy dando vueltas como loca alrededor de la librería: no hay sitio para aparcar. Este paseo matutino de más de media hora para encontrar un hueco donde meter el coche me pone de los nervios ¡Esto es el colmo! Me pregunto qué pasaría si me diera un ataque aquí mismo. ¿Acaso vendrían a socorrerme el del colmado o el repartidor de té? Y si así fuera, ¿serviría de algo su ayuda? Creo que más vale no perder los estribos. Justo cuando intento convencerme acerca de todo esto, veo a un hombre abrir la puerta de su coche. ¡Por fin! Como bien dice el refrán, Dios aprieta pero no ahoga.

Juan Antonio, mi querido Fofó, anda, desde hace dos semanas, enamorado hasta la médula. Se ve que se conocieron en Sile, en la costa del mar Negro, donde Fofó había ido a pasar el fin de semana. Mirándolo bien, me resulta tan increíble que no hayan coincidido antes, como que no se hayan conocido aquí en Estambul, sino en Sile. Pero en fin, el hecho es que se vieron y se enamoraron. Alfonso enseña castellano en el Centro Cultural Español, en Estambul, y en cuanto a Fofó, se supone que me ayuda en la librería. No voy a ser injusta, hasta hace un par de semanas me ayudaba de verdad. Sin embargo, ahora no le veo el pelo, salvo cuando viene a casa a cambiarse. Se puede decir, sin exagerar, que a lo largo de la última quincena habremos mantenido, como mucho unos veinte minutos de conversación.

Desde que se convirtió en una mariposa enamorada, soy yo quien abre la tienda por las mañanas, lo cual implica que tengo que madrugar todos los días, y, cuando llega la noche, me dejo caer en la cama hecha un trapo. Se acabaron para mí la vida social y las salidas nocturnas. Últimamente incluso a Lale la veo sólo a ratos.

Menos mal que me gusta lo que hago, aunque mi trabajo me gustaba más cuando no tenía que permanecer clavada en la librería durante diez horas diarias. «Lo más natural del mundo es que al que le gusta leer novelas negras le guste también venderlas», me había dicho Fofó. Lo mismo pensé yo cuando decidí poner la librería. Por una vez, coincidimos en una idea.

Gracias a mi querida librería conozco a cada lector de novelas negras que reside en Estambul o que está de paso por ella y por el barrio de Kuledibi. Hace tres años, cuando acababa de inaugurar la tienda, uno de mis primeros clientes fue Mike Jagger. Al principio me quedé atónita y luego me puse muy nerviosa. La verdad es que no le pedí ningún autógrafo y tuve que resistir la tentación de rogarle que nos hiciéramos una foto juntos. Ni siquiera dejé ver que sabía quién era. Lale se había burlado de mí un montón. «A veces te sale la vena alemana», me decía; aunque me parece que lo que salía no era mi vena alemana, sino mi vena tonta. Y ojo, que ahora viene lo mejor, ¿saben por qué fingí no reconocerlo? Porque creía que era la manera en que tenía que comportarse una mujer de negocios. En aquel entonces me tomaba por la

magnate Güler Sabanci. Menos mal que esos aires de grandeza no duraron mucho tiempo. De cualquier modo, cuando toca trabajar como un negro, uno se siente más bien como una criada cualquiera.

Con todo, las cosas me van mucho mejor que antes: he aprendido el oficio y no tengo muchos problemas financieros. De hecho, pienso hablar con Fofó, ya que si piensa seguir en el limbo, sin volver a la librería, tendré que contratar a otro.

Fofó tiene la mentalidad de un ama de casa de clase media. Es de los que, en cuanto encuentran un hombre en quien apoyarse, dejan de trabajar. Y luego, cuando se divorcian, no saben por dónde tirar.

No es la primera vez que le ocurre. Cuando nos conocimos hace un par de años, él acababa de llegar a Estambul tras los pasos de un turco del que se había enamorado en Granada, su ciudad natal. El amante, que se llamaba Ali, era un abogado con corbata —nada más pensarlo se le ponen a uno los pelos de punta—. Era obvio que, tratándose de Fofito, una relación así no podía durar mucho. Sin embargo, tengo que decir que tuvo más aguante de lo que cabía esperar, puesto que siguió con aquel hombre cerca de un año. El tipo escondía a los amigos su relación con él, incluso evitaba que supieran de su existencia. Fofó, en cambio, por alguna razón que se me escapa, se moría de ganas por conocer a esos amigos trajeados. Irrumpía a veces por sorpresa en el despacho, no para asegurarse de que no había ningún otro amante, sino con la esperanza de encontrarse con alguno de aquellos señores y tener la oportunidad de conocerlo. Esta situación nos sacaba de quicio tanto a Lale como a mí. Hacia el final, la situación se volvió insostenible. Fofó se tiraba horas en casa mirando la tele, lo cual resultó en cierto modo provechoso, ya que le ayudó a aprender turco. Ahora habla con un pésimo vocabulario televisivo y dice cosas como «uauh, estoy en plena forma» o «haz la prueba del algodón», pero da igual, todos los que miran la tele lo entienden perfectamente. Superado el problema de Ali, las cosas volvieron a su cauce. Fofó se mudó a mi casa y empezó a trabajar en la tienda. A la hora de enfrentarse a la vida, no es más que un niño. Ya veremos cuáles serán sus vivencias con el amante de turno. Hace dos semanas que estoy de lo más preocupada.

Aún no he conocido a su nuevo amor. Durante nuestros breves encuentros, he sometido a Fofó a interrogatorios, pero no hay que olvidar que, hoy por hoy, es un hombre enamorado, por lo que sus palabras no son de fiar. Si bien intenta no aparentarlo, Lale también está preocupada. Me dice: «Qué turca estás hecha, aparte de ser una típica madre turca de un niño». Creo que no se da cuenta de lo que dice, y encima se cree distinta de mí. Lo que pasa es que estamos preocupadas porque las dos conocemos muy bien a Fofó y sabemos cómo se deja arrastrar. Yo estoy más que preocupada, tengo los nervios de punta.

Por eso me saca tanto de mis casillas perder el tiempo buscando aparcamiento.

Normalmente, uno abre la tienda, la airea un rato, se toma un par de cafés y entonces se siente preparado para afrontar la vida diaria. Pero esta vez no sucedió así, sino que el teléfono empezó a sonar justo cuando introduje la llave en la cerradura.

Odio las prisas. Abrí la puerta rápidamente, cogí el teléfono al vuelo: una alegre voz de mujer que hablaba en alemán, de buena mañana. Esto me supera. A esas horas, no hay quien aguante a una mujer de humor rebosante.

—Tu madre me dio tu número, y el de tu madre lo encontré en la guía —dijo.

—¿Dígame? ¿Quién es usted?

¡Pero si era Petra! Mi amiga de la facultad. Hacía una eternidad que no nos veíamos, por lo menos unos quince o dieciséis años. De hecho, supe de ella a través de la prensa y demás medios. Aunque no a nivel internacional, a ojos de los alemanes es una estrella de cine. De todos modos, ¿cuántas estrellas de cine ha dado Alemania aparte de Marlene Dietrich? Incluso ella, en el fondo, era más estadounidense que alemana.

¿Qué estaba diciendo?

Petra estudiaba teatro en la universidad. Tras licenciarnos, yo cogí mi mochila en busca de una nueva ciudad, y con el tiempo, perdimos el contacto. Siempre sucede lo mismo.

Cuando yo aún vivía en Berlín, Petra había empezado a salir en la tele. Incluso había conseguido un papel en *Tatort*, que sigue siendo uno de los mejores productos de toda la programación televisiva alemana. Durante los más de diez años que no nos vimos, cada vez que viajé a Alemania, fui a ver las películas en las que actuaba, e incluso fui a ver una película alemana que pasaron en el Festival de Cine de Estambul sólo porque su nombre figuraba en ella.

Había ido a ver sus películas, leído las entrevistas en las revistas sin saltarme palabra; pero, ya se sabe, tenía ese complejo de inferioridad que se siente cuando una amiga se hace famosa y que te lleva a pensar cosas del estilo de «Si nos encontramos en la calle, seguro que ni me reconoce» o «Si la llamo por teléfono, su secretaria no dejará que hable con ella». De hecho, no había ningún motivo real para ello. Al fin y al cabo, nunca nos habíamos encontrado en la calle y tampoco la había llamado por teléfono. No tenía ni la más remota idea de si la fama se le había subido a la cabeza. Y ahora, como pasa en las novelas, «ella se encontraba al otro lado del aparato», y puesto que me llamaba por teléfono, o no tenía tantos humos, o había dejado de ser famosa para convertirse en una pobrecilla que vivía de subvenciones. Y ahora, harta de vivir de subvenciones, intentaba encontrar una salida. Así que me llamaba para pedirme dinero o trabajo. Disponía de un poco de dinero para prestar; en este aspecto, mis amigos opinan que soy más eficiente que el Estado alemán. Si lo que quería era trabajo, podía hablar hoy mismo con Fofo. Así que, se mire por donde se mire, «la voz al otro lado del aparato» había acertado.

—Te perdí la pista. No sabes cuánto quería localizarte. Cada vez que veía a alguno de los antiguos compañeros, preguntaba por ti. Ayer, en el estreno de una película, me encontré con Alex. Vive en Berlín, trabaja como cámara. Me dijo que te había visto hace unos veranos y que te quedabas en casa de tu madre. Entonces pensé que podría llamar a tu madre. No sé cómo no se me había ocurrido antes. ¿Y tú? ¿Por

qué no me has llamado?

Farfullé algo sin pies ni cabeza, puesto que no podía decirle: «No te he llamado porque te has hecho famosa», y además, no pensaba que fuéramos dos amigas del alma que hicieran todo lo posible por encontrarse.

—¿Vendrás a Alemania? —preguntó.

—No lo sé —contesté, a pesar de que por el momento no tenía previsto ningún viaje. Pensé que tal vez no sería mala idea ir a visitarla. Me alegraba constatar que no se había vuelto una engreída. Se merecía que fuera a verla, aunque eso implicara tener que viajar a Alemania.

Después de colgar, clavé la mirada en el aparato de teléfono que reposaba sobre la mesa como una serpiente negra y me quedé observándolo durante diez minutos por lo menos. No es que estuviera loca por el aparato, sino que había quedado desconcertada. ¡Petra venía a Estambul! Iba a protagonizar una película turco-alemana cuya acción transcurría en Estambul. Iba a quedarse aquí más de un mes. No me pedía dinero ni trabajo, y ni siquiera quedarse en mi casa. Sólo quería volver a verme, chismorrear como dos viejas amigas, darme los nombres de las cremas antiarrugas que hacían desaparecer las bolsas de debajo de los ojos, o enseñarme un truco de su invención para sacar las manchas de cal de las fregaderas sin dañar el esmalte. En otras palabras, quería hacer conmigo lo mismo que hacen dos amigas, como si no fuera famosa.

Tras salir de mi asombro, decidí, aunque fuera tarde, prepararme el café antes de empezar el día. Un rinconcito de la tienda nos sirve de cocina. Tanto Fofó como yo tomamos tazas de té y de café a lo largo del día, ya que pedir las al *çayci*, es decir, al repartidor de té del inmueble, era una ruina. Era muy probable que, gracias al dinero que el *çayci* Recai había ganado con nosotros antes de que se nos ocurriera montar la cocina, hubiéramos contribuido a que se construyera otra chabola, de esas que se desmoronan en el primer terremoto de fuerza 5,8.

Mirándolo bien, los *çaycis* me encantan, sobre todo cuando los comparo con esas odiosas máquinas de té y café. El *çayci* sabe el nombre de su cliente, si el café le gusta con poco o nada de azúcar, a qué hora toma té y a qué hora café. Y los *çaycis* como nuestro Recai saben incluso cuándo una ha cortado con el novio, cuándo ha vuelto a hacer las paces, hasta qué hora ha estado en la calle la noche anterior, o si se ha pasado la noche en casita viendo la tele. En breves palabras, saben aún más de lo que deberían saber. A pesar de todo, no hay por qué temerlos, a menos que se pertenezca a una banda terrorista. Y esto es así por una simple razón: en Estambul existe una red de cotilleo tan sólidamente tejida que todo el mundo está informado de esos aspectos de la vida de los demás.

No es fácil mantenerse al corriente de las noticias frescas en una ciudad tan grande como Estambul. Por eso, los turcos que están en la calle, en el trabajo, cenando con él o la amante, o incluso en el teatro, hablan permanentemente por el móvil. Lo que me tiene intrigada es si Graham Bell era de origen turco, y si no lo era,

no entiendo cómo permitieron los turcos que alguien de otra nacionalidad descubriera un aparato por el que sienten tanta devoción.

Por la noche volví a casa otra vez hecha polvo: por un lado los clientes, por otro el teléfono que no para, luego los que vienen, los que se marchan... ¡Menudo jaleo! A la hora de cerrar la tienda me sentía tan exhausta que me costaba darle la vuelta a la llave. También había recibido mi escarmiento por haber ido al trabajo en coche. En Estambul tener coche sólo crea problemas, no facilita la cosas en absoluto. Antes que nada, al ser una ciudad histórica, las calles aquí son muy estrechas, sobre todo en el barrio de mi tienda, en Kuledibi, que data de la época de los genoveses. Además, no sé si es que todos los habitantes de la ciudad están siempre en la calle, pero a veces pienso que no se meten en casa ni en todo el día ni en toda la noche. Las calles son un hervidero permanente de personas y de coches. Diez millones de personas, ¡casi nada!, como si de un país entero se tratara.

En consecuencia, en esta ciudad, tanto encontrar aparcamiento como avanzar hacia tu destino de milímetro en milímetro destroza los nervios. Da lo mismo que vaya a la tienda andando o en coche, lo mismo da: tardo media hora. Y como soy una vaga, voy en coche.

Había tenido un día tan ajetreado que ni siquiera había podido alegrarme de la llegada de Petra. Apenas entré en casa, corrí hacia el teléfono, como cualquier persona normal y corriente de Estambul, y llamé a Lale. Sabía quién era Petra, puesto que habíamos ido juntas a ver la película que dieron en el festival. Incluso le había propuesto un par de veces traducir las entrevistas que se habían publicado en las revistas alemanas, pero no me había hecho caso. A veces le gusta tocar las narices. Pero ¿qué le vamos a hacer? Ella es mi mejor amiga.

Después de Lale, quería llamar a Fofó, aunque no pude hacerlo puesto que no me sabía su número de teléfono. Me quedé sentada durante un rato, me fumé tres cigarrillos en un cuarto de hora y luego volví a marcar el número de Lale: comunicaba. Entré en la ducha para hacer tiempo, volví a probar: seguía comunicando. Pensé en ir a su casa, pero me dio pereza. Pulsé el botón de rellamada: otra vez comunicaba. Entonces, para consolarme, marqué el número de mi ex, que siempre tengo a mano a pesar de que no le hago mucho caso. A ver si adivinan. Han acertado, también comunicaba. Al borde de un ataque de nervios, me quedé dormida allí mismo. Soñé que intentaba aplastar la cabeza de Graham Bell con el auricular del teléfono, mientras *madame* Curie gritaba: «¡Esto es un asesinato! ¡Esto es un asesinato!». Me desperté bañada en sudor.

El día siguiente era el primero de los dos días más felices de la semana: el sábado, y faltaba un día para el segundo día más feliz, que es el domingo. Muchos sensatos y ambiciosos ciudadanos se pasan esos dos días felices de la semana en su trabajo. Yo no me incluyo entre ellos. Los sábados, a menos que Fofó tuviera depresión y se

fuera a limpiar la tienda, la librería permanecía cerrada tal y como indicaba el cartel de la puerta.

Todos los sábados, mi querido vecino y amigo Yilmaz y una servidora vamos a un café del barrio a ponernos al acecho, a ver si pescamos a alguno de los que pasan por allí. Yilmaz es un publicista calvo gordo y bajito, es decir, un desastre total. Conoce a todos, está al tanto de cada chismorreó, me cuenta todo lo que sabe y cuenta a los demás todo lo que sabe sobre mí. Ya les expliqué mi punto de vista al respecto: un chismorreó de más o uno de menos no cambia nada, y por eso Yilmaz es íntimo amigo mío.

Asimismo, los sábados compramos roscas que se llaman *simit*, entre otros tipos de bollería, y los periódicos y nos instalamos en el café. Toda la flor y nata del barrio de Cihangir pasa por delante de nosotros; algunos caen en la trampa y vienen a sentarse, y otros más espabilados nos saludan con la mano y pasan de largo. Cuando nos cansamos de tanto cotilleo, vamos al cine, o a casa cuando no hay ninguna película buena en la cartelera. Según lo convenido, Yilmaz compra los periódicos, y yo, las pastas. De hecho, como no leo periódicos entre semana, el sábado también es un día especial para mí en este sentido. Lo especial no tiene por qué ser siempre agradable, ¿verdad?

Yilmaz acostumbra a llegar antes que yo, o mejor dicho, suele llegar a la hora a la terraza del café y no pierde la ocasión de reprocharme mi impuntualidad, sobre todo por ser alemana, y yo le desprecio diciéndole que es igual que la mayoría de los turcos, que creen que todos los alemanes son unos tipos puntuales, trabajadores y fríos. Como pueden suponer, decir a Yilmaz que es igual que la mayoría es la ofensa más grave que se le puede hacer.

A propósito, no me resisto a hablarles de los extraños prejuicios que tienen los turcos respecto a los alemanes. Por ejemplo, cuando un turco ve a un alemán alegre y sonriente, se le abren los ojos como platos. Y cuando me río, lo toman como prueba de que me he integrado totalmente, cosa que les encanta. Hasta el día de hoy, no he logrado convencer a nadie de que, también en los años en los que vivía en Alemania, solía reírme de vez en cuando, y, de hecho, nadie me marginaba por ello. Incluso tengo algunos conocidos que piensan que tuve que refugiarme en Estambul por ser una alemana dada a la risa.

Y hay más: el que me llame Kati es para los turcos la prueba de que no soy una alemana normal y corriente. Parece mentira, pero llegué a conocer a turcos que creían que en Alemania sólo existían dos nombres: Hans para los hombres, y Helga para las mujeres. No sé de dónde ha podido salir tal disparate.

Cuando llegué al café con quince minutos de retraso, me sorprendió que Yilmaz no me atacara con una de sus bromas sobre la puntualidad y mi condición de alemana. Lo más probable era que estuviera demasiado ocupado como para perder el tiempo en semejantes nimiedades. La empresa publicitaria en la que trabajaba Yilmaz estaba sumida en una gran crisis financiera, como la mayoría de las empresas, y se

hablaba de la posibilidad de una reducción de plantilla. Le propuse el puesto que probablemente Fofó dejaría vacante. Me echó una mirada burlona. ¡Lo que me faltaba! ¡Ahora iba a tener que aguantar que me menospreciasen por no poder pagar un sueldo de diez mil dólares!

Petra me había dicho que volvería a llamarme una vez que su llegada se hubiera concretado, es decir, una vez que los trámites burocráticos entre el Ministerio de Cultura y la productora hubieran dado su fruto. Pasé la siguiente quincena esperando su llamada. Claro que mientras tanto no estuve rascándome la barriga: cuando por fin conseguí dar con Fofó, le anuncié que contrataría a otra persona en el caso de que no tuviera la intención de volver a la tienda. No estaba dispuesta a trabajar como una loca y estirar la pata antes de tiempo. Si bien la calle no estaba repleta de gente que anhelaba trabajar en una librería especializada en novelas negras, sabía que acabaría por encontrar a alguien.

Fofó, en vez de responderme de forma clara, musitó algo. Al final no dijo si vendría o no. Ya empezaba a tocarme las narices, así que decidí dejar las cosas claras:

—En tal caso, voy a coger a alguien para tres meses, y tú mientras tanto tendrás que decidir qué es lo que quieres hacer: si pasar el resto de tu vida enganchado a algún hombre, o aprender a cuidar de ti mismo.

Tras aquel serio y sensato discurso, salí dando un portazo. Me pareció que ni lo que le acababa de decir ni mi salida teatral le habían impresionado. Era consciente de que Fofó sólo tenía ojos para Alfonso, pero al fin y al cabo yo también debía poner a salvo mi amor propio.

Un par de días más tarde, fui a ver a Canan, la dueña de una gran librería en el barrio de Beyoglu, para pedirle que me buscara a alguien para trabajar en la tienda. Canan es un hacha para ese tipo de asuntos. Siempre que le pido algo, me encuentra exactamente lo que busco. Lo mismo ocurrió en esa ocasión: hizo unas cinco llamadas por el móvil, y una hora más tarde tenía sentada enfrente de mí a una chica simpática con el nombre de Pelin.

Pelin estudiaba filología inglesa en la Universidad de Estambul. Era de Esmirna y había venido a Estambul siete años antes para estudiar y tomarse un respiro lejos de sus padres, y los estudios se le habían alargado debido a la necesidad que tenía de compaginarlos con el trabajo.

—Eso no me importa en absoluto —dije pensando que era incluso un punto a su favor—. Odio a la gente que trabaja más de lo estrictamente necesario.

—¿A pesar de ser alemana? —preguntó ella.

Nos repartimos las tareas, de manera desigual, pero al menos nos las repartimos. Pelin abriría la tienda tres días a la semana para que yo pudiera dormir hasta mediodía, y, como antes ya había trabajado en una librería, se adaptó enseguida a su puesto y empezó a venir a trabajar bajo la mirada de reproche del *çayci* Recai por no

haberse enterado con antelación de la novedad.

Fofo es mi amigo, por lo que me cuesta admitir que Pelin trabaje por lo menos cinco veces mejor que él. Los días que le toca abrir llega a la hora; y los días en los que no está deprimida saca el polvo a los libros, limpia el local, pone flores en el jarrón de mi mesa; siempre disponemos de té recién hecho y de café; tolera mis manías alemanas... De hecho, tiene sólo un defecto: no le gustan las novelas negras. Pero estoy firmemente convencida de que juntas lo superaremos, por lo que no me preocupa demasiado.

Pese a que las novelas policíacas no son lo suyo, a Pelin le gustan los libros y trabajar en una librería, aunque un par de veces insinuó su intención de encontrar un trabajo mejor pagado. Los turcos de buena familia sólo «insinúan» sus peticiones relacionadas con el dinero, nunca las expresan abiertamente.

—El tiempo lo dirá —dije recurriendo yo también a insinuaciones.

Me refería a que, si pasados los tres meses Fofo decidía no volver a la oficina, vendería el coche para conservar a Pelin. Menos mal que mi amiga del alma, Lale, me libró de los problemas de financiación. Apenas la conoció, empezó a chismorrear sobre mí. Le comentó que, a pesar de haber pasado yo los siete primeros y los trece últimos años —es decir, veinte años en total— de mi vida en Estambul, no había conseguido reponerme de los daños que me había causado la tosquedad alemana; que era una típica alemana tacaña; que jamás encendía una bombilla más de lo imprescindible; que incluso no usaba halógenas para ahorrar; y que, si no fuera porque me daba vergüenza, me pasaría las noches sólo a la luz de las velas. Y, dado que una vez que empezaba era incapaz de callar, le hablé largo y tendido de mis defectos: que no cogía taxis para no gastar, que a mis invitados sólo les servía té, que una vez había propuesto en un restaurante que cada uno pagara por separado... Ah, tengo que decir que los turcos utilizan la expresión «pagar al estilo alemán» para referirse a eso de pagar cada uno su parte, y cada vez que lo dicen, me observan de reojo y luego intercambian miradas sardónicas como si yo fuera la inventora del «pago al estilo alemán».

En fin, Lale se desfogó y yo no abrí la boca para no tener que defender a esos alemanes insufribles. Y claro, aquello fue un punto más a mi favor. Pelin piensa desde entonces que soy una alemana machacada por los turcos, por lo que siente más simpatía hacia mí. Estoy convencida de que entonces decidió que no se iría ni aunque le ofrecieran el triple de lo que yo le pago.

Capítulo 2

Recibí la segunda llamada de Petra a finales del mes de mayo.

Mientras tanto, la tan bella como efímera primavera ya se había convertido en verano. Me hubiera gustado que Petra viera la primavera de Estambul; que tomara el té bajo los verdes plátanos centenarios; que se estremeciera por la humedad de las cisternas bizantinas después de atravesar las calles con fragancias de mimosas; que encendiera cirios en las iglesias a la vez que escuchaba al muecín llamar a la oración; que languidciera bajo el tibio sol de la primavera, estirada sobre la hierba mojada por el rocío de la mañana, mientras contemplaba Atmeydani y la fuente de Sultán Ahmet; que probara las alcachofas al aceite de oliva del restaurante Haci Halil...

«Acaban de obtener el permiso», me había dicho Petra, lo que no me extrañó lo más mínimo, teniendo en cuenta la lentitud y la complicada burocracia de ambos países. El rodaje previsto para principios de abril no iba a empezar antes de principios de junio. «Os habéis perdido la primavera», me dije para mis adentros.

Le comuniqué que iría al aeropuerto a recibirla. Su hotel quedaba cerca de casa, por lo que vernos no nos iba a representar dificultad alguna.

Pasé una de las horas más interminables de mi vida en un café lleno de humo del aeropuerto de Atatürk, recientemente ampliado para competir con el de Atenas. Y a los que piensan que se fumaba tanto a causa de los nervios por recibir o despedir a los seres queridos, les puedo asegurar que a los turcos no les hacen falta pretextos para encenderse un pitillo. La nube de humo de la cafetería que me quemaba los ojos y que me dificultaba la respiración era de lo más normal, así que no tuve otra elección que unirme a la aplastante mayoría de fumadores. ¿Estaba emocionada por la llegada de Petra? Intenté recordar y adivinar las huellas del paso del tiempo en su cara. ¿A qué se parecería su vida? ¿Y la mía? Justo cuando ya no podía evitar hacer balance, anunciaron que el avión que traía a Petra había aterrizado. Sin embargo, el intento de recibirla en el aeropuerto no fue tan sencillo como pensaba: los periodistas habían invadido el lugar para captar las imágenes del equipo de rodaje que iba a filmar en Estambul. Pero todo aquello no duró mucho rato, puesto que unos guardias actuaron enseguida para sacar a Petra de la multitud. Menos mal que ella se fijó en mí, mientras yo movía manos y brazos y daba saltitos para llamar su atención; entonces pidió a gritos a aquellos tipos que se apartaran y me dejaran pasar. Pudimos acercarnos durante unos segundos, rodeadas de una muralla de carne, y después nos empujaron a las dos hacia la puerta de salida.

No había tenido en cuenta que mi amiga era una estrella, y por lo visto el equipo no tenía previsto que ella tuviera una amiga tan tonta como yo, puesto que les esperaba una limusina. Al ver ésta, no tuve el valor de decirle: «Tú sigue luchando contra esos monstruos; voy a coger mi coche y vuelvo enseguida». De todos modos,

mi Peugeot 82 tendría un aspecto lamentable al lado de la imponente limusina. Al final, mientras los tipos empujaban a Petra dentro del coche, le dije a gritos que iría a verla al hotel. Petra hizo un ademán de aceptación. El chófer pisó el acelerador, y se alejaron rápidamente. Mientras conducía hacia el hotel, con un tráfico bastante fluido para ser viernes, con el Bósforo a punto de abrirse al mar de Mármara a un lado y a los barrios de clase media-baja con sus altas construcciones, a cual más fea, al otro, por primera vez desde mi llegada a Estambul no me cautivó su aplastante belleza, que aún se resistía a todos los intentos de destrozarla. No podía evitar pensar en Petra. Sólo fue un breve instante... Por la expresión de su cara parecía que tuviera el corazón vacío, como si no hubiese podido aguantar el peso de la vida... Hay ciertas expresiones de tristeza que se incrustan en los rasgos de la cara, que se fijan en los gestos aunque no se reflejen en las fotografías; expresiones que ninguna crema ni ninguna operación estética logran borrar. La tristeza en la expresión de Petra era así de oscura y de irremediable.

Cuando me encontré con el embotellamiento de Sarayburnu, el sol ya había emprendido el camino hacia el Cuerno de Oro, para ponerse. Debía llamar a Pelin y decirle que cerrara la tienda sin esperarme. Había salido de allí pensando que volvería pronto, y habían pasado horas desde entonces. No había previsto encontrarme con el tráfico del viernes por la tarde. Me debatía en medio del caos, en el que un auténtico ciudadano de Estambul jamás hubiese caído. Si pasaba por la tienda, iba a llegar tarde al hotel de Petra, y si no lo hacía, Pelin me iba a estar esperando inútilmente.

El teléfono móvil es un instrumento necesario —o mejor dicho, imprescindible— para tales situaciones. Podía aparcar el coche y buscar una cabina; no obstante, incluso en el supuesto de que encontrara un sitio libre, sería muy difícil encontrar una cabina. Justo cuando estaba a punto de perder los estribos —y afortunadamente, antes de que los perdiera—, se me ocurrió una idea genial. Llamé al hombre que conducía el coche que tenía parado a mi lado.

—¡Oiga señor! ¿Lleva móvil, por casualidad?

Al hombre, mi pregunta le sorprendió bastante. Hoy día hasta los niños de escuela primaria llevan móvil. ¿Cómo no iba él a tener uno?

—Tengo que hacer una llamada urgente. No me esperaba tanto atasco. ¿Podría prestarme su teléfono, por favor?

Mientras le devolvía el teléfono sin colgar —puesto que no sabía cómo hacerlo—, le propuse pagarle el importe de la llamada.

—De ninguna manera —replicó él.

Y para que viera cuánto reprobaba mi idea, se mordió el labio inferior al tiempo que ladeó la cabeza y levantó los brazos al aire mientras exclamaba:

—¡Ni hablar!

Llegué al hotel de Petra mucho más tarde de lo que había previsto, con cara de

víctima, el cuerpo convertido en una masa de carne bañada en sudor, las piernas agarrotadas de tanto dar al freno y al embrague, la tez amarillenta por culpa de los cigarrillos que me había fumado de tanto aburrirme. Seguro que habían llegado antes que yo. Quedaría bastante ridículo que el tráfico le ganara también a la enorme limusina.

Al principio, no le di importancia a la cara respetuosa que puso el chico de recepción cuando le pedí que avisara a Petra de mi llegada, pero luego, al notar que aquella expresión se le borró después de decirle que era una amiga suya, comprendí que el joven me había tomado por una de esas «ricas y famosas». ¡Con la pinta que yo tenía!

La *suite* de Petra, que era casi más grande que todo mi piso, tenía una vista espléndida. Primero vino el reencuentro. No había que exagerar; fue un auténtico reencuentro de dos alemanas tras largos años de separación. Intenten representárselo recordando cualquier película de Schlöndorff. Él sabe reflejar mejor que nadie los reencuentros alemanes. Por ejemplo, en la película que había visto durante mi último viaje a Berlín, *Die Stille nach dem Schuss*, dos militantes de una facción de la Armada Roja, dos compañeras de causa, van juntas a Palestina, se llevan a un preso de la cárcel, matan a policías... Haber arriesgado la vida una al lado de la otra ¿no haría brotar un acercamiento incluso entre las más desalmadas? Pues no, entre ellas no brota nada. En fin, como decía, esas dos mujeres militantes, años más tarde, se encuentran por casualidad en la Alemania del este, y allí tiene lugar el reencuentro típicamente alemán. Se estrechan la mano sin mucho entusiasmo, y sus mejillas apenas se rozan. ¡Nada más! Ni un abrazo, ni una palmadita recíproca en la espalda... Ya ven, yo, a pesar de estar absolutamente en contra de los tópicos sobre las distintas nacionalidades, hay veces en las que me veo obligada a admitir que algunos de los prejuicios sobre los alemanes reflejan la verdad.

Volvamos al tema principal: Petra se había arrepentido de no haberme dicho que no fuera al aeropuerto, aunque, de todos modos, no se había imaginado que se armaría tanto follón. Así que me pidió perdón un montón de veces.

Las dos estábamos demasiado exhaustas como para ir a pasear por las calles. Petra propuso que pidiéramos al servicio del hotel que nos subieran comida. A decir verdad, su propuesta me iba de maravilla.

Tras años de separación, en la primera hora u hora y media de conversación nos contamos poquísimas cosas sobre nuestras vidas. Sin embargo, no logré borrar los oscuros pensamientos que me nublaban la mente desde el primer momento en que la había visto. Petra se había vuelto mucho más introvertida. Era verdad que ella no había sido íntima amiga mía, pero nunca la había sentido tan lejos de mí. Cada vez que volvía a encontrarme con viejos amigos, al cabo de varios años, solía comprobar que había corrido mucha agua desde entonces y que nuestros caminos se habían separado para siempre. No obstante, en el caso de Petra había algo más. Sentía que la tensión existente no era la propia de dos amigas que acababan de encontrarse tras

muchos años de separación. Algo se había perdido, pero no era algo que tuviera que ver con la relación entre ambas, sino algo que Petra había perdido. ¿No sería encontrar las huellas de aquello que se le había borrado lo que esperaba de mí?

Me marché cuando ella, sentada en el sofá, estaba a punto de quedarse dormida por el cansancio. Yo tenía la cabeza a punto de reventar. La tenía como una caldera, como dicen los turcos. Saqué el coche del aparcamiento del hotel. El barrio de Ortaköy ya estaba invadido por la afluencia masiva de los viernes. A pesar de ello, dispuesta a enfrentarme a los problemas de circulación que me esperaban, me dirigí hacia el puente que me llevaría a la orilla asiática de la ciudad, a casa de Lale. No tenía la menor intención de pasarme la noche del viernes sola en casa.

Cuando a la mañana siguiente desperté en el sofá del estudio de Lale, lo primero que hice fue llamar a Yilmaz para avisarle de que no iba a poder acudir a nuestra cita tradicional de los sábados. Y después telefoneé a Petra. Hacía rato que se había levantado e incluso había tomado el desayuno. Me dijo que iba a saber cuál sería el programa del día dentro de un rato y que volvería a llamarme.

El teléfono sonó en el momento en el que tomábamos el café delante de los platos vacíos del desayuno, en el jardín de la casa de Kuzguncuk. Me llamaba Petra para decirme que no nos veríamos antes de la cena, que el director quería empezar a trabajar sin perder más tiempo puesto que ya iban bastante atrasados.

La verdad es que aquello me había sentado mal, aunque no le dije nada. De todos modos, tampoco era culpa suya.

Nadie era culpable de nada, pero ¿qué iba a hacer yo en ese precioso sábado?

El de Lale era un caso tan perdido como el mío. Además, ése era su único día libre. Después de reflexionar juntas durante media hora sobre qué podíamos hacer, decidimos pasar el día en un instituto de belleza. Uno jamás sale perdiendo al final de un día dedicado a embellecer, sobre todo cuando se es una mujer de mediana edad en busca de un amor.

Cuando por la tarde volví a casa, sentía un placentero cansancio y estaba guapísima. Una de las cosas que más me gustan de Estambul es que la gente se cuida. Aquí, ir a la peluquería o a institutos de belleza es parte de la rutina. En cambio, en Alemania, toda la gente que conozco, con la excepción de mi madre y sus amigas, se corta ella misma el pelo, se lo tiñe, se hace en casa la manicura y pedicura y ni se le cruza por la cabeza cuidarse el cutis. Por esa razón, las calles están llenas de gente a las que se procura no mirar a menos que sea necesario. Múnich es diferente. Allí, de vez en cuando, uno coincide con alguna persona agradable de ver. Pero en Berlín, con esas pandillas desarregladas que invaden las calles, ni siquiera apetece salir a pasear. Uno se harta de ver la pinta deplorable de la gente con la que se cruza en el metro y en la calle.

De hecho, en Berlín, las que mejor visten son las turcas, pero no todas, sino las turcas de tercera o cuarta generación que llevan turbante, esas que se cubren la cabeza al estilo moderno. Se quedarían asombrados al ver lo elegantes que van con sus

turbantes. Claro que no visten los últimos diseños de Jil Sanders, sino que crean su propia moda y la siguen al pie de la letra. Llevan zapatos con plataforma, unos pantalones negros de tela barata de nailon aunque de corte moderno, abrigos de piel sintética, el color de pañuelo según la moda del año y unas chaquetas largas que hacen juego con los colores del turbante.

Nada tienen que ver estas últimas con la primera generación de mujeres con turbantes de Berlín. Desde mi punto de vista, donde mejor se observa el abismo generacional es en las que llevan turbantes. Cuando yo era niña, a esas mujeres con la cabeza cubierta las llamábamos «los pingüinos». Todas parecían cortadas por el mismo patrón, pero por un patrón sin gusto: mujeres rechonchas y bajitas con abrigos grises con pliegues, que andaban balanceándose como si fueran pingüinos. Son madres e hijas con un denominador común, pero pertenecen a mundos distintos.

Habían dado las ocho cuando Petra me llamó para decirme que tampoco íbamos a poder cenar juntas. Era imprescindible que pasara la noche con el equipo. Charlamos un ratita por teléfono, y se la notaba inquieta. Era evidente que hubiese preferido mil veces pasar la noche en mi compañía. La verdad es que sentí pena por ella y hasta estuve a punto de comentarle que estaba preocupada por ella, que la notaba cansada y desalentada, pero preferí morderme la lengua. No es bueno meter en la cabeza de los demás semejantes cosas, ya que algunas veces, cuando se habla sin medir las palabras, se hunde sin querer al interlocutor.

Ya pueden imaginarse mi abatimiento al enterarme de que también el programa del sábado noche se iba al traste. La situación parecía aún más desesperada que por la mañana. Ni hablar de pasarme la noche en casa, con mis uñas pintadas, mi pelo alisado y mi cutis renovado. No hay manera de sacar a Lale en la noche de su único día libre, así que decidí llamar al móvil de Arzu. Ella siempre tiene algún plan, y aquella noche no era la excepción. A las diez había quedado con unos amigos, algunos comunes, en Kaktüs. Luego decidirían cómo pasar el resto de la noche. Quedamos en vernos unas horas más tarde y colgamos.

El café Kaktüs es uno de los locales más importantes de Estambul. Yo creo que su principal atractivo es que los clientes se conocen entre ellos. Los asiduos son los periodistas, escritores y publicistas. Últimamente se sumaba también un pequeño grupo de *yuppies*, pero creo que han conseguido ahuyentarlos, ya que no he vuelto a verlos.

Estaba a punto de salir por la puerta, tras repasarme por última vez el pelo y el maquillaje en el espejo, cuando sonó el teléfono: era Petra. Había podido dar largas al equipo, y, si yo aún estaba dispuesta, podíamos vernos. No tuve el valor de decirle que tenía otros planes.

—Voy a recogerte en media hora —dije.

Sólo tenía que volver a llamar a Arzu para decirle que no iba a acudir a la cita. Ella no se enfada por esas cosas.

Aquella vez fui lo suficientemente sensata como para no coger el coche. Si uno se

pone firme y consigue aguantar al chófer, coger un taxi sale más a cuenta porque se ahorra el dinero del aparcamiento y, además, se puede beber. Si bien la policía trata con más tolerancia a las mujeres, últimamente el control de alcoholemia forma parte de la vida nocturna de Estambul.

Estaba en el hotel exactamente media hora más tarde. Llamé a su habitación por el teléfono interno que había al lado de la recepción y, mientras la esperaba sentada en el vestíbulo, medité sobre dónde podríamos cenar tan tarde. No podía decidir si llevarla a una buena taberna turca o a un lujoso, o medio lujoso, restaurante de pescado del Bósforo.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Petra bajó, supe que no iríamos a un restaurante de lujo, ni a uno medio lujoso, ni siquiera a uno digno: Petra era el retrato vivo de una turista alemana de clase media. Llevaba unas zapatillas ortopédicas encima de unos calcetines deportivos, unos feos pantalones cortos y una camiseta que, según los estándares turcos, no serviría ni de trapo para sacar el polvo. Si le hubieran preguntado a cualquier niño de tres años cuál de las dos era la estrella de cine, me hubiera señalado a mí. Por ese motivo, cuando pronuncié el nombre de Petra Vogel, los de recepción no reaccionaron de la misma manera que la noche anterior. Me preguntaba qué había estado haciendo, ya no a lo largo de la media hora que pasé en el camino, sino durante el cuarto de hora que estuve esperando en el vestíbulo; aunque, como no era tan grosera como los alemanes —y sobre todo los berlineses—, preferí, una vez más, morderme la lengua.

Había que pensar y decidir con rapidez. ¿Tenía una amiga que llevaba calcetines blancos y zapatillas ortopédicas? Sí. ¿Habíamos vuelto a encontrarnos tras años de separación y seguíamos, como mínimo, sintiendo simpatía una por la otra? Sí. Pero ¿tenía yo ganas de anunciar a todo Estambul la existencia de semejante amiga en una noche tan espléndida como ésa? ¡No! Me acerqué a Petra apresuradamente y volví a meterla en el ascensor del que acababa de salir.

—No me encuentro muy bien. Y hay tanta gente en la calle... El tráfico de Estambul... —Hice una pausa para tomar un respiro—. ¿Y si nos sentamos en tu balcón y pedimos algo de comer al servicio de habitaciones del hotel? ¿Qué me dices? —propuse.

—¿Estás segura de que no quieres cenar fuera? —preguntó mirándome de arriba abajo sin creer una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—Segurísima.

Lo más probable era que el precio de una noche en la *suite* de Petra equivaliera a seis meses de alquiler de mi piso, pero la verdad es que se merecía cada céntimo que ganaba. ¿Cómo es posible que una habitación de hotel pueda proporcionar la felicidad? Cuando cerré la puerta de la habitación, sentí que me invadía una dicha indescriptible.

Llamamos al servicio del hotel, pedimos queso y vino y nos instalamos en el balcón. Voces negras se elevaban desde el famoso bar del hotel, que ofrecía música

jazz. No me podía quejar. A Petra también se la notaba de buen humor. Se me soltó la lengua y empecé a contar a mi vieja amiga mis amores y mi vida. Primero hablé yo, y luego, ella.

Bien entrada la mañana, me di cuenta de que no soportaría escuchar ni una palabra más de lo que me estaba contando. Las copas que había tomado con el único propósito de aumentar mis defensas frente a las desgracias del pasado de mi amiga me habían dejado completamente borracha. Salimos del hotel y anduvimos hacia Dolmabahçe sin dirigirnos la palabra. El frescor de la mañana no había logrado devolverme a la vida, aunque me encontraba algo mejor. En el café de paso que había al lado del palacio de Dolmabahçe, el té tan oscuro como el alquitrán que tomamos en compañía de los demás borrachos se cernió sobre aquella desesperación, sobre aquellas turbias pesadillas del pasado, como una nube negra, negrísima.

Era casi mediodía cuando, tras pasar largo rato debajo de la ducha, volvía a la cama para dormir. Apenas me relajé, me sentí aplastada por el peso de todo lo que Petra me había contado. Su historia era tan fuerte y espeluznante, que tenía la sensación de que algo había cambiado en lo más profundo de mi ser, como si se me hubiera manchado algún punto que hasta entonces se había mantenido limpio. En el fondo, había aprendido, cuando aún no era más que una niña pequeña, que existían hechos trágicos y sufrimientos ajenos capaces de afectar profundamente a los demás, hasta el punto de hacerles perder la fe en la vida, y que las desgracias no pertenecen, como se piensa, únicamente al que las padece en primera persona. Pero aun así...

El teléfono que sonaba cada dos por tres y las pesadillas interrumpieron varias veces mi sueño. Cuando al final decidí levantarme, me sentía más cansada que antes de meterme en la cama. A medida que daba vueltas en la cabeza, las declaraciones de Petra se me hacían más aterradoras. Me veía incapaz de pasarme la tarde y la noche sola en casa. Hice lo que hago cada vez que me siento destrozada: coger el coche y conducir hacia la casa de Lale.

Me levanté a una hora en la que Lale ya debía de haber salido de casa para ir a su querido trabajo, aunque aún era demasiado temprano como para que, no sólo las personas con un empleo normal, sino ni siquiera los funcionarios hubieran sacado los pies de la cama. Llamé a Pelin, que estaba durmiendo, para uncirle que no iría a trabajar aquella tarde. Necesitaba reflexionar un poco, y tal vez, si me perdía en las calles o iba al cine a ver una comedia, conseguiría recuperarme. Pero después me di cuenta de que no sería capaz de hacer ni una cosa ni la otra. Tenía que ver a Petra. Incluso sentarme en un rincón del plato de rodaje iba a resultarme beneficioso. La única manera de liberarme era estar junto a Petra y verla enfrentarse a la vida. Eso era lo mejor que se me había ocurrido.

Era como si mi corazón se hubiera perforado y mis sentimientos se hubieran escurrido por un enorme agujero. Tenía ganas de llorar, pero no lo conseguía. Quería hablar con Lale; sin embargo, la noche anterior no había sido capaz de pronunciar palabra, había permanecido con los ojos fijos en la pantalla del televisor con la

mirada vacía. Gracias a los somníferos que Lale me aconsejó, había logrado dormir un par de horas, nada más. En ese momento, a aquella hora temprana de la mañana, estaba sentada en el jardín, con la taza de café en la mano, meditando sobre qué podía hacer en aquel día compuesto de horas interminables.

Hacia las ocho, decidí llamar a Petra. Pensaba que debía de tener rodaje y que, por lo tanto, debía de estar despierta. De todos modos, aunque no lo tuviera, Petra no era una de esas mujeres que se quedaban dormidas hasta las tantas. Para muchas personas, la disciplina y el éxito son conceptos inseparables. En cambio, la gente como yo, al no poseer ninguna de las dos cualidades, va dando vueltas en las turbias aguas de la vida.

Un hombre que hablaba turco contestó desde la habitación de Petra. «¡Son las ocho de la mañana y un hombre que habla turco responde al teléfono desde la habitación de Petra! ¡Dios mío! ¡Qué hipócrita puede llegar a ser el ser humano!», pensé. La víspera, ella me contaba que, después de lo que le había pasado, era incapaz de entablar una relación con nadie, que se había quedado trastornada. Y, al tercer día de su llegada, un hombre turco —posiblemente un moreno machote— atendía una llamada en su habitación. Por un momento pensé colgarle y olvidarlo junto con todas las desgracias que Petra me había contado. No obstante, tras pensarlo mejor, ya se me había pasado la edad de reaccionar tan impulsivamente.

—¿Puedo hablar con Petra, por favor?

—¿Llama de Estambul, señora? —dijo el hombre, que hablaba con un marcado acento de la región del mar Negro.

Estuve a punto de decirle: «¿Y a ti qué te importa?», pero no iba a dejar de ser una mujer educada sólo porque los hombre turcos no sepan comportarse.

—¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Soy el inspector Alaattin, de la comisaría de Ortaköy. Estamos aquí para investigar un asesinato. Si...

«Asesinato»: era la primera vez en mi vida que oía pronunciar aquella palabra, que hasta entonces sólo había leído en las novelas.

—¿A... Asesinato? ¿Quién? ¿Se refiere a Petra? —dije con dificultad. El tío soltó una parrafada para explicarme que no podía darme ninguna información, que no estaba autorizado y demás excusas.

—Escuche, señor comisario, soy amiga de Petra Vogel. No le pido que desvele un secreto de estado, sólo quiero saber si mi amiga se encuentra bien.

No negarán que tratar al inspector Alaattin de «señor comisario» había sido una idea genial. Él bajó enseguida la guardia.

—La señora Petra se encuentra bien.

—Gracias, señor comisario —dije una vez más, ahora para recompensarle.

Petra estaba bien; por consiguiente, la víctima no era ella. Sin embargo, puesto que para investigar el caso habían entrado en la *suite* de Petra, alguna relación tendría con lo ocurrido, y la única explicación posible era que la víctima era alguien del

equipo de rodaje. Decidí vestirme y acudir urgentemente al hotel por si Petra me necesitaba. Yo era una de las pocas personas que habían descubierto cuántas puertas abría el tratar de comisario a los agentes, de comisario jefe a los comisarios y de director de seguridad a los comisarios jefe. Había llegado el momento de poner en práctica mi hallazgo. Además, se trataba de un asesinato, yo leía novelas policíacas desde mi infancia y, desde hacía tres años, vendía novelas negras, por lo que ya no se me podía considerar una lectora cualquiera, sino una persona dispuesta a utilizar sus conocimientos teóricos para el bien de la comunidad.

Salí de casa y cogí el coche. Lo que me había pasado a lo largo de esos últimos dos meses no le ha pasado ni al pollo cocido, como se dice en turco. Fofu había encontrado un amante, se había largado de mi vida sin mirar atrás y le echaba de menos. Luego había recibido una noticia que debería haber sido agradable: mi amiga famosa, a la que no había de visto desde hacía tantos años, iba a venir a Estambul. Y efectivamente así fue; no obstante, en nuestro primer encuentro real, me contó la historia de su vida, que había sido tan triste como para partir el corazón de la persona más insensible del mundo. Y, en aquel mismo momento, los agentes de la comisaría de Ortaköy habían invadido la *suite* de Petra.

Intenté tranquilizarme, repitiéndome que Petra se encontraba en una situación mil veces peor que la mía. Además, al hacerse cada vez más gordos mis problemas, el que encabezaba la lista se convertía muy pronto en un dulce sueño lejano, lo que podía considerarse la consecuencia positiva de los acontecimientos. Se pueden imaginar que, en esas circunstancias, tenía pocas ganas de pensar en lo que me depararía el futuro inmediato.

Mientras intentaba cruzar el puente del Bósforo para llegar a la orilla europea de la ciudad con el tráfico de las mañanas de Estambul, pensé en todo lo que Petra había tenido que pasar.

Capítulo 3

Tras licenciarme a principios de los años ochenta, decidí recorrer el mundo. Iba a vivir como una flor que había tardado en abrirse. Petra, en cambio, avanzaba en su profesión a paso de gigante. Incluso antes de marcharme de Berlín se escuchaba hablar de Petra Vogel en el mundo del cine y de la televisión. A pesar de que aún no había llegado a ser una estrella, todos sabíamos que iba camino de la fama. De hecho, nuestro alejamiento se remontaba a esa época. Pese a que ya no nos veíamos, durante un tiempo seguimos teniendo noticias la una de la otra a través de los amigos comunes, y lo último que supe a través de ellos fue que había empezado a convivir con Wolfram von Haagen, que era uno de los líderes de los estudiantes socialistas. Wolfram no sólo era un brillante estudiante de medicina, sino que era un excelente orador y, para colmo, era increíblemente guapo. La mitad de las chicas que conocía estaban enamoradas de él. La noticia me sorprendió bastante, puesto que, a pesar de que Petra era mi amiga, no imaginaba lo que un chico como Wolfram había podido ver en ella. Y que conste que no se trataba de celos, sino de puro realismo.

Petra y Wolfram eran dos personas absolutamente opuestas. Petra era, en el fondo, una mujer que deseaba ser un ama de casa. En mi opinión, aunque era ambiciosa, todo lo que hacía para brillar en su profesión lo hacía no porque sintiera una auténtica vocación sino como si estuviera obligada a hacerlo, mientras esperaba que un hombre viniera a rescatarla.

En cuanto a Wolfram, le había escuchado en algunos debates en la universidad. Al contrario de Petra, era de los que podían apasionarse con cualquier tema. Hablaba con tal fervor del socialismo y de la revolución, que podía llegar a conmover hasta al más ferviente militante de la extrema derecha.

Antes de irme de Berlín, me había enterado de que habían empezado a vivir juntos, y un tiempo más tarde cogí mi mochila y emprendí el camino hacia nuevos horizontes. Según me contó Petra, en aquel tiempo ella y Wolfram vivían una difícil relación que se iba deteriorando día tras día. Wolfram se llevaba mal con sus ricos y aristocráticos padres, que no reparaban en gastos con aquel hijo rebelde y revolucionario, por lo que Petra había tenido que mantener la casa, mientras él no acababa de decidir lo que quería hacer con su licenciatura de medicina y se pasaba los días yendo a mítines y reuniones políticas.

Luego Petra empezó a desear tener un hijo. En los años ochenta, en Alemania, el matrimonio no estaba de moda, de manera que la única manera de formalizar una relación era tener hijos. Efectivamente, los niños constituían un vínculo perdurable, resistente a las separaciones. Wolfram repetía insistentemente que no quería hijos, que había un montón de cosas que quería hacer antes. Al final empezó a sentir miedo de verla tan decidida y se buscó un trabajo fuera del país para encontrar una salida a

la situación.

Petra estaba embarazada de dos meses cuando Wolfram se adhirió a un equipo de médicos que investigaban la malaria en África. Según me contó, Wolfram la presionó mucho para que abortara, pero Petra había seguido en sus trece, explicándole que estaba decidida a criar sola a su hijo sin esperar nada de él. Aquella conversación había sido la última que mantuvieron, y Petra se había enterado tres meses más tarde de que Wolfram se había marchado para África.

En su quinto mes de embarazo, Petra había tenido una gran crisis. Me contó que desde el principio quiso tener el hijo no por ella, sino para sacar a flote la relación. Al darse cuenta de que a Wolfram el niño le importaba un pimiento, de que habían roto pese al embarazo, de que no había logrado amargarle la vida a Wolfram y de que, por lo tanto, ella había sido la perdedora, Petra empezó a preguntarse por qué debía seguir adelante con el embarazo. Acudió entonces a los médicos más chapuceros para abortar, pero ninguno se atrevió a provocar el aborto de un feto de cinco meses. Al final, Petra no tuvo más remedio que aceptar las cosas como eran: iba a dar a luz y Wolfram la había abandonado.

Como su barriga no paraba de crecer, Petra no pudo encontrar a nadie que la contratara como actriz. Cuando vio que se le hacía cada vez más difícil salir adelante, cogió sus pertenencias y se fue a casa de su madre, que vivía sola en una casa apartada, cerca de un pequeño pueblo situado a la orilla del Rin. Petra me contó que permaneció allí hasta que nació su hijo y se recuperó totalmente. Su madre se hizo cargo del recién nacido, y ella le mandaba dinero todos los meses, según habían acordado.

Petra ya era madre de un hijo varón sin que casi nadie supiese de su existencia. Había contado a la gente de su entorno que había abortado al no poder asimilar que Wolfram la hubiera abandonado. En el pueblo de su madre, no dijeron que el niño era de Petra por razones morales, ya que, según me explicó, a pesar de que en las grandes ciudades ser madre soltera se consideraba como una prueba de modernidad, en los pueblos pequeños, como el de su madre, situado en los confines de la frontera con Holanda, se consideraba totalmente inmoral. Así que nadie supo la verdad y presentaron al pequeño Peter como el hijo del padre de Petra, que vivía en Corea. Ni siquiera le dijeron la verdad al niño, que siempre creyó que Petra era su tía.

Peter era un niño bonito y algo tristón, como todos los niños que crecen rodeados de gente mayor. Al principio, Petra iba a verle un par de veces al año, y sólo una vez en seis años habían ido de vacaciones juntos.

Wolfram, por su lado, se había instalado en África y había destacado por sus investigaciones sobre la malaria. Según me contó Petra, se habían encontrado una vez en Berlín y él ni le había preguntado por el niño. «Quizá alguna de las personas a las que dije que había abortado se lo contó a él —dijo Petra—. A pesar de todo, esperaba que me lo preguntara, y como no lo hizo, yo tampoco quise hablar del tema».

Petra iba subiendo muy deprisa los peldaños de la fama y no tenía tiempo para

ocuparse de los demás, incluido su hijo. Hablaban por teléfono, y su madre no paraba de repetirle que el niño era muy introvertido, que no tenía amigos en el colegio y que la vida austera que ellos llevaban no era la más adecuada para un crío. Petra se preocupaba cada vez que escuchaba a su madre; sin embargo, en cuanto colgaba, se olvidaba de todo, aunque, eso sí, mandaba más dinero al mes siguiente.

Me dijo que estaba tan ocupada que no estuvo presente ni en el primer día de colegio, ni el día en que su hijo cumplió los seis años. Unas semanas después del sexto cumpleaños del niño, su madre la llamó una tarde para decirle que su hijo no había vuelto del colegio. Entonces Petra anuló la sesión de rodaje y demás compromisos y se fue al pueblo.

Peter era un niño solitario, sin amigos, el peor estudiante de su clase y problemático. Aquel día sus compañeros de clase lo vieron hablar con un hombre. Peter parecía más feliz que nunca, se le veía reír, iba cogido de la mano del hombre, cada dos por tres se daba la vuelta y miraba a los demás chicos. El hombre era alto, rubio y llevaba tejanos. No eran capaces de dar más detalles sobre su físico. El dueño del bar del pueblo decía haber visto a un hombre parecido unas cuantas veces a lo largo de las últimas semanas, que no hablaba con nadie ni hacía nada que llamase la atención.

La abuela de Peter contó que, el día de su cumpleaños, el niño volvió a casa con un enorme osito de peluche en los brazos, sin querer decirle quién se lo había regalado. «No obstante —comentó la mujer—, a partir de aquel día se le notaba cambiado. Al volver del colegio, hacía sus deberes y recogía su habitación, y parecía más feliz».

Sus profesores opinaron lo mismo: «Esas últimas semanas parecía tener más interés. Habíamos llegado a hacernos esperanzas», contaron.

Peter era un niño solitario, sin un amigo; tampoco tenía secretos que compartir con un compañero. Los alumnos de la escuela no sabían quién podría ser el hombre, con qué propósito había hablado con él, por qué se le veía más contento, ni por qué le había cogido de la mano al hombre, como tampoco tenían ni idea de cuánto tiempo hacía que se veían. Peter no llevaba ningún diario en el que anotara sus experiencias, ni sabía escribir de manera correcta. Lo único que tenía eran algunos dibujos. Un psiquiatra infantil que coopera con la policía intentó en vano encontrar alguna pista a través de ellos.

Se repartieron fotos del niño en los pueblos colindantes, en las pequeñas ciudades. Nadie dijo haberle visto después de su secuestro. Su foto salió en los informativos y en los programas sobre desaparecidos, para que el que lo hubiera podido haber visto contactase con la policía. Nada dio resultado. Petra contrató a un detective privado, pero él tampoco encontró ningún indicio al que agarrarse.

A los dos meses de su rapto encontraron en Bélgica, cerca de Bruselas, el cuerpo sin vida del niño, con muchas marcas de tortura, su cuerpecito violado. No cogieron a los culpables, y tampoco hubo pistas.

Capítulo 4

Coches de policías y periodistas abarrotaban la entrada del hotel más lujoso y caro del Bósforo. La noticia del asesinato cometido en una de sus habitaciones tendría consecuencias negativas para el lugar, aunque fuera a corto plazo. A pesar de todo, quienesquiera que fuesen los dueños seguro que no se arruinarían por ello.

El interior del hotel se había convertido en un hervidero de hombres; saltaba a la vista que eran policías de paisano. Sentía cada vez más curiosidad por saber quién era la víctima. Cuando intenté averiguar dónde estaba Petra, me dijeron que no quería hablar con los periodistas.

—Soy su amiga. ¿Puede llamarla para decirle que su amiga Kati la espera en el vestíbulo?

Antes de que pudiera acabar la frase, la mujer me dio la espalda y se marchó. Dirigí la mirada al recepcionista de aspecto más humano, le expliqué que era amiga de Petra Vogel y que quería verla. Parecía como si aquel día todos ellos se hubieran levantado con el pie izquierdo, puesto que respondió:

—La señora Petra no quiere que la molesten.

De nada sirvió que le pidiera que llamara para que al menos supiera que había llegado. No hubo manera.

No soy de los que tiran enseguida la toalla. Decidí que iría a la cafetería del hotel para picar algo y mientras tanto elaborar un plan.

Los periodistas también estaban haciendo tiempo en la cafetería, a la espera del momento idóneo para pasar al ataque. Me acerqué a la mujer de aspecto enérgico y de pelo rubio artificial que conocía por los informativos de un canal privado. Estaba determinada a aprovechar al máximo mis recursos intelectuales. Dije a la periodista que la conocía de la tele, que era admiradora suya, y le pregunté si podía pedirle un favor. Mis cumplidos exagerados no parecieron haberla impresionado, pero aun así dijo:

—Por supuesto.

—Soy amiga de Petra Vogel. Quiero verla, pero la han cambiado de sitio y no consigo que me den el número de su habitación. Pensé que tal vez usted...

Mientras yo hablaba, la mujer echó una rápida ojeada a su libreta murmurando para sí: «Petra Vogel... Petra Vogel».

—Veo que me he olvidado anotar el número de su habitación. Espere un segundo, se lo preguntaré a unos colegas y vuelvo enseguida —dijo y se marchó.

Ignoraba a qué colegas se refería y, de todos modos, no me esperaba que volviera. Debía de tener cosas más importantes que hacer que un gesto de altruismo para contentar a alguien que fingía admirarla. Sin embargo, me llevé una gran sorpresa al verla volver un par de minutos más tarde.

—Buscaba a la actriz que ocupaba antes la *suite* del Topkapi, ¿verdad?

—Sí.

—La han pasado a la 724.

La miré agradecida.

—¿Puedo hacer una última pregunta?

Asintió con la cabeza.

—¿Quién es la víctima?

—¿No lo sabe?

Me examinó con cara ausente. Daba la impresión de que ella tampoco acababa de comprender por qué perdía el tiempo conmigo.

—El director de la película que su amiga iba a protagonizar.

¡El director de la película de Petra! ¿Cómo se llamaba?

Fue inútil intentar acordarme de su nombre, puesto que nunca lo había sabido. Lo había visto, sin duda alguna, el día que recogí a Petra en el aeropuerto, pero entre tanto jaleo no me fijé en quién era el director del equipo o de fotografía. Tampoco recordaba haber leído ningún artículo en el que se mencionara al director. ¿Qué me había contado Petra acerca del tío? De golpe caí en la cuenta de que no habíamos hablado de la película. No sólo desconocía el nombre del director, sino que ignoraba incluso el nombre de la película y el papel de Petra. Era muy probable que la periodista rubia estuviera mejor informada que yo.

Llamé al 724 por el teléfono que había junto a recepción. Dejé que el aparato sonara largo rato, pero no respondió nadie. Otro intento frustrado. Podía volver a casa o irme a la librería, pero la curiosidad me devoraba.

Volví al café y me senté a una mesa desde donde podía escuchar las conversaciones de los periodistas. Me levantaba de vez en cuando para volver a marcar el 724 y esperar. No sabía qué era lo que esperaba, aunque estaba convencida de que, fuese lo que fuese, aquella expectativa nada tenía que ver con la inocente inquietud de saber si Petra me necesitaba.

Comprendí que no obtendría la información que quería aguzando el oído, entonces me acerqué a la mesa y, tras haberme disculpado por interrumpir la conversación, les pregunté cómo se llamaba la víctima. El más gordo y campechano me preguntó para qué quería saberlo.

—Siento curiosidad por saber si se trata de un famoso. Como veo que el hotel está plagado de policías y periodistas...

—Parece ser que no era muy famoso —comentó el campechano.

—Se llama Kurt Müller. Es la primera vez que oigo su nombre —intervino otro hombre, que probablemente tampoco habría oído hablar de Spielberg.

—¡Ah! —dije al tiempo que me repetía el nombre de Kurt Müller. «¡Qué nombre más corriente —me dije—, incluso para un muerto!».

El gordote, que parecía tan dispuesto a informar como a sonsacar informaciones, acercó la silla a mi mesa, apuntando con el dedo el paquete de tabaco que había

encima. Le pregunté, a la vez que le extendía el paquete:

—¿Quién es ese tal Kurt Müller?

—Hace tres días, llegó un equipo alemán para rodar una película. No sé si lo ha leído en los periódicos —explicó al tiempo que encendía el cigarrillo—. El tipo que mataron era el director. Han encontrado el cadáver en la habitación en la que se hospedaba. No sabemos cómo ha muerto. La policía aún no ha hecho ninguna declaración. Lo único que sabemos es que podría tratarse de un asesinato.

Eran más de las cinco y media cuando me dije que no podía pasarme el día entero sentada en la cafetería de un hotel. De hecho, tendría que ir a la librería para que Pelin pudiera marcharse, lo que, por lo menos, resultaría útil. Me acerqué una última vez a la recepción y marqué el número de la habitación. A esas alturas me daba igual que me respondiera o no, y, tal y como suponía, nadie cogió la llamada.

Los lectores que piensen que estaba al borde de un arrebató se equivocan. Todo lo contrario, me encontraba sumamente relajada, puesto que me sentía resignada. ¿Existe en la vida de alguien otro estado tan reconfortante como el de la resignación? La oportunidad de convertirme en una detective aficionada que lleva una librería de novela negra había llamado a mi puerta, aunque se había alejado sin esperar a que le abriera. Iba a seguir con mi vida cotidiana, que era lo que más me convenía. En esos últimos días, mi cansado corazón había sufrido más sobresaltos de los necesarios. Los cafés que había tomado mientras esperaba a que el asesino viniera a sentarse a mi mesa, con el arma homicida en la mano ensangrentada, habían sido un buen escarmiento. Más me valía que me olvidara de mis pretensiones detectivescas.

Sin embargo, la oportunidad que había llamado a mi puerta, y que yo creía que se había esfumado antes de que le abriera, no iba a dejar de pisarme los talones.

Ustedes ya se han hecho una idea acerca del tráfico de Estambul y la lucha que representa encontrar un aparcamiento. Nunca antes había demostrado tanta sangre fría mientras me enfrentaba a ambos problemas. No insulté al chófer del coche vecino con medio cuerpo fuera de la ventana, ni tampoco me metí con los peatones que cruzaban la carretera con el semáforo en rojo. Ya lo he dicho antes: estaba sumergida en la placidez de la resignación.

Cuando entré en la tienda con mi tostada de queso *kashar* doble, me encontré con la sorpresa más grata del día: Petra estaba sentada en la silla en la que yo acostumbro a sentarme. Apenas me vio, se levantó.

—¿Dónde te habías metido? —chilló histérica.

No le dije: «¿Y tú?». Tenía toda la pinta de haber estado esperándome desde hacía bastante tiempo. La verdad es que incluso a mí me sorprendió constatar que ni siquiera se me había ocurrido llamar a la tienda.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al tiempo que mordisqueaba la tostada de queso doble.

Petra contó que todo el equipo había ido a cenar y que ella había subido a su habitación bastante pronto. Se enteró después de que los demás tampoco habían

trasnochado y de que todos habían vuelto a sus respectivas habitaciones alrededor de medianoche, ya que el día siguiente tenían una sesión de rodaje al aire libre y, por lo tanto, iban a tener que levantarse temprano. Habían quedado a las cuatro y media de la madrugada en el vestuario. El día siguiente, salvo el director, todos los miembros del equipo se presentaron a la hora convenida. Esperaron unos minutos más, pensando que el director se habría quedado dormido, pero pasados cinco minutos, al ver que seguía sin aparecer, telefonearon a su habitación y, como nadie cogió la llamada, esperaron un rato más. De todos modos, no les quedaba otra alternativa, puesto que no se podía filmar sin el director. A las cinco y cuarto, es decir, después de un buen rato y tras haberle llamado varias veces, uno de ellos propuso que fueran a su habitación, ya que como el día anterior se había excedido con la bebida, era muy probable que se hubiera quedado dormido y no oyera sonar el timbre. Estaban todos de acuerdo con él, por la sencilla razón de que todos sabían que bebía como un cosaco. Los recepcionistas insistieron en que no podían abrir la puerta mientras el cliente se encontraba dentro; entonces hablaron con el director de noche. Al final accedieron a que el encargado de vestuario del equipo, que era el que más trato tenía con él, entrara acompañado de un empleado del hotel.

Apenas entró, volvió a salir como el rayo.

—¡Han matado a Kurt! —gritaba el hombre a todo pulmón.

Petra tampoco sabía cómo lo habían matado, no lo había preguntado. Francamente, su falta de interés me resultaba irritante. Me puse a barajar varias posibilidades. Si con sólo echar una ojeada, el encargado de vestuario había gritado que le habían matado, debía de ser cierto que se trataba de un asesinato. Basándome en la experiencia que había adquirido a través de las novelas, sabía que cuando se notaba a primera vista que se trataba de un asesinato, era porque lo habían cometido con arma de fuego. Sin embargo, aun en el supuesto de haber utilizado una pistola, la primera reacción del encargado de vestuario debía de haber sido pensar en un suicidio. ¿Por qué el encargado de vestuario no había dicho «se ha suicidado» o «ha muerto»? Encontré más de una posible explicación: el encargado de vestuario podía haber matado al director; tal vez el asesino no se había molestado en disfrazarlo de suicidio; o bien el encargado de vestuario leía novelas policíacas y, en consecuencia, le costaba creer que las personas pudieran morir de una muerte natural o que, a veces, se suicidaran; también era posible que, suponiendo que hubieran matado al director con una pistola, la herida de bala estuviera en un punto del cuerpo al que el suicida no habría podido apuntar y que el encargado de vestuario lo hubiera notado enseguida, si bien eso implicaría que el encargado de vestuario fuera algo más que un aficionado a las novelas negras (la verdad es que no tenía la más remota idea de si últimamente, cuando los policías de homicidios o los médicos forenses se jubilaban, se metían a trabajar como encargados de vestuario); por último, podía ser que el arma homicida hubiera desaparecido y que el encargado de vestuario, que debía de ser un médico forense jubilado, con sólo echar un vistazo, hubiera notado que el arma faltaba.

Después de haber repasado todas aquellas alternativas, llegué a la conclusión de que hacer especulaciones mientras estaba allí sentada no me llevaría a ninguna parte.

Quiero que quede claro: los policías no me gustan. Algunos pueden llegar a pensar que mi rechazo hacia los agentes de orden público va más allá de un simple desagrado. No voy a entrar en explicaciones profundas, sólo le diré que cuando veo venir a un policía de lejos, cambio mi ruta. Uno de los consejos que me daba mi madre para que lo tuviera siempre presente era: «Nunca te fíes de un policía». De hecho, tengo que dejar claro que ésa es la única opinión que comparto con mi madre. Para mi madre y para mí, los agentes de orden público son seres transnacionales. Para nosotras, no existen diferencias entre los agentes ingleses, turcos, mejicanos o alemanes, pues todos ellos nos desagradan por igual.

Sin embargo, el Apolo que, unos treinta segundos atrás, acababa de entrar en la librería podía haber sido causa suficiente para que yo echara a perder el único punto común, el último lazo entre mi madre y yo. Intenté disimular mi desconcierto y fingí no haber visto a Recai, que de repente apareció delante del escaparate, cuando el coche de policía se paró al lado de la tienda.

—Hola, señor agente, ¿ocurre algo? —dije con el único propósito de herir su amor propio, aunque habría apostado que el tipo, como mínimo, era comisario.

—Soy el comisario Batuhan, de homicidios. Quisiera hacerle algunas preguntas, si no le importa.

En la actualidad, a cualquiera que tenga cierta información acerca de Turquía y los turcos, aquella frase del comisario le resultaría insólita. Antes que nada, «Batuhan» no es un nombre para un comisario. Los comisarios suelen llamarse como la mayoría de los turcos: Ahmet, Ali, Mehmet o, a lo sumo, Orhan. Batuhan es un nombre de cantante de música pop, y, si una familia le puso el nombre de Batuhan a su hijo, seguro que no lo trajo al mundo para que de mayor se hiciera comisario.

Era muy probable que, a partir del fatídico día en que Batuhan ingresó en la academia de policía, su madre se hubiera enganchado a las partidas de mus y su padre, a la heroína. En fin, se trataba de un auténtico drama familiar, y aquel hombre cruel me estaba sonriendo educadamente, como si no fuera el responsable de que su familia hubiera caído en la desgracia.

En mi opinión, que un comisario de policía fuera tan educado, además de ser extraño, era innecesario. Cuando pienso que también al agente de la comisaría de Ortaköy —con el que había hablado aquella misma mañana, y de cuyo nombre no consigo acordarme— me había tratado de señora, se me ocurre una única explicación. ¡Tiembra, Unión Europea, que Turquía está determinada a convertirse en miembro y avanza hacia su objetivo a paso firme! De ahora en adelante, la policía turca es un cuerpo que respeta los derechos humanos.

—¿Es a mí a quien quiere hacer preguntas? —dije. Luego señalé a Petra con la cabeza y añadí—: Supongo que es a ella a quien busca.

Petra aún seguía sentada en mi silla, balanceándose como si todo le diera igual.

Por la expresión de sorpresa y júbilo de su cara, deduje que justo entonces se percató de la presencia de ella, a pesar de que intentó disimularlo.

Eché una mirada a la libreta que sacó del bolsillo.

—Buscaba a su amiga Petra... Petra Vogel, efectivamente.

Esa vez señalé a Petra con el dedo. Recai estaba todavía parado delante del escaparate, mirándonos. Para que se alejara, entreabrí la puerta y pedí que trajera tres tazas de té.

El comisario Batuhan hablaba inglés. Escuchar a cualquier otro policía pronunciar una única palabra en una lengua que no fuera el turco me dejaría completamente atónita, pero no me sorprendió en absoluto que Batuhan supiera inglés, pues le pegaba mucho.

En los viejos tiempos, el inglés de mi amiga era bastante deficiente, y pude comprobar que las cosas no habían cambiado. De hecho, Petra no tiene talento para los idiomas, e incluso su alemán es deficiente. Dado que carecían de una lengua común, me tocaba algo más que hacer de oyente.

Petra repitió prácticamente palabra por palabra lo que antes me había contado. Batuhan no abrió la boca hasta que ella hubo acabado y se contentó con tomar breves apuntes mientras ella hablaba.

—Anoche, cuando volví a su habitación, ¿oyó algún ruido fuera de lo normal? —dijo cuando Petra acabó de pronunciar su última frase. Me lo preguntaba a mí, aunque sin apartar la mirada de Petra.

No logré contenerme. Soy esclava de mi curiosidad.

—¿A qué tipo de suicidio se refiere? ¿A uno con arma de fuego? —solté.

—¿A qué viene eso?

Volvió la mirada hacia mí.

—Yo qué sé... Quiero decir, ¿cómo lo han matado?

—Ahora entiendo. No, no lo mataron con un arma de fuego —dijo, riéndose de un modo burlón y descubriendo su hermosa dentadura. Me costó centrarme en lo que el hombre me decía.

—En cierto modo fue un asesinato bastante creativo. Mientras tomaba el baño, alguien lanzó el secador encendido en la bañera... —dudó por un momento, luego sonrió ligeramente sin enseñar su dentadura, como había hecho antes—: Un asesinato con mucha espuma.

«Un asesinato con mucha espuma», repetí para mis adentros. No veía qué tenía de creativo. ¿Espuma?

El comisario Batuhan pasó a mirarme fijamente a los ojos.

—¿Puede preguntar a la señora Petra si oyó algún ruido raro? ¿Vio algo? Cualquier detalle, por insignificante que le parezca, puede resultarnos útil. ¿Puede traducírselo, por favor? —me pidió con impaciencia.

Traduje lo que acababa de decir.

—No —dijo Petra en un tono categórico—. No he oído ni he visto nada. En

cuanto eché la cabeza sobre la almohada, me quedé dormida. Estaba muy cansada.

El comisario anotó la respuesta de Petra.

—La señora Petra tendrá que declarar otra vez en presencia de un traductor jurado —explicó, y debió de haber pensado que había sido desconsiderado conmigo, puesto que se apresuró en añadir—: Necesito tener una traducción jurada para poder adjuntarla al expediente. —Luego se volvió hacia Petra y continuó—: Me gustaría que la señora Petra viniera mañana a verme en la comisaría..., digamos que ¿a las cinco?

También traduje esto último. No quería ni pensar en cuál hubiese sido mi reacción en el caso de que un policía me hubiera dicho que fuera a la comisaría. Petra, sin embargo, seguía balanceándose impasible. Contestó con la misma serenidad de la que haría gala en el despacho del señor Batuhan el día siguiente a las cinco en punto.

—Pregúntele también si tiene la intención de marcharse enseguida de Estambul. Los demás compañeros del equipo han comentado que piensan quedarse y llevar a cabo la filmación, y, si la señora Petra tiene otros planes, me gustaría saberlo.

Lo traduje al alemán.

—No pienso volver. Acabaremos la película, con o sin Müller —dijo decidida.

Una vez que el comisario Batuhan hubo acabado de anotar todo, se levantó para estrechar la mano a Petra. Antes de extender la mano hacia mí, me preguntó si más tarde podía volver a pasar por la tienda.

—¿Por qué? —dije casi gritando—. Ese asunto no tiene nada que ver conmigo. Conozco a Petra, eso es todo.

—No he dicho que fuera a interrogarla. Quería charlar con usted sobre las novelas policíacas. A mí también me gustan las novelas negras.

Confieso que me sentí aliviada. Le sonreí como si arrugara la nariz.

—Quiero preguntarle algo: ¿cómo dio conmigo?

—Es parte de mi profesión, señora. Partimos de la premisa de que cualquier persona que esté relacionada de una u otra manera con el asesinato puede proporcionarnos algún dato útil.

—De acuerdo, pero ésa no es la respuesta a mi pregunta.

Me examinó con expresión seria.

—Los del equipo de filmación nos dijeron que la señora Petra tenía una amiga que llevaba una librería en esta ciudad. No ha sido difícil encontrar la tienda.

Hablaba como si yo fuera la única librería de Estambul, pero no tenía sentido discutirlo. Convenía guardar mi energía para más adelante.

Una vez que Batuhan se marchó, propuse a Petra que se quedara en mi casa, pero no quiso. Y la verdad es que no insistí demasiado. Allá ella.

Cogió un taxi y volvió al hotel.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, hasta yo me quedé asombrada al ver que me había despertado a las nueve. Las emociones me sientan bien. Cuando me instalé en la mesa del café de la esquina con los periódicos, estaban a punto de dar las diez y hacía una temperatura de treinta grados.

La noticia aparecía en la página principal de todos los periódicos turcos. Leí todo sin saltarme ni una palabra. No había nada, aparte de lo que ya sabía por boca de Petra y de Batuhan. Sólo uno de los periódicos había escrito sobre el director. Kurt Müller había nacido en 1952 en Bielefeld, y ninguna de sus películas había triunfado. El mismo periódico daba los títulos de dos de sus películas: *La noche que siguió a la lluvia* y *Tras las huellas del amor eterno*. Yo ignoraba la existencia de ambas.

Los reporteros de todos los periódicos coincidían en que *Las mil y una noches en el harén* iba a tener muchas repercusiones. El guión de la película era la adaptación de la obra con el mismo título del famosísimo escritor italiano Giacomo Donetti, que había sido un éxito editorial. Yusuf Selam, director general de Mumcular Film, que era la coproductora de una empresa alemana, había anunciado en un comunicado escrito que «Aquellas almas crueles que habían atentado contra el arte y el artista no van a quedar impunes»; una frase que, la verdad, me pareció bastante pretenciosa. Yusuf Selam había añadido que, a pesar del fatídico acontecimiento, reemprenderían la filmación cuanto antes, y que estaban dispuestos a cualquier sacrificio para que la película triunfase.

Tras haber leído todo aquello, había una cosa que no acababa de entender. Puesto que la película era una adaptación de la obra de uno de los escritores actuales más leídos, ¿por qué la habían dejado en manos de un director de segunda como Müller?

La temperatura subía muy deprisa hacia los cuarenta grados. Bajé con suma rapidez por las cuestas de Çukurcuma hacia mi tienda climatizada, con el sol brillando encima de mi cabeza como un aparato de tortura, y me metí delante de la mayor invención de la humanidad después de la rueda, internet.

Casi todos los periódicos alemanes daban la noticia del asesinato con el mismo titular: «Asesinato en el Bósforo». De todos modos, no importa que sea un documental o una novela sobre Estambul, siempre se las arreglan para introducir la palabra «Bósforo».

Los artículos del *Westdeutsche Zeitung* y del *Tagesblatt des Ostens* eran relativamente más satisfactorios, pero en ninguno de los dos había mucha información acerca de Kurt Müller.

¿Quién era Kurt Müller? Escribí en el buscador de mi amado internet «Kurt Müller» para probar suerte; no obstante, cuando comprobé que en todo internet había mil seiscientos treinta y seis páginas electrónicas que contenían las palabras «Kurt» y

«Müller», caí en la desesperación. Si se tiene en cuenta que uno de cada cuatro alemanes o se llamaba Kurt o llevaba el apellido Müller, el resultado no era en absoluto sorprendente.

Abrí hasta que me cansé unas cien páginas de las mil seiscientas treinta y seis. Muy pocas tenían que ver con el Kurt Müller que buscaba, y esas escasas páginas contenían las noticias que habían salido en los periódicos acerca de la película y del asesinato.

Justo cuando me preparaba a darle un puñetazo al ordenador, me acordé de mi amiga Sandra, doctora jubilada de Bielefeld. Aunque no lo hubiera tratado en persona, seguro que encontraría a alguien que le conociera. Me lancé sobre el teléfono.

Sorprendí al comisario Batuhan espiando el interior de la librería a través del escaparate, mientras me bebía un té verde tras otro para digerir las pitas de Trabzon que había merendado. Pelin había salido pronto para ir al cine.

Batuhan no iba uniformado. Sin embargo, que no se le ocurra a nadie confundir el ir de paisano con la elegancia. Su uniforme era una auténtica maravilla comparado con los pantalones grises y la camisa blanca de manga corta que llevaba. Pero las cosas como son: el tipo seguiría siendo un guaperas aunque vistiera trapos.

Le indiqué con la mano que entrara. No se hizo rogar.

Apenas pisó el umbral de la puerta, le propuse:

—¿Quiere té verde? Está recién hecho.

—No se moleste —respondió, y eso en turco significa «sí, por favor».

Mientras iba a la cocina para traer una taza, pregunté:

—¿Cómo va la investigación?

—Avanza milímetro a milímetro. Todavía no hemos podido hablar con todos los miembros del equipo. Tomar las declaraciones a través de un intérprete entorpece el trabajo. En el fondo, tampoco creo que averigüe nada nuevo digno de interés. Todos repiten más o menos lo mismo.

—¿Y la víctima? —grité desde la cocina.

—¿La víctima? Ya lo sabes... —Se interrumpió.

Yo estaba delante de la cortina de rayas que separaba la cocina de la tienda.

—¿Quién y con qué motivo iba a matarlo? Me parece que se trata de un tipo muy brillante.

—No sé si ésa es la palabra correcta. Puede que como director no haya sido brillante, e incluso fuese mediocre. No obstante, es posible que ésa no fuera su verdadera profesión.

Hubo un momento de silencio. Me dio literalmente un vuelco el corazón. ¿Estaba sobre la buena pista, entonces? ¿Tenía razón al pensar que las causas del asesinato se debían buscar en la vida y las relaciones del pasado de Kurt Müller?

—Claro que esas cosas no se pueden decir en voz alta —dijo. Más adelante comprendería a qué venía aquel comentario.

—Parece un caso complicado —comenté al tiempo que pensaba qué método seguir para sonsacarle más información.

—Sí, todo esto es bastante complejo.

—¿Algún asunto de drogas? —pregunté de repente. Aquella probabilidad, que se me había ocurrido en aquel mismo momento, parecía haber salido de mis labios sin que yo interviniera. Normalmente, no suelo ser tan indiscreta.

Batuhan se sobresaltó.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo antes de empezar a contarme su afición por la novela negra. De hecho, aunque sus conocimientos no eran nada despreciables, no me interesaba en absoluto saber cuánto disfrutaba con las novelas de Raymond Chandler.

—Es lo primero que se le ocurre a uno —replicó.

Me miró con admiración. Luego propuse preparar más té, para al menos poderme escapar a la cocina un momento.

Miró el reloj y, sin levantar la cabeza, me dijo que era ya demasiado tarde para otro té. Tampoco me miró a la cara cuando levantó la cabeza y me dijo con una voz apenas audible:

—¿Puedo invitarla a cenar? Estaríamos más cómodos.

—*Sie sind schneller als die Polizei erlaubt* —le contesté en alemán.

—Lo siento, no entiendo alemán —se excusó educadamente.

Sin embargo, yo no era tan fina como él.

—Va demasiado rápido —repliqué.

A pesar de que las pitas de Trabzon permanecían en mi barriga como el cemento, sin que hubiera podido digerirlas, pensé que no tendría sentido rechazar la invitación de Batuhan. Era cuestión de intereses. Desde la mañana del día anterior, no había parado de luchar para averiguar algo sobre el asesinato y no había avanzado mucho. Tenía que conseguir hacer cantar a Batuhan. Una buena cena, vino... Al recordar que el hombre echaba cada dos por tres miradas al escote de mi blusa, con una sonrisa a la vez tímida e impertinente en los labios, y que era un policía, cambié en mis pensamientos el vino por el *raki*, que es, al contrario del vino, la bebida tradicional de aquel país. Con el kebab y el *raki*, seguro que cantaría como un rruiseñor.

Acepté su invitación, sin demostrar más entusiasmo del necesario, e incluso actué como si le estuviera haciendo un favor. Y justo cuando terminé la frase que anunciaba mi conformidad, añadí:

—Con una condición: yo elijo el lugar, ¿de acuerdo?

No veo inconveniente en confesarles la verdad: me temía que Batuhan me llevara a una de esas tabernas de los callejones de Beyoglu a las que muchos de mis amigos acuden regularmente, o bien a uno de esos «locales de oficio» que llaman Casa de la policía, a los que sólo los del cuerpo tienen acceso. Pese a todo, yo también, como toda mujer, sé dejar que los hombres escojan el lugar para no perder la oportunidad

de lanzarle insultos acompañados por todo tipo de muecas y gestos cuando, luego, las cosas no salen bien.

Tras un rápido repaso mental de los barrios a los que se podía ir, decidí llevarlo a uno de los restaurantes de kebab de Yesilköy.

Pese a que Yesilköy estaba ubicada en la orilla europea de Estambul, se encontraba bastante retirado del triángulo Beyoglu-Cihangir-Kuledibi en el que acostumbraba a moverme. De hecho, no sólo estaba lejos de los lugares en los que mi vida transcurría, sino que quedaba apartado prácticamente de todo. Voy a dar una pista a los lectores que no conozcan la ciudad: el aeropuerto de Atatürk, al que había ido el otro día a buscar a Petra, está en Yesilköy.

Con todo, Yesilköy es uno de los últimos barrios de la orilla del Marmara donde aún se ven el verdor y las casas con jardín de Estambul. No hace falta decir que, con tantas ventajas, el precio de las viviendas había alcanzado cifras exorbitantes. Y digo «había alcanzado» porque esta situación había perdurado hasta el seísmo de Marmara. Tras haberse comprobado la poca resistencia del suelo a los terremotos, quien pudo abandonar Yesilköy lo hizo. Hoy día, Yesilköy se ha convertido en un barrio lleno de restaurantes de kebab que intentan mantener viva la memoria de los buenos tiempos y de jubilados y viudas cuyos recursos económicos no les permitieron afrontar los gastos de la mudanza.

Batuhan salió primero para dirigirse corriendo a abrir la puerta del Renault rojo, mientras yo me decía que el color del coche, para un agente de policía, podía ser pasable, pero, para un comisario del departamento de homicidios, resultaba demasiado «colorado».

Casi no hablamos durante el trayecto de Kuledibi a Yesilköy. Yo, aprovechando que no tenía que conducir, hice el repaso de los cuatro últimos días. No hacía más de cuatro días, había hecho el mismo recorrido... pensando en cosas totalmente diferentes.

Gracias a Dios, el restaurante de kebab Saçikara, por delante del cual hacía años que no había pasado, seguía en su sitio y estaba abierto.

El interior recordaba a un enorme almacén. Bajo la luz de los fluorescentes que colgaban del techo, hasta los clientes habituales de mejillas sonrosadas se habían transformado en escandinavos blancuchos. A los turcos, por alguna razón que se me escapa, les encanta iluminar los establecimientos con tubos fluorescentes. No dejé que los tubos que arrojaban una deslumbrante luz blanca, ni los habituales clientes de los restaurantes de kebab, rechonchos y de clase media turca, me afectaran. El aire acondicionado, que funcionaba a toda máquina para refrescarme, y toda esa gente rara que comía kebabs a pesar del calor del verano eran razón suficiente para que me gustara e, incluso, me encantara el lugar.

Me dirigí corriendo a una mesa situada lejos de las miradas.

Pedimos un par de tapas, un kebab de berenjenas y *raki*. No me entusiasman ni los kebabs de carne grasa ni el *raki* elaborado a partir de una mezcla de anís y uvas. A

decir verdad, con sólo oler el *raki*, se me revuelve el estómago; así que a lo largo de la cena me las arreglé para llevarme la copa a los labios y fingir que bebía.

Cuando consideré que ya habíamos hablado bastante de las novelas negras, de las dificultades del oficio de policía e incluso de la difícil situación política del país, y tras llevarme a los labios la copa de *raki* una última vez, le solté de golpe con la voz ronca por el asco:

—Según usted, ¿quién puede haber matado a Kurt Müller?

—No tengo ningún nombre en mente. En realidad, no tenemos suficientes pruebas —contestó sin haberse sorprendido por el repentino cambio de tema.

—Como me ha dicho esta mañana en la tienda que existía la posibilidad de que la verdadera profesión de Kurt Müller fuera otra...

De repente no supe cómo terminar la frase. No quería asustarle; sin embargo, tampoco sabía cómo formularla de un modo más indirecto. Mi turco no era de tanto nivel como me imaginaba, o bien era un problema de mi propio carácter. Siempre he sido una persona muy directa, y no era previsible que fuera a cambiar para sonsacar información a Batuhan. De todos modos, empezaba a cansarme de tantos rodeos.

—Señor Batuhan —empecé, a la vez que deslizaba el trasero por la silla, inclinaba el cuerpo hacia la izquierda, apoyaba el codo derecho en la mesa y la mano debajo de la barbilla. Con aquella pose cautivadora (o al menos eso creía yo) de mujer columnista, lo miré fijamente—. Usted lee novelas policíacas, como yo; por eso pienso que puede comprenderme. Como bien sabe, todos los lectores de novelas negras, en el fondo del corazón, sueñan con ser detectives.

—O un asesino con las manos llenas de sangre.

—No sé de ningún asesino aficionado a la novela policíaca —dije. Luego añadí—: ¿No estaré en la lista de los sospechosos simplemente porque leo novelas negras, verdad?

—Peor aún, porque las vende —contestó riéndose de su broma.

—¡Fantástico! La mujer que vende libros de novelas negras es la asesina. Muy bien. ¿Y el motivo?

—Que la víctima estaba a punto de abandonar y echar del trabajo a la amiga del alma de la homicida.

—¿Qué quiere decir? —Me pareció que por fin iba a ir al grano.

—Según pudimos averiguar, su amiga Petra estaba viviendo una aventura con Müller. Prácticamente todos los del equipo estaban al tanto de esa relación. Parece ser que, después de llegar a Estambul, Petra y Müller habían discutido, y entonces Müller había decidido darle el papel principal a la actriz turca Ayla Ozdal. En otras palabras, cuando mataron a Müller, él estaba a punto de largarla en todos los sentidos.

Tras esa información, no me era posible seguir sentada como una columnista de sangre fría. Ahora entendía a qué se refería Batuhan cuando me dijo aquella misma tarde: «Tampoco creo que averigüe nada nuevo digno de interés». Gracias a la información, ya había averiguado que había tomado bastantes cosas interesantes.

Cogí un cigarrillo del paquete que había encima de la mesa y lo encendí con el mechero que él me acercó. Mientras echaba el humo al aire, lo miré con cara seria y despectiva, ladeando el cuello un poco a la derecha, y le dije con voz gélida:

—¿Usted cree que lo que acaba de contarme constituye un motivo suficiente para cometer un asesinato? Quiero recordarle que no se trata de un asesino de sangre fría, sino de alguien como yo o como usted, e incluso de alguien que tiene mucho más que perder que nosotros: una actriz famosa.

El grado de fama de Petra era discutible, pero aquél no era el tema prioritario.

—Yo creo que los motivos que le he enumerado son razones nada despreciables. No es un detalle sin importancia que una persona famosa de repente se quede sin amante y sin trabajo.

Tomó un par de sorbos de su *raki* con hielo y se enjuagó la boca, lo que no era nada agradable de ver.

—Además, yo afirmo que Petra cometió el crimen. De todos modos, ni siquiera tenemos suficientes pruebas para demostrarlo. Como sabe, a nuestros ojos, cada persona es igual de inocente hasta que no se demuestre lo contrario.

Se tomó otro trago, orgulloso de la pomposidad de la última frase. A ese ritmo se iba a emborrachar muy pronto.

—Supongamos que Kurt Müller tenía la intención de despedir a su amiga. ¡Ojo! No digo que eso sea lo que ocurrió; estamos hablando de probabilidades, porque puede que Müller no se lo haya planteado abiertamente. Estamos trabajando en ello. —Él también encendió un cigarrillo—. En tal caso, a Petra le hubiese convenido más matarlo después de que Müller rompiera el contrato —dijo mientras se frotaba los dedos como si estuviera contando monedas. (En mi opinión, tras la última crisis económica de febrero, los turcos empezaron a tomarse más en serio los asuntos de dinero). Se puso a hablar como una ametralladora sin darme la oportunidad de hacerle preguntas:

—Si hubiesen matado a Müller unos días antes, la productora hubiese anulado el contrato firmado entre Müller y su amiga, y, de acuerdo con lo estipulado en el contrato, la señora Petra Vogel tendría derecho a cobrar una indemnización sustancial. —Paró de hablar y me miró con cara sonriente—. Se mire por donde se mire, su amiga salió perdiendo —concluyó.

«¿Qué se puede esperar de un policía? —pensé—. Aunque sea un guaperas y lea novelas policíacas, sigue siendo un bruto».

—¿Petra es la única de la lista de sospechosos?

—Qué va, qué va... —respondió con un tono de voz nada convincente.

—¿Quién más hay entonces?

Se encogió de hombros y farfulló algunas palabras.

—¿Así que se trata de un crimen pasional?

—Ése es el motivo principal. También podría ser el dinero o la venganza; pero en la lucha contra el crimen, la prioridad es descubrir quién lo ha cometido, los motivos

son secundarios. Dejamos que la justicia se ocupe de ellos y de las circunstancias atenuantes o agravantes. —Y tras pronunciar esas palabras, empezó a mirarme como si quisiera calibrar el efecto que éstas habían provocado en mí. Tenía los ojos inyectados en sangre por el *raki*. Me di cuenta de la gravedad de la situación cuando me dijo que, en el estado en que se encontraba, resultaba mucho menos atractivo. Estaba cenando y tomando *raki* en compañía de un agente que pensaba que mi amiga Petra era una asesina y en un barrio por el que acostumbraba a pasar única y exclusivamente para ir al aeropuerto.

Me desperté al día siguiente, cuando aún no había empezado a hacer calor. Llamé al colmado para hacerle el pedido. No se le había escapado al mozo del colmado, que desde hacía dos días compraba todos los periódicos. Mientras ponía los encargos en la cesta que había bajado por la ventana, me gritó:

—Buenos días, señora Kati. Por lo que veo, ha decidido seguir de cerca todo lo que ocurre en el mundo.

¡Lo que faltaba! Demostraciones superfluas de confianza de buena mañana. Debo de haber empezado a habituarme a esos comportamientos turcos, puesto que me limité a reírme sin darle importancia.

Desde el punto de vista periodístico, el tema del asesinato había pasado de moda a los dos días. Era evidente que la foto en la que se veían las nalgas de la famosa actriz Ayla Özdal mientras jugaba al tenis les había resultado mucho más interesante que la foto carné de la cara picada por la viruela de Müller.

Todos los periódicos que había comprado dedicaban un amplio espacio a la rueda de prensa que había dado Ayla Özdal junto a su representante. Özdal había contado con cara apenada que ella era una actriz con mucho talento que se sentía atrapada en Turquía, que poseía todas las cualidades para representar al cine turco fuera de las fronteras y que, por culpa de un asesino maníaco, había perdido en el último momento la oportunidad que por fin se le había presentado. En cuanto al representante, había hecho un discurso relativamente más conciso. Dijo que era verdad que de momento no se supiera qué iba a pasar con la película, pero que, de todos modos, Ayla Özdal era uno de los más grandes talentos del cine turco y que, sin duda, recibiría nuevas ofertas que le darían la oportunidad de representar a su país de la mejor manera.

Los periódicos, tras publicar a todo color las declaraciones de Ayla Özdal, habían añadido al final del artículo que aún no habían cogido al asesino, pero que la policía de Estambul había asegurado que lo atraparían de un momento a otro.

Llamé enseguida a Petra. Me pareció que esta vez yo la había despertado.

—Todos los periódicos turcos hablan de que estabas a punto de ser despedida —le dije en vez de darle los buenos días. Estaba molesta con Petra por enterarme por fuentes dispares de que ella era la primera sospechosa, a pesar de no haber perdido hasta tal punto los nervios como para no pensar que sería más correcto preguntarle en persona si había sido realmente la amante de Müller.

—¿A punto de ser despedida? ¡Qué disparate!

Me dio la impresión de que aún no había acabado de despertarse del todo.

—Eso dicen los periódicos.

Nos quedamos las dos calladas, esperando que hablase la otra. Yo no tenía intención de comentarle que me había enterado de la noticia antes de que ésta apareciera en los diarios.

—¿Así que iban a despedirme?

Se le notaba por el tono de voz mortecino que no se creía lo que acababa de decir.

—Así es —dije mientras pensaba que sería más sensato hablarle cuando estuviera más despejada—. ¿Quieres que quedemos en el vestíbulo del hotel? Podemos ir a desayunar fuera, y de paso te traduzco las noticias que han salido en los periódicos.

En cuanto colgué, marqué el número de Lale.

Lale es la jefa de redacción del periódico más vendido de Estambul, *Günebakan*, e íntima amiga mía, y me pasaría toda la información que la policía o cualquier reportero poseyera. Me prometió que ese mismo día me entrevistaría con los reporteros de su periódico que habían escrito sobre el asesinato. Su secretaria me llamaría dentro de unos diez minutos para decirme cuándo y dónde.

Mientras esperaba la llamada, me planté delante del ropero y me entretuve pensando qué ponerme. En el fondo, eso era una tarea inútil. Me vistiera como me vistiera, en cuanto pisara la calle, iba a quedar bañada en sudor. Escogí una camiseta blanca y escotada, cien por cien algodón, unos pantalones de lino color lila, y, mientras delante del tocador me pintaba los ojos con sombra azul, sonó el teléfono. Era la secretaria de Lale. Dos reporteros me esperarían a las cuatro en el café de Kuledibi. ¡Cómo se notaba la eficiencia de Lale! Era capaz de pensar, con tanto trabajo como tenía, cuál sería el lugar más cómodo para mí. Estaba claro que por algo era la jefa de redactores del gigante *Günebakan*.

Acabé de pintarme el ojo izquierdo y me eché a la calle. Aquella vez no dudé ni un momento sobre si coger o no el coche y llamé al primer taxi que pasó.

Los taxistas tenían menos clientes a causa de la última crisis económica, y tuve la impresión de que eso les había hecho recapacitar. En esos últimos cuatro días, por primera vez me bajé dos veces seguidas del taxi sin haberme peleado antes con el chófer. ¡Increíble!

Había llegado pronto a mi cita con Petra. Di un breve paseo matinal por los alrededores del hotel. En el *jazz bar*, el personal de limpieza estaba recogiendo las colillas y botellas vacías de la víspera. Me senté en el suelo y, para hacer tiempo, contemplé, esa vez con mirada ausente, la inigualable belleza del Bósforo; mientras tanto, me puse a reflexionar sobre todo lo que se había dicho el día anterior. Batuhan sospechaba de Petra. Me gustase o no, ésa era la situación. Sin embargo, eso no ayudaba a comprender a qué se refería Batuhan cuando se le escapó que la verdadera profesión de Müller no era la dirección de películas.

Al entrar por la puerta principal del hotel, me encontré con Petra, que me

esperaba.

Caminamos por la carretera flanqueada de árboles inhalando gases de tubos de escape, mientras charlábamos sobre el cine alemán. Compramos en un puesto callejero esas rosquillas que se llaman *simit*, y queso *kashar* en un colmado cerca de la placeta de Ortaköy. Nos sentamos en la terraza de una de las cafeterías a la orilla del mar. Ortaköy es un barrio peculiar. Aquí también se observa el abismo entre las distintas capas sociales, que es una de las características más llamativas de Estambul; sin embargo, se nota menos. Por ejemplo, el lugar donde estábamos sentadas pertenece al Ayuntamiento y es bastante barato. En cambio, en el palacete de Esmâ Sultân situado detrás de esa terraza y que llega hasta la carretera, se celebran las bodas de la alta sociedad y los coches de lujo con chófer privado hacen largas colas. Ortaköy es uno de los varios lugares donde la alta sociedad y los ciudadanos corrientes viven y se divierten uno al lado del otro.

Cuando el camarero se alejó de nuestra mesa, Petra empezó a contarme lo que había hecho el día anterior. Por primera vez desde su llegada, había tenido la ocasión de visitar la ciudad y había ido a Sultân Ahmet, como todos los turistas. Mi amiga debía de haber pensado hasta entonces que la única belleza de Estambul era el Bósforo que se podía contemplar desde la ventana de su hotel, puesto que me empezó a contar con asombro y emoción la hermosura del museo de Topkapı, de Santa Sofía, de la cisterna de Yerebatan y de la mezquita de Sultân Ahmet. La interrumpí sin importarme si resultaba o no grosera. Después de haber pasado los últimos trece y primeros siete años de mi vida en Estambul, y haber hecho muy a menudo de anfitriona de turistas, me sentía muchas veces saturada por tener que escuchar siempre la misma canción, ver aquellas caras asombradas y maravilladas. Además, prefería hablar de la lucha por el papel principal entre Ayla Özdal y Petra, y del romance entre Müller y Petra.

Decidí dar el primer paso y pregunté:

—¿Sabías que estabas a punto de ser despedida?

—No, me enteré por ti está mañana. No lo entiendo. No le encuentro ningún sentido.

Abrió su bolso con un gesto brusco y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Qué dicen los periódicos?

Antes de satisfacer la curiosidad de Petra, tenía que calmar la mía. Sobre todo, después de haber conversado durante todo el trayecto, desde el hotel hasta allí, sobre insignificantes películas alemanas.

—¿Conoces a Ayla Özdal? —pregunté a la vez que acercaba a Petra uno de los periódicos con la foto de la actriz.

Petra acercó la foto a la cara y la examinó detenidamente.

—¿Esta mujer? No, corazón, no la conozco.

Revolvió el bolso con la misma brusquedad que antes y sacó el mechero.

—¿Estás segura?

—Sí, segurísima —respondió mientras encendía su cigarrillo—: ¿Qué cuentan los periódicos? —volvió a preguntar con voz ronca.

—Que Müller quería que ella te sustituyera. O mejor dicho, que ella, en la rueda de prensa que dio ayer por la tarde, sostuvo que Müller, de no haber sido asesinado, pensaba contratarla para el papel principal de la película.

—Qué interesante, ¿no es así? Debes de estar pensando: «¿Para qué inventar algo así?».

Justo cuando empezaba a creer que el tema de Ayla Özdal había despertado su interés, Petra dijo:

—Pásame tu móvil.

Mis amigos opinan que me he adaptado demasiado a este país. No obstante, era la primera vez que veía a alguien adaptarse tan pronto a los turcos, ya que Petra no hacía ni una semana que había llegado.

—¿Crees que es momento de hablar por teléfono? —le dije echándole una mirada fulminante.

—¿Quieres saber si es verdad que me iban a despedir? Pues voy a llamar al productor turco y se lo preguntaré. Ya que ellos comunicaron a los periódicos turcos que me iban a despedir, que me lo digan también a la cara.

Fue uno de esos escasos momentos en los que me da por pensar que el móvil, en ciertas ocasiones, puede usarse para el bien de la humanidad; sin embargo, en esa ocasión no me era posible aprovechar esa ventaja. Sin esperar siquiera a que acabáramos el té y los *simits*, arrastré a Petra hacia el teléfono más cercano, que era el de su hotel. No se podía ni pensar en poder hablar desde las cabinas de la placeta de Ortaköy.

Me guardaba para el final el anuncio de que estaba al tanto de su relación con Müller. Al fin y al cabo, ésa era mi arma más demoledora.

No resultó nada fácil contactar con el productor. Petra llamó primero al número de despacho que le habían dado y habló en alemán sin necesitar mi ayuda, por lo que supuse que la persona que había al otro lado del aparato sabía alemán. Le dijeron que el productor estaba de vacaciones, y, como no quería que le pasaran ninguna llamada, no era posible que le dieran el número de su móvil. Colgó nerviosa y marcó el número de la productora alemana. Pasaron por lo menos cinco minutos hasta que la secretaria le dio el número de la casa del productor. Me había olvidado de Ayla Özdal, ya que lo único que me preocupaba en aquel momento era la factura de teléfono. No quería ni pensar en la factura que recibiría después de que hubieran subido el coste de las llamadas debido a la crisis económica; claro que las facturas y las crisis no le importaban, puesto que los productores pagaban el hotel y los demás gastos.

Petra marcó el número que le dio la secretaria. Me parece que la persona que le

contestó era el productor.

Sin dejarle pronunciar palabra, Petra le resumió en un santiamén la noticia que había salido en la prensa.

Hacía mucho que no la veía y tampoco era mi amiga del alma, pero puedo asegurar que, para darse cuenta de que estaba a punto de desfogarse con él, no hacía falta conocerla muy bien, ni tampoco ser una experta en psicología.

No sabía dónde meterme para protegerme de la voz de Petra, que iba subiendo de volumen. El único sitio era el baño. No nos encontrábamos en una *suite*, sino en la habitación de un hotel de lujo; una habitación de quince o veinte metros cuadrados, decorada con buen gusto.

Cuando Petra terminó de hablar y vino a verme, yo había acabado de leer las instrucciones de uso de todos los productos de belleza que había en el cuarto y estaba a punto de pasar a sus composiciones.

Según me contó, el productor alemán, el señor Franz, le había dicho que era improbable que la noticia fuera cierta, que iba a averiguar la fuente y los motivos de semejantes rumores, y había prometido volver a llamarla enseguida.

A decir verdad, me había extrañado que Petra perdiera hasta tal extremo los papeles, después de que hubiera dado la impresión de no darle mucha importancia al asunto del despido.

—¿Qué ha pasado? Mientras conversábamos en la terraza de Ortaköy, te daba igual que te despidieran; ¿por qué ahora estás fuera de tus casillas?

Me acercó a la nariz el sobre que cogió del mueble demasiado grande para llamarse mesita y demasiado pequeño para llamarse mesa.

—¿No te diste cuenta cuando me lo dieron en recepción, junto con la llave?

Me había dado cuenta incluso de más cosas: por ejemplo, de que se mordía los labios mientras leía en el ascensor el papel que había sacado del sobre. Sin embargo, hasta yo estaba asqueada de verme siempre metiendo las narices en los asuntos de los demás, por lo que dejé que aquel secreto siguiera en la oscuridad.

En vez de darle tan larga explicación, repliqué:

—Sí, me había dado cuenta. ¿Qué pone?

—Es de la productora. El señor Franz tampoco estaba al corriente de aquello. Me gustaría saber qué es lo que está tramando ese productor turco. A partir de ahora, dejarán de pagar esta habitación. Justo después del crimen, me habían comunicado que encontraban demasiado elevado el precio de la *suite*, y ahora ésta también les parece demasiado cara. Quieren que me mude a un hotel más económico que ellos me indicarán. Consideran que nuestra estancia en Estambul se está alargando más de lo previsto, que eso les acarrea unos gastos adicionales y que no pueden seguir haciendo frente al coste de un hotel de esa categoría.

«¡Estupendo! —pensé—. ¿Tendrá ella que pagar la factura de esas últimas

llamadas?».

Pensé en proponerle a Petra que se quedara en mi casa, aunque no tenía claro si era una buena idea. No estaba segura de estar preparada para convivir con alguien que no fuera Fofo. Sería mejor recomendarle el hotel con vistas del barrio.

Pedimos al servicio que nos subieran té, mientras esperábamos la llamada del productor alemán, a sabiendas de que la empresa cinematográfica no nos lo iba a regalar. Era el mejor momento para preguntarle por su relación con Müller.

El teléfono sonó justo cuando pensaba que si quería llegar a la cita de las cuatro, tenía que marcharme dentro de poco.

Era el productor turco. Dado que el hombre se encontraba al otro lado del aparato sin que le hubiera importado aplazar sus vacaciones, la conversación de Petra con Alemania había dado sus frutos.

—*One moment, please* —dijo Petra, y me extendió el auricular—. No nos entendemos. No sabe alemán. Habla inglés, pero como yo... Habla tú y me lo cuentas.

Me presenté al tipo. Empezó a tutearme desde la primera frase, igual que los camareros berlineses.

—¿Tú le vas a traducir?

—Sí, yo mismo. Petra quiere saber si usted está al tanto de las noticias que han salido en los diarios de hoy.

—Acabo de explicárselo al productor alemán. Ayla, con tal de que hablen de ella... Quiero decir que los artistas hacen cosas así para causar sensación. La señora Petra lo comprenderá. Ayla se habrá atrevido a hacerlo aprovechando que no me encontraba en Estambul. Son noticias falsas.

—Hay algo que no entiendo: ¿Ayla Özdal tiene algo que ver con su empresa?

—Ayla es mi exmujer. Discúlpese de mi parte con la señora Petra; ya intentaré remediarlo.

—¿Me está diciendo que su exmujer difundió el rumor porque la empresa es de usted? —dije, repitiéndole lo que acababa de contarme, para asimilarlo mejor.

—Exacto. No se preocupe, ni le dé más vueltas. No hay nada que temer.

Le eché una mirada a Petra con el labio fruncido; aunque aquello debía de ser un ejercicio de mímica turca, ya que no captó mi mensaje.

—Y también Petra recibió hoy una carta de su empresa, para que deje su habitación, alegando que ya no podían pagar los recibos del hotel.

—De ninguna manera, no hace falta. En cuanto vuelva a Estambul, lo arreglaré todo. Anota mi móvil; si la señora Petra tiene algún problema, que me llame a mí.

Tras colgar el teléfono, solté unas carcajadas nerviosas. Por culpa de Ayla Özdal, un montón de gente, inspectores de homicidio incluidos, se había entretenido en barajar teorías de conspiración, sin que se le ocurriera a nadie que pudiera tratarse de

una mentira.

Le repetí a Petra toda la conversación. Se tranquilizó mucho cuando supo que iba a pagar los recibos del hotel.

—Ya me imaginaba yo que la historia de Ayla Özdal sería algo parecido —me dijo con una sonrisa de alivio.

—¿Cómo es eso?

—En todas partes se hacen esos montajes. Hace veinte años que estoy en el mundillo del cine. Antes que nada, la mujer es tan joven que no puede ser apta para el papel. Incluso el mejor maquillador no lograría envejecerla treinta años.

—Es verdad, es más joven de lo admisible —murmuré, enfadada conmigo misma por no haberme percatado de ese detalle.

—Kurt habrá hecho su propio teatro para que Ayla Özdal creyera que se quedaría con mi papel y para darle esperanzas —dijo Petra. A continuación, echó la cabeza hacia atrás, esparciendo su melena. Se le dibujó en los labios una media sonrisa, como si estuviera burlándose—. De todos modos, ¿quién es Müller para echarme?

No tenía más tiempo para informarme acerca de los manejos de los directores y de las aspirantes a actrices. Eran ya la tres y media.

Cuando llegué al café de Kuledibi con quince minutos de retraso, encontré a los dos reporteros fumando y tomando el té, acompañados de las cámaras que reposaban encima de la mesa. Después de la conversación con el productor y exmarido de Ayla Özdal, había acudido a la cita arrastrando los pies. No quedaba mucho que aprender de los reporteros, pero tampoco me atrevía a ofender a Lale. Después de todo, me había prestado dos de sus periodistas para unas horas.

El reportero de sucesos era un hombre que debía de tener unos cincuenta y pico años, de esos que apagan un cigarrillo para encenderse otro, con los dientes negros de nicotina, calvo, casi en los huesos. En cambio, el reportero de prensa del corazón era tan joven que parecía haberse escapado del colegio.

—¿Quién es esa Ayla Özdal? —pregunté al joven después de que se acabaran las presentaciones.

—¿No la conoce? —dijo, casi reprobándome, como si de Claudia Cardinale se tratara—. Ayla, tras ser elegida Mis Turquía del año 2000, se convirtió en el centro de atención y empezó a trabajar de modelo. Hace tres meses sacó un disco, pero no está vendiendo mucho. Se rumorea que actuará en una de las series de la nueva temporada. La muerte del productor fue un mazazo para ella. Actuar en una coproducción podía haberle cambiado el destino. Ha sido una pena.

Me dio la impresión de que nuestro reportero la admiraba bastante.

—Se comenta que mantiene una relación con Mesut Mumcu. ¿Es eso cierto?

Mesut Mumcu era el productor turco que se había tomado confianzas al instante.

—Es lo que se rumorea, y los colegas los pillaron un par de veces juntos en los

ambientes nocturnos; pero Ayla insiste en que sólo son amigos. En mi opinión, hay que creerla, siempre que no se demuestre lo contrario. Siempre se cuentan muchas cosas. ¿Por qué me lo pregunta?

—El señor Mesut, cuando habla de ella, dice «mi mujer». Creí que estarían casados.

Al reportero, lo que acababa de decir no le hizo mucha gracia.

—Las relaciones en ese mundillo... Es difícil que una extranjera lo comprenda —dijo con una sonrisa burlona. Por lo visto, pensaba que los alemanes eran unos extraterrestres, y no quise decepcionarle.

—El señor Mesut habrá dicho «mi mujer» en lugar de «la mujer con la que me acuesto» —dijo. Luego añadió con una sonrisa tonta—: No sé si me he explicado bien.

—¿Me está diciendo que el hombre no está casado y que por pura educación la llama «mi mujer»? —pregunté.

—No lo sé. Quizá hayan hecho la ceremonia religiosa. Como sabe usted, en este país sólo cuenta el matrimonio civil. Aun así, no creo que sea una unión seria y de larga duración. Como le dije antes, ni siquiera los periodistas sabemos con certeza si mantienen una relación.

—Creo que tengo que seguir más de cerca los programas de cotilleos —comenté riendo.

—Nuestro mundillo tiene sus principios —dijo el reportero de la prensa del corazón, que se las daba de listillo—. Nosotros informamos sobre la vida de los personajes públicos, no nos dedicamos al chismorreo —concluyó.

El reportero de sucesos dio su conformidad con un movimiento de la cabeza. Debía de tratarse de cierta solidaridad profesional.

—Los periódicos de hoy no dicen gran cosa sobre el asesinato. ¿No hay nada nuevo?

Era obvio que la pregunta iba dirigida al reportero de sucesos.

—La policía no suelta prenda. Me parece que el asesinato está relacionado con otros asuntos. Mesut Mumcu es uno de los beneficiarios de la última amnistía.

El reportero de las noticias del corazón se metió en medio y soltó unas cuantas informaciones que acababa de recordar y que entraban en el ámbito de su especialidad:

—Mesut había sido el amante de Sedef Armen. Ella incluso llegó a hacerse coser el vestido de novia, preparada para ser la mujer de su casa. Después cambió de opinión. Se ve que se quejó a Fatih con estas palabras: «Quiere que deje de trabajar una vez que estemos casados. Llevo tantos años luchando para ser reconocida, que ahora no puedo hacer borrón y cuenta nueva». Mi colega no lo publicó, ya que publicar una conversación íntima no le pareció ético. Pero más tarde Kemal Güngör lo escribió en su columna.

—Un momento —le interrumpí—. ¿Quiénes son el señor Fatih y ese tal Kemal

Güngör?

—Fatih es el jefe de mi departamento. Conoce de cerca el círculo de los artistas. En cuanto a Kemal Güngör, es el redactor jefe del semanal *Kadinin Resmi*.

—¿A quién se refiere cuando habla del círculo de artistas?

—Ya me entiende, artistas...

Me daba cuenta de que estaba poniéndome pesada, no obstante; a pesar de mi nivel de turco y de mi agudeza, ignoraba por completo la jerga del periodismo sensacionalista.

—¿Se refiere a gente como las cantantes, las mises...?

Asintió, moviendo la cabeza con exageración.

—Bueno, y Mesut Mumcu ¿por qué estuvo en la cárcel?

—Cumplió condena por varios delitos: retención ilegal, inducción al asesinato y a la usurpación. Sin la amnistía, lo hubiera tenido difícil. Ahora, hace por lo menos siete meses que está fuera. Su banda estuvo a punto de disolverse. Cuando salió, volvió a reunir a sus hombres, e incluso sus negocios prosperaron. Su incursión en el campo cinematográfico es reciente. Iba a ser su primera película.

—¿Mesut Mumcu estuvo envuelto en asuntos de narcotráfico?

Supongo que no me negarán que resultaba bastante lógico relacionar el asesinato de Müller con algún asunto de drogas. El papelón de una coproducción, el coste de una actriz relativamente famosa, los gastos de alojamiento en los mejores hoteles... Un mafioso no se metería en tantos gastos ni molestias a menos que fuera por el blanqueo de narcotráfico. Y si a eso añadimos que, en condiciones normales, jamás se dejaría en manos de un productor de pacotilla como Kurt Müller un guión escrito por Giacomo Donetti, estaba más claro que el agua que había gato encerrado.

—Mesut en persona no trafica con drogas. Su hermano Aksut dirige toda la red de narcotráfico. Pertenecen a una de las familias más poderosas del sureste. Son siete hermanos. Están también los tíos, como es evidente; pero el que realmente levantó la familia es el padre. Maksut, el primogénito, es diputado. Lleva en el parlamento dos legislaturas. Yakut, la hermana, es empresaria. Habrán oído hablar de Mumcular Turizm. Poseen hoteles, centros turísticos. El marido de Yakut es alemán, se circuncidó y se convirtió al islam. Si no recuerdo mal, se incorporó al club de los yernos nacionales unos cinco años atrás. Conoció a Yakut durante unas vacaciones en Turquía y se enamoró a primera vista. Yakut no le puso las cosas fáciles, y además es muy guapa: ojos negros, esbelta, tez blanca —se interrumpió y nos miró—; una belleza asombrosa. Estudió en el extranjero.

Podía comprender hasta cierto punto al periodista del corazón, pero me quedé realmente sorprendida por el profundo conocimiento de la prensa rosa que demostraba tener aquel reportero de sucesos entrado en años. Le interrumpí:

—¿Y los tres hermanos restantes? ¿No hay nadie en esa familia con una profesión corriente como la de ama de casa o de profesor?

—Uno de los hermanos fue uno de los predilectos del difunto presidente Özal.

¡Vaya! Ya no me acuerdo de su nombre ¡Dímelo tú, joder! —le dijo a su compañero.

El de la prensa del corazón, que removía su café ruidosamente, hizo una mueca que quería decir que no tenía ni idea.

¿Qué nombre se podría esperar de unos padres que habían llamado a los cuatro anteriores Mesut, Aksut, Maksut y Yakut? Justo cuando me disponía a decir que el nombre no me importaba, se me encendió una lucecita. A pesar de que no me interesan mucho las noticias sensacionalistas, la huida a otro país de Turgut Mumcu había tenido tanta repercusión que ni siquiera yo había podido pasarla por alto.

—¿No era Turgut? —dije.

Se golpeó la cabeza con la mano. ¡Claro, Turgut! Se llamaba igual que el difunto. Mientras la justicia le buscaba por delitos de exportaciones ficticias, facturas falsas y evasión de impuestos, huyó a Estados Unidos. Supongo que en la actualidad estará pegándose la gran vida en Miami.

—Los hombres como él, aun muertos, nos darían mil vueltas —comentó el reportero joven.

—Faltan dos hermanos. ¿También los conoce?

Me dije para mí misma que no estaría mal empezar a leer los periódicos no sólo los domingos.

—Una hermana y un hermano —rectificó moviendo la cabeza—. Es una triste historia. Tú también la conoces, Cumali —prosiguió dirigiéndose otra vez a su compañero.

—Por supuesto —contestó el periodista. Sin embargo, yo hubiera apostado a que no sabía nada de aquella triste historia.

—Los dos hermanos más pequeños, Dursun y su hermana Yeter, se llevan pocos años de diferencia. Creo que Dursun es el mayor. Después de que sus hermanos mayores vinieran a Estambul, Dursun pasó a ser el cabeza del clan. Era muy joven aún, pero era el que más se parecía a su padre. Si no recuerdo mal, pensaba lanzarse a la política, había montado una enorme red de guardabosques en la región. —Hizo una pausa y empezó a explicarme en qué consistía una «red de guardabosques»—: Quiero decir que había armado a la gente del pueblo para que lucharan contra los terroristas.

—Ya. Algunos terratenientes formaron milicias populares contando con el soporte del Estado.

Admito que no sigo la prensa muy de cerca, pero tampoco estoy tan desconectada como para no saber lo que eran las «redes de guardabosques».

—Su hermana Yeter había empezado a estudiar en la universidad de Diyarbakir. Cuando aún estaba en el primer curso, corrió la noticia de que se había juntado a la guerrilla y que se había ido a Bekaa. Había sido un golpe muy duro para la familia. Primero dijeron que habían secuestrado a su hermana, pero se sabía que ella se había marchado por voluntad propia.

—¿Cómo es que usted conoce tan a fondo a esa familia?

—Provengo de la misma región. Soy hijo del sureste. Son paisanos míos. Soy de

un pueblo vecino —dijo al tiempo que encendía otro cigarrillo.

—¿Y Dursun? ¿Qué fue de él?

—Después de lo ocurrido, cegado por el odio, se fue a la montaña a cazar terroristas. Se rumoreaba que había perdido la cabeza. Muy pronto lo mató una bala terrorista.

Nos quedamos callados.

—Usted estaba interesada en el asesinato del director, ¿verdad? ¿Cómo es que vinimos a parar aquí? —inquirió el reportero de sucesos.

—Me estaba contando la relación de Mesut Mumcu con el narcotráfico.

—Ah, sí. Ya se lo he dicho, Aksut es el miembro de la familia que lleva los asuntos de droga.

—¿Y eso lo sabe todo el mundo?

—¿Cómo que todo el mundo?

Desde luego, ambos reporteros se ponían muy susceptibles cada vez que se tocaba un tema de su ámbito profesional.

—No me malinterprete. Como lo hablamos aquí y en voz alta...

—Obviamente, no es ningún secreto. No lo escribimos, pero todos sabemos a qué se dedica cada uno.

—Ha dicho que la policía lleva la investigación con mucha discreción. ¿Por qué razón? ¿Cree que se trata de un caso de excepcional gravedad?

No me respondió de inmediato. Hizo girar el mechero entre el pulgar y el índice, con la cabeza inclinada hacia delante. Volvió a pedir tres tazas de té al camarero que vino a recoger los vasos.

—Cuando nuestra jefa, la señora Lale, me dijo que una amiga suya quería hablar conmigo acerca del asesinato del director, pensé: «Es un asesinato más; entonces, ¿qué es lo que le distingue de los demás?».

—Lo distingue —le corregí.

Levantó la mirada del mechero que hacía girar entre los dedos.

—¿Dónde has aprendido turco?

—Nací en Estambul y viví aquí hasta los siete años. Volví hace trece.

—Como tiene un nombre extranjero... —Se notaba que no acababa de decidirse entre tutearme o seguir tratándome de usted.

—Lo que distingue ese asesinato de los demás es... —dije para seguir con lo nuestro.

—Para empezar, ¿por qué te interesas tanto en el caso? Los de homicidios se comportan también de una manera extraña. Acostumbraban a informarnos, ahora ni siquiera nos dan una clara explicación de cómo se ha cometido el crimen. Mientras el hombre estaba en la bañera, alguien le tiró un secador del pelo. Nada más.

—Supongo que tiene algunos contactos en la policía que le pasan información.

—Ahí está el problema. Cuando la jefa me pidió que le esperara aquí a las cuatro, llamé a uno de mis paisanos para pedir información. Es policía. Le pregunté si había

algo nuevo. «Es sólo para saberlo; no lo voy a escribir», le dije. Pero por lo visto, los de más arriba llevan la investigación. Los policías no se enteran de nada. Todo esto es muy raro. Los alemanes, al tratarse de un ciudadano suyo, quieren que un equipo de su país participe en la investigación. No hay que olvidar que también los sospechosos son alemanes. Es decir, alguien del equipo de rodaje puede haberlo cometido; sin embargo, si deciden volver a su país, no se los puede retener. Por lo tanto, el caso tiene que resolverse muy pronto, o por lo menos hay que encontrar pruebas contundentes.

—Hum —contesté. Si se tomaban el asunto tan en serio, que Batuhan perdiera el tiempo para ligar conmigo en un salón de kebab debía de haber representado un gran sacrificio para él.

Después de mucho insistir, conseguí pagar las tazas de té y me levanté para ir a la librería. El periodista de sucesos, mientras me estrechaba la mano, dijo que me mantendría informada. Anotó encima del paquete de tabaco mi nombre y teléfonos. Le había caído bien.

La librería estaba a dos minutos del café. Al entrar, encontré a Pelin trabajando afanosamente delante del ordenador.

—Buenas —dije.

—Buenas —me contestó con alegría.

—¿Trabajando?

—Las entradas y salidas de género son un puro caos. Entra mercancía, vendemos, entregamos cheques, pagamos en metálico sin llevar ningún seguimiento. Pensé que, de momento, podría dedicarme a pasarlos al ordenador.

Había puesto adrede el acento sobre «de momento». No me di por aludida.

—¿Han preguntado por mí?

—Un montón de gente de todos los continentes.

Se levantó y se echó el bolso al hombro.

—Ya me voy. Mañana vendré a abrir la librería. Si tienes tiempo, echa una ojeada a los registros. La lista de las llamadas está encima de la mesa.

Se fue sin que tuviera tiempo de decirle adiós. El aire acondicionado que trabajaba todo el día sin interrupción había cargado el ambiente de la minúscula tienda. Abrí la puerta, dispuesta a aguantar el calor bochornoso que iba a llenar la tienda.

Aquel día, Dios sabe por qué, hasta Cindy, mi amiga australiana, me había llamado. No obstante, apenas eché una ojeada a la lista, el nombre que me llamó la atención fue el de Sandra, que era, nada más y nada menos, la doctora jubilada de Bielefeld y conciudadana de Müller.

Marqué el número sin perder el tiempo. Tras la cuarta llamada, justo cuando respiré hondo para empezar a dejar un mensaje en el contestador, me quedé

sorprendida al oír la voz en directo de Sandra y, desconcertada, apenas pude pronunciar:

—Sandra.

—¡Kati, qué bien que hayas recibido tan pronto mi mensaje! —dijo con la voz cansada de tanto descansar, propia de los jubilados.

A la vez que intentaba recordar el precio de las llamadas de Turquía a Alemania, le pregunté:

—¿Has podido averiguar algo?

—Un montón de cosas. Este trabajo me ha gustado. Si te sale algún otro trabajo de detective, avísame. Me siento como Jessica Fletcher.

¡Qué bien! Había contribuido a traer algo de emoción a la vida de mi amiga jubilada.

—¿Qué es lo que has aprendido?

—Ya sabes que Müller es un apellido corriente. Así que pensé que con la guía no llegaría a ninguna parte, entonces llamé a Reinhard, un amigo de mi hijo que trabaja en el periódico local *Bielefeld Post*. Si no fuese por el asesinato, nadie sabría de la existencia de Müller; al fin y al cabo, el tipo no era ningún Wim Wenders. ¿Hola? ¿Kati?

—Estoy aquí, te escucho.

—Vaya, creí que se había cortado. No se escucha muy bien, mi voz me hace eco. Desde que han privatizado la telefonía, la calidad ha bajado mucho. En fin, según me contó, Reinhard ya había contactado con la familia de Müller para entrevistarse. Me dio la dirección de la residencia de su madre, pero me dijo que la mujer era muy mayor y que incluso le costaba hablar. Senilidad, supongo. También me explicó que Müller tenía un hermano en Dusseldorf, pero que se había negado a entrevistarse con Reinhard. Tuve una corazonada y le pregunté a qué se dedicaba el hermano. A ver si adivinas: es cirujano, y además en el hospital donde mi hermano ejerce de médico jefe. Y uno se imagina que las coincidencias existen sólo en las películas. —Se tomó un respiro y luego lanzó una gran carcajada. Daba la impresión de que Sandra había pasado los dos días más excitantes de su vida de jubilada.

—Llamé inmediatamente a mi hermano Detlev. Le extrañó oírme. Nos vemos muy poco, sobre todo después de la muerte de mi madre. No has conocido a su mujer. Es la tercera, veinticinco años más joven que él. Qué cosas...

—¡Sandra!

—Sí, sí. ¿Qué decía? Ah, llamé a Detlev para que me pidiera hora con el doctor Müller, como si se tratara de una visita normal de hospital. Por supuesto, no mencioné el asesinato a mi hermano. Tampoco sabía la especialidad del tipo, así que me inventé una enfermedad. Y mira por dónde le dio por insistir: «Conozco a un cirujano mejor que, además, está especializado en enfermedades cardiovasculares». Me dijo que era turco. Tú quieres a los turcos. Me dijo su nombre, pero ya no me acuerdo. Ahora que lo pienso, se lo pregunto otra vez si quieres.

No cabía la menor duda de que a los mayores de Alemania, la soledad les hacía soltar la lengua.

—¡Sandra!

—De acuerdo. Detlev cogió hora para mí para esta mañana a las diez. He ido en coche hasta Dusseldorf. Como sabes, está cerca. El doctor Müller es un hombre muy joven, tendrá como mucho treinta y cinco años. Me recibió en la puerta, gracias a Detlev, por supuesto. Primero le comenté que éramos colegas, para romper el hielo. Después le hablé de ti. Todo eso le pareció un disparate, pero cuando oyó la palabra Estambul, se le cambió la cara. Entonces no di más rodeos y le conté que en realidad no había pedido visita porque estuviese enferma, sino porque tú me habías llamado pidiéndome que hiciera algunas averiguaciones sobre su hermano. Lo noté incómodo y enseguida comprendí que era a causa de Detlev. «Joven —le dije—, menos para usted y para mí, para el resto de la gente, ésa es la media hora que un enfermo permanece en la consulta de un médico. El resto no es asunto de nadie», y noté que se tranquilizaba.

—Muy bien, Sandra. ¿Y qué has averiguado?

—No me dejas hablar.

Hizo una pausa. Había alargado tanto la explicación, que ella misma se había hecho un lío.

—¿Que qué he averiguado? El doctor Müller me contó que no se veían desde hacía mucho tiempo y que no mantenían contacto alguno. Nuestro doctor había sido el que siempre había pagado la factura de la residencia de la madre. Su hermano no era más que un golfo. Le pregunté en qué había trabajado hasta ahora, y me dijo que hacía películas muy malas. Se vieron por última vez un par de años atrás, y en un momento dado su hermano pidió quedarse un tiempo en su casa. Según el doctor, debía de estar metido en un gran embrollo, pues de lo contrario, ¿para qué iba a querer vivir en su casucha de estudiante si andaba siempre con los bolsillos llenos? Pero él no accedió a que se alojara allí y no supo nada más de su hermano hasta que averiguó por la prensa que lo habían matado. Se ve que ni siquiera iba a visitar a su madre. El doctor Müller dijo que no quería que pronunciasen su nombre al lado del de su hermano.

—¿Eso es todo? —pregunté. La verdad es que me sentía decepcionada.

—Eso es todo —confirmó Sandra.

—¿No tiene a nadie cercano, algún amigo que nos pueda proporcionar información?

—Pregunté todo lo que tú me dijiste, y eso también. El doctor Müller no conoce a nadie así. Le pregunté quién era su mejor amigo cuando estudiaba en Bielefeld. Su mejor amigo de infancia es Günter Basile.

—¿Sigue aún en Bielefeld? ¿Le conoces?

—¿Cómo que «le conoces»? Alemania entera le conoce. ¿Sigues sin leer periódicos?

Hice oídos sordos a la pregunta.

—¿Quién es ese tal Basile?

—El segundo hombre de los liberales.

—Y el antiguo ministro de Defensa. Ahora me acuerdo —dije.

—Sí, en el gobierno anterior. Pero dudo mucho que quisiera entrevistarse contigo o conmigo para recordar a Müller, su amigo de la infancia.

—Hum.

Definitivamente, Sandra no fue de gran ayuda.

De vuelta a casa, después de ponerme los pantalones cortos de color rosa que reflejaban mi personalidad y la camiseta con un estampado del pato Donald, que me había comprado en el mercadillo del martes, empecé a prepararme una tortilla con champiñones de cultivo. Era consciente de que, con el calor que hacía, comer huevos no era sino darle una tarjeta de invitación a una buena cantidad de males posibles, pero en aquel momento no estaba yo como para dedicarme a la alimentación sana. Además, me merecía un castigo por no haber progresado demasiado como detective, a pesar del fuerte aumento de mis gastos y de haber descuidado la contabilidad de la librería.

Estaba desmenuzando la tortilla y las hojas de lechuga vieja de la semana pasada, cuando llamaron a la puerta. Miré el reloj: eran las 20.35.

Me asomé por la ventana para ver quién era, pero no había nadie. Seguramente era cosa de los niños del barrio que ya se habían escapado.

Justo cuando volvía a sentarme en el sofá, el timbre sonó por segunda vez. Entonces, sin mirar por la ventana, me dirigí directamente a la* puerta, comportándome como cualquier mujer sensata que vive sola.

—¿Quién es? —pregunté.

Lo cierto es que, en aquel momento, la voz que respondió «Batuhan» me resultó incluso más agradable que la de mi querido tenor de *Il Trovatore*.

Ustedes, mis queridos lectores, no se perderían nada si omitiera la descripción de cómo iba vestido el comisario Batuhan aquella noche, pero no puedo seguir sin contárselo. Llevaba unos inofensivos tejanos estrechos, una camiseta color burdeos con cuello y con el emblema de un cocodrilo verde sobre el pecho izquierdo, y calzaba unas alpargatas del mismo color. En mi opinión, se debería aprobar una ley, o el consejo de ministros debería arreglárselas para anunciar un decreto ley que prohibiera no sólo la producción de alpargatas color burdeos, sino de todas las alpargatas en general. Estarán de acuerdo conmigo en que sería impensable que los que llegaron a ser ministros, y por tanto sirvieron a la patria y el pueblo, sean partidarios de las alpargatas.

Para rematar el conjunto, llevaba un maletín en la mano. Gracias a Dios, no era de color burdeos.

—No tenía el teléfono de tu casa. Menos mal que ayer no estaba tan borracho como pensaba y pude recordar el camino. ¿Estás sola?

—La Filarmónica de Berlín acaba de marcharse —dije y, apenas acabé mi frase, me quedé horrorizada por la poca gracia de mi broma. Batuhan se rio, aunque no sé si porque las había escuchado peores o para adularme. La tercera posibilidad era que no supiera lo que era la Filarmónica de Berlín, pero ni quise planteármela.

Cuando le dije que entrara, él aún estaba parado delante de la puerta.

Me apresuré a entrar en el salón por delante de Batuhan para alejar del sofá la tortilla y la lechuga, la cual no me había parecido apetecible ni siquiera cuando la había puesto en el plato y había ido adquiriendo cada vez peor pinta. Al final de la cena de la víspera, con la botella de *raki* a punto de acabar, había emprendido la segunda tentativa apresurada —la primera había sido invitarme a cenar—, proponiéndome que nos tuteáramos. Sin embargo, que nos tuteáramos no implicaba que tuviera que saber a la fuerza dónde y cómo me alimentaba cuando no comía kebabs.

Mientras empujaba el plato debajo del sofá con el pie, llamé a Batuhan, que se había quedado parado en el vestíbulo.

—¿No vienes a sentarte?

Se detuvo en la puerta de la sala y sacó dos botellas de vino del maletín. Se me cruzó por la cabeza hacer otra broma escalofriante y decirle que esperaba que no fueran también burdeos, aunque supe dominarme.

—He traído vino. Lo tomaremos, ¿verdad?

—Lo tomaremos.

Mientras me dirigía a la cocina, me siguió los pasos.

—¿Cómo va la investigación?

No me respondió. Se había sentado en la silla que había al lado de la cocina, mientras yo luchaba con el corcho de la botella.

—¿Quieres que la abra yo? —dijo al final.

Le pasé la botella y el sacacorchos, saqué las copas de vino y las puse encima de la mesa.

—No va muy bien —comentó, y era evidente que no se refería al hecho de descorchar la botella—. Nos presionan mucho. ¡Llevo un agobio encima...! —me confesó como si fuéramos amigos de toda la vida. Fijé los ojos en su rostro pensativo y me cogí la barbilla con la mano; pero él, como estaba ocupado en abrir la botella, no notó la expresión de mi cara.

—¿A qué se debe tanta presión? Se trata de un caso de asesinato, y tú eres el comisario de homicidios. Te toca investigar diariamente casos parecidos.

Se encogió de hombros.

—Mi teoría acerca del asesinato...

Se levantó de la silla sin terminar la frase y apoyó en las rodillas el maletín y la botella de vino, de los que no se separaba ni un momento.

—¿Vamos al salón? —propuso.

—¿Vamos a hablar del asesinato? —pregunté, sentada en el sofá, con la copa de vino en una mano y el cigarrillo en la otra. Estaba harta de jugar al gato y al ratón.

—De acuerdo, hablaremos. Quiero hacerte un par de preguntas.

—Yo no tengo nada que ver con el caso. ¿A qué viene eso de hacerme preguntas?

—Ya lo sé. Sólo quiero hacerte algunas preguntas acerca de algo que no acabo de ver claro.

Me pareció ver mi nueva tarjeta de visita:

Kati Hirshel
Librera-Detective
Asesora del Departamento de Homicidios

—Tú me cuentas los detalles del asesinato, y yo respondo a tus preguntas.

Era consciente de que lo que acababa de decir olía a chantaje. Pero ustedes saben tanto como yo que los métodos para alcanzar un fin no siempre son inocentes.

Batuhan empezó a cumplir con su parte, sin que yo tuviera que insistir, con una claridad que me dejó sorprendida:

—No es posible determinar la hora exacta de la muerte, debido a que el cadáver estaba cubierto de agua. Cerca de las once cuarenta, tras la cena del equipo, las últimas cinco personas que quedaban, Müller entre ellos, se suben al mismo ascensor. Las habitaciones de Müller, de la ayudante de dirección, la señora Bauer, y del asistente de producción, el señor Gust, están en el cuarto piso. Se bajan del ascensor los tres juntos. Gust, al ver al director tan ebrio, le propone acompañarle hasta su habitación, o mejor dicho, hasta su *suite*. En esa planta hay dos *suites* con vistas al Bósforo y habitaciones que dan a la carretera. Müller no quiere; y entonces Gust y Bauer se encaminan en dirección a la carretera, y Müller, en la opuesta. Dicho de otro modo, se separan delante del ascensor. Esos dos son las últimas personas que vieron a Müller con vida. Según declararon, pasaron la noche juntos, en la habitación de la señora Bauer.

Hizo una pausa para tomar un sorbo del vino.

—Bauer y Gust ya tenían una relación sentimental, o puede que aquella noche fuera la primera vez que...

—Dijeron que se produjo el acercamiento entre los dos por primera vez durante esa cena. Él, de hecho, es un hombre casado. Pasan la noche juntos bajo los efectos del alcohol.

—Me parece demasiada casualidad que se lícen dos personas que tienen las habitaciones contiguas. ¿Quiénes y con qué criterio han designado las habitaciones?

—Las habían reservado antes de la llegada del equipo a Estambul. Las *suites*... De hecho, han reservado únicamente dos, y el hotel reservó las dos *suites* contiguas para el equipo de rodaje; y decidieron que allí se alojarían Müller y tu amiga la

señora Vogel. En cuanto a las habitaciones, que hayan reservado las dos contiguas para Bauer y Gust —dijo rascándose la cabeza— debe de ser pura casualidad.

—Demasiada casualidad, ¿no crees, Batuhan? —dije en un tono de insinuación. Pero no logré herirle en su amor propio, sino que sacó la agenda del maletín y añadió a la lista de las tareas del día siguiente la necesidad de aclarar ese punto.

—Así que la última vez que se vio a Müller fue a las 20.40, mientras andaba hacia su habitación después de bajarse del ascensor.

—Sí, a las 5.20 encontraron su cuerpo.

—¿Es cierto que lo mataron dentro de la bañera?

—¿Te parecemos, nosotros los de la policía turca, gente con ganas de bromear?

«No me hagas reír», pensé.

—Hay un intervalo de seis horas. De no haber sido asesinado, iba a empezar el día después de dormir cinco horas. En las mismas condiciones, yo, en vez de ponerme a disfrutar en la bañera, me echaría a la cama. Aparte de esas dos personas que dijeron que estaba borracho... ¿Cómo has dicho que se llamaban?

—Bauer y Gust. No hicieron falta testigos; en la autopsia que efectuaron, detectaron un alto nivel de alcohol en la sangre.

—Hum —dije pensativa. Por lo visto, la corriente eléctrica no lo había dejado hecho un trozo de carbón. Había un cuerpo al que se le podía hacer una autopsia.

—Me resulta extraño que una persona ebria, en vez de meterse a la cama, vaya a bañarse.

—Y además, con una copa de *whisky*.

—¿Tenía también un vaso de *whisky* en la mano? —pregunté, y luego dudé—. ¿En su mano? Querrá decir dentro de la bañera.

—No, no, en la mano. La mano agarraba fuertemente la copa.

—¿Cómo? —Primero, el cuerpo que no se había carbonizado, y ahora, esto.

—En las muertes que ocurren de manera súbita y cuando se siente miedo, los antebrazos y sobre todo las manos no se relajan, se quedan completamente tiesos. ¿Nunca te has fijado en las fotos de guerra, donde se ven a soldados muertos con la bandera en la mano? Los que se mueren para la bandera, los que se mueren sin soltarla...

Sin añadir ningún comentario a la última frase de Batuhan, fruncí el ceño.

—Dentro de la bañera, agarrado a la copa de *whisky*...

—Pobre hombre —dije, y de repente se me encendió una lucecita.

—Entonces, con la copa en la mano, la probabilidad de que se trate de un suicidio es nula —aclaré, mientras intentaba representarme la reacción del encargado de vestuario al encontrar el cadáver.

Batuhan creyó que me refería a él.

—En la posición en la que encontramos el cadáver, no pensamos ni un solo momento en el suicidio.

—¿Y había intentado salvarse?

—En esas circunstancias la probabilidad de salvarse es casi nula, también a causa de los músculos. Acabo de explicarte cómo se tensan los músculos de la mano y de los brazos. Las mismas contracciones se producen también en otras partes del cuerpo. La probabilidad de que pudiera echarse fuera de la bañera es casi nula.

—¿En qué estado se hallaba el cuerpo?

—¿Qué quieres decir?

—Yo creía que cuando a uno le daba el calambre, se quedaba carbonizado; pero por lo que me cuentas, eso no es así.

—Es cierto que, en condiciones normales, cuando uno se electrocuta, el cuerpo queda carbonizado.

—Por ejemplo, al introducir los dedos en los enchufes.

Prosiguió pasando por alto lo que le había dicho:

—El agua, al ser un buen conductor... La causa de la muerte ha sido un paro cardíaco.

Me pareció que tampoco él estaba muy seguro acerca de ese aspecto.

—Hum —dije de nuevo. Más que interesarme por la situación del cadáver, sentía curiosidad por saber cómo había quedado el secador del pelo.

—¿Puedo preguntarte algo más?

—Claro que sí.

—Es sobre el secador del pelo. Por lo general, en los hoteles tienen un botón que hay que mantener apretado para que el secador siga funcionando. Es una medida de seguridad. En fin, no sé si eso es así en todos los hoteles, pero los de éste funcionan de esa manera. Entonces, ¿el asesino ha introducido el aparato en el agua mientras apretaba con el dedo el botón?

Movió la cabeza con admiración.

—Pareces haber estudiado los secadores del hotel.

—Examiné el del cuarto de baño de Petra. Supongo que los demás también funcionan con el mismo sistema.

Esa mañana, en el cuarto de baño de Petra, no me había dedicado única y exclusivamente a leer los prospectos de las cremas antiarrugas.

—Tienes razón. Los aparatos de todas las habitaciones funcionan con el mismo sistema. Hay que mantener el botón apretado para que siga funcionando. Lo que pasa es que el asesino no se sirvió del secador del hotel.

—¡No me digas!

—Un modelo barato y sencillo que Philips retiró del mercado unos cuatro años atrás. Los aparatos se habían fabricado en Taiwán. Por lo visto, produjo millones de unidades y vendió millones en todo el mundo. Desgraciadamente, el mismo modelo se vendió también en Alemania y en Turquía. Es imposible llegar a alguna conclusión a través del secador.

—Y un modelo con el cordón largo... —dije.

Me miró con una expresión tan extraña que me sentí obligada a darle una

explicación:

—Sabes que Petra también se alojaba en la *suite*. Sólo el cuarto de baño ya era más amplio que este salón.

Mientras yo hablaba, él examinó la habitación como si quisiera medirla a ojo. Seguí con mi teoría:

—No sé dónde se encuentra el enchufe del baño, pero si el enchufe se encuentra donde acostumbran a estar los enchufes, es decir, al lado del lavabo, hay bastante distancia entre la bañera y el enchufe —concluí, cansada de repetir tantas veces la palabra «enchufe». Tras sopesar la plausibilidad de lo que acababa de decir, añadí—: Siempre que ambas *suites* sean igual de grandes.

—Tienen las mismas medidas —confirmó con un movimiento de cabeza—. Razonas muy bien. Pero no eres la única, ya que él o la asesina es tan inteligente como tú y se trajo consigo los alargadores: tres cables de dos metros cada uno. Acopló dos, sin usar el tercero.

—¿Así que mientras el asesino empalmaba los cables, Müller bebía *whisky* en la bañera? ¡Menudo disparate!

—No lo haría en el cuarto de baño. Los debió de empalmar en el salón mientras Müller estaba en la bañera. Encontramos el cable sin usar encima de la mesa del salón.

—Hum. ¿No había huellas dactilares en los cables?

—No —respondió con un suspiro. Se notaba que él había tenido la misma esperanza, hasta que recibió los informes del laboratorio—. No tiene sentido tomar las huellas dactilares en habitaciones de hotel, normalmente ni nos molestamos en hacerlo; pero en esta ocasión tomamos las de la botella de *whisky*, del enchufe y de los cables. Yo diría que el asesino llevaba guantes, pero eso es absurdo. La víctima hubiese sospechado de alguien con guantes. Sin embargo, no había ni una sola huella en los alargadores.

—Puede que la víctima no haya tenido el tiempo de sospechar.

—Es poco probable. Tendría que abrir la puerta silenciosamente, entrar en la habitación y empalmar los cables con Müller en la bañera. Además, ¿cómo es que el asesino, que entró con un secador del pelo en la habitación con la intención de cometer un asesinato, sabía que él estaría dentro de la bañera? Eso sin mencionar que tampoco habían forzado la puerta.

—Tener como arma homicida el secador complica las cosas, ¿verdad? Si lo hubieran matado con una pistola, como suele ocurrir, no estaríamos especulando de este modo —comenté.

Se produjo un breve silencio. Eché el humo del cigarrillo haciendo círculos en el aire. Era consciente del aspecto cómico que tenía, pero comprenderán que hace mucho que había dejado atrás la edad de preocuparme por semejantes detalles.

—Aunque no fuera Petra, creo que debe de tratarse de una asesina —dijo, mirándome de reojo.

—Claro, porque las mujeres son las portadoras de todas las maldades del universo, ¿no es así? —repliqué. Por supuesto, no se me había escapado que en ese momento estaba menos convencido de que Petra era la culpable.

Batuhan agachó la cabeza y me miró. Era el policía con la actitud más dócil que había visto nunca.

—Te voy a explicar por qué creo tal cosa. Lo que más me da que pensar es que Kurt Müller se haya metido desnudo en la bañera en presencia de otra persona. Si se tratara de un hombre, no se hubiese desnudado y entrado en la bañera, ¿verdad?

—Podría ser homosexual, pero sabemos de buena fuente que no lo era. Entre los del equipo hay también uno de sus amigos íntimos. Por sus declaraciones...

Lo que acababa de decirle tampoco le resultó muy convincente, pero no quise discutir.

—Creo que la persona que había en la habitación era una mujer que mantenía una relación con Müller —prosiguió animado—. Aquella noche, puede que no hubiera mantenido relaciones sexuales con la mujer, pues no hay ninguna prueba que lo demuestre. La cama no estaba deshecha. ¿Qué más?... No hemos encontrado ningún preservativo usado... Pero como dije antes, un hombre no se desnuda frente a otro hombre...

—Me habían contado que los hombres turcos enseñan el pene a sus compañeros y que los miden con una regla. ¿Es mentira? —dije interrumpiéndole.

—No estamos hablando de niños —fue su respuesta, como si los niños no crecieran y se convirtiesen en adultos.

Si no hubiera pasado los siete primeros y trece últimos años de mi vida en Estambul, yo tampoco hubiese sido capaz de comprender la lógica en la que se basaba su comentario. La verdad es que Batuhan era el producto de una sociedad en la que los hombres se pasean e incluso se lavan en los baños turcos —o *hammams*— para caballeros, envueltos en sus toallas *peshtemals*, mientras las mujeres lo hacen con las bragas puestas en los *hammams* de mujeres. En cambio, Müller provenía de Alemania; es decir, del país de las saunas mixtas —que no se ven en ninguna otra parte, con la excepción de algunos países nórdicos—, donde se está totalmente desnudo, y de las playas y piscinas nudistas. No conocía a Müller, pero podía imaginarme que no sólo de niño había dejado que otros hombres vieran su pene.

—Lo que dices puede ser válido para Turquía, pero en Alemania no existe el mismo tabú en torno a la desnudez. Quiero decir que los hombres no se desnudan únicamente para hacer el amor. Si una persona, ya sea hombre o mujer, abre la puerta al cartero desnuda, el cartero no va a pensar de inmediato que esa persona quiere follar con él. Incluso en las piscinas de barrio existen secciones en las que el que quiere puede tomar el sol desnudo. Se trata de diferencias culturales.

Se había quedado boquiabierto.

—¿En serio? ¿Un hombre mayorcito que no sea homosexual se quedaría en pelotas delante de otros sin cortarse un pelo, y se metería en la bañera?

—Sí, lo haría, te lo puedo asegurar.

Me echó una mirada desesperada. Si de veras la pista que los inducía a sospechar de Petra o de cualquier otra mujer era tan insustancial como ésa, Batuhan y sus colegas lo tenían francamente difícil.

—Ayer, Ayla Özdal declaró en una rueda de prensa que pensaban darle a ella el papel de Petra —dije para echarle a la cara que la información que me había dado la víspera no era nada del otro jueves.

Frunció la boca.

—No estoy tan auguro como ayer de la certeza de las declaraciones de Ayla. Hoy le tomamos declaración, y tuve la impresión de que mentía de manera descarada. Puede que tuviera alguna aventura con Müller, o puede que lo haya hecho para promocionarse.

Hubo otro silencio. Ambos estábamos absortos en nuestros pensamientos.

—Me gustaría saber una cosita más; ya que estamos, te lo pregunto también —dije poniéndome lo más melindrosa posible.

—Adelante.

—Cuando el asesino tiró el secador a la bañera, ¿no se fue la luz? ¿No tendrían que haber saltado los fusibles?

—Sí, y de hecho saltaron.

—¿El asesino, o la asesina, había traído consigo una linterna? ¿Cómo pudo encontrar su camino en el pasillo?

—Los fusibles de las habitaciones son independientes. Los de la *suite* de Müller saltaron, efectivamente. Pero eso no cambia nada, puesto que cuando el asesino salió de la habitación, las luces del pasillo estaban encendidas. Aunque dispusiera de una linterna, la utilizaría como mucho para llegar hasta la puerta. Si todas las luces de la planta o del hotel se hubiesen apagado, entonces también se habrían enterado antes del asesinato.

—Bueno, ¿quién te dijo que existía una relación sentimental entre Petra y Müller?

—Mejor pregúntame quién no lo hizo. Casi todos los miembros del equipo estaban al tanto de ello, y fue lo primero que contaron al empezar a declarar. Sólo una mujer del equipo sostuvo que lo veía improbable, y nadie más. Todos, con la excepción de esta mujer, se mostraron convencidos.

—¿Has preguntado a Petra si mantenían alguna relación?

—Le pregunté ayer cuando vino a declarar a la comisaría. «No había absolutamente nada entre nosotros», contestó.

A mí también me había dado una respuesta muy parecida: «No digas tonterías, no había absolutamente nada entre nosotros».

Batuhan siguió contando:

—Sin embargo, los del equipo la describen como una pasión tempestuosa. Resulta sorprendente que Petra lo niegue con tanta rotundidad. —Se pasó la mano por el pelo—. No tenemos ni una sola prueba contundente. A pesar de todo, cuando

me pongo a pensar en a quién le abriría Müller la puerta y por quién estaría dispuesto a quedarse en vela la víspera de un día en el que tenía que madrugar, con lo tarde que era...

—Únicamente por su amante —dije concluyendo la frase que él había comenzado.

Permanecimos sin articular palabra. Mientras reflexionaba acerca de lo que acabábamos de hablar, chasquéé los dedos cuando se me ocurrió una idea.

—¡Ya lo tengo! ¿Has examinado los alargadores que hay empalmados a la secadora? ¿De dónde proceden?

—¡Bravo! No se te escapa ni una —observó con ironía y admiración el comisario, aunque no sabría decir cuál de las dos tenía más peso.

—¿Eh?! —exclamé a la espera de una respuesta.

—Los cables tenían más calidad de los que se producen aquí. Por lo tanto, no están fabricados en Turquía. Sin embargo, se pueden encontrar esos mismos cables en varias tiendas de esta ciudad.

—Así que los cables tampoco nos son de gran ayuda, ¿verdad?

Movió la cabeza a un lado y otro.

—Ya se ve el fondo de la botella —dijo—. Abro la otra.

—Si te parece, salgamos a cenar. Tengo hambre. Podemos comernos unas tostadas de queso *kashar*. Ahora son... —miré el reloj— las 22.10. Tenemos tiempo de digerirlos antes de irnos a dormir.

—De acuerdo.

—Voy a cambiarme.

Me dirigí al dormitorio de la casa de ciento sesenta metros cuadrados.

Me di cuenta, mientras abría la puerta del armario, de que aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía agobiada por el calor. Y no porque las noches hubieran empezado a refrescar, qué más hubiese querido yo, sino que se debía a que tenía la mente tan ocupada en el asunto del crimen, que ya no me encontraba en condiciones de pensar en el tiempo. Desde hacía dos días, ni siquiera me había parado a pensar en Fofó. Cuando me di cuenta de ello, sentí que el corazón me daba un vuelco. ¿Cómo podía olvidarme de mi queridísimo Fofó?

Mientras el cariño y el enfado que sentía hacia Fofó seguían enfrentados en mi corazón, sentí la repentina necesidad de hacerme un favor, de pedirle disculpas a mi cuerpo, al que había intentado perjudicar alimentándolo con huevos. Me pondría ropa elegante.

De acuerdo, admito que el único objetivo de mi decisión no era compensarme a mí misma. Me puse mi falda de color verde, muy ceñida y con una gran abertura, y encima, mi jersey color crudo que se abrochaba por delante. Las sandalias sin tacones con el aro metálico que adornaba el empeine y la gota de perfume en el cuello fueron los últimos toques que culminaron mi elegancia. Mi peinado adornaba mi cabeza como una corona de piedras preciosas, hecha por una mano maestra. Estaba

satisfecha por la imagen que se reflejaba en el espejo.

Y Batuhan también lo estuvo.

Me daba cuenta, al menos tanto como ustedes, mis lectores, de lo poco adecuada que resultaba mi vestimenta para ir a comer de pie unas tostadas con queso.

Después de cenar, fuimos a uno de esos locales nocturnos con vistas al Bósforo, donde la gente de la alta sociedad baila la danza del vientre al son de la ensordecedora música turca, moviendo brazos y caderas hasta el amanecer. Después de un rato, cuando sentí que mi cabeza estaba a punto de reventar por el ruido y que mis ojos ya no eran capaces de ver la hermosura del Bósforo, propuse que nos fuéramos. Batuhan estaba empeñado en acompañarme a casa. Al parecer, tenía el coche cerca de allí.

Delante de la puerta de la casa, lo invité, por pura educación, a que subiera a tomar un café.

—Tengo que subir de todos modos, pues me dejé el maletín en tu casa —dijo el muy espabilado. No me había percatado en ningún momento de la ausencia de aquella horrible cartera, ni mientras comíamos las tostadas, ni después. Por esa razón, enterarme de que la cartera seguía encima del sofá me sorprendió en un primer momento y luego me enfureció. Había dejado el maletín en casa a fin de tener un pretexto para subir, por si no lo invitaba a tomar algo. Típica astucia oriental. Por un momento, tuve ganas de decirle: «No hace falta que subas, ya lo pondré en la cesta de la compra y te la bajaré con la cuerda».

No obstante, tampoco había hecho algo tan grave como para merecerse esa desconsideración.

Subimos juntos.

Intentaba aflojar la falda y empujar la pierna hacia mi entrepierna. Era una falda muy estrecha. Cuando apretó mi cuerpo contra el suyo y empezó a acariciar mi cadera, se me escapó, muy a pesar mío, un gemido de gozo.

«Vergonzoso. Hacer el amor con un policía es vergonzoso», pensé. Para colmo, me sentía como si estuviera traicionando a mi madre, que tanto odiaba a los policías.

Unos segundos más tarde, mi conciencia y mi madre me habían abandonado. Ya sólo existían esa cosa dura que, desde el interior de los pantalones, se apoyaba en un lugar de mi cuerpo situado entre la pierna izquierda y la cadera, y con la que deseaba desesperadamente que me penetrara, una enorme mano morena que levantaba mi falda, y otra mano morena que me acariciaba los pechos por encima de la blusa.

—¿Vamos al dormitorio? —susurré.

—No hace falta.

—Ven —dije pasando por alto sus fantasías de policía.

No respondió, aunque tampoco vino.

Oí el ruido que hicieron los botones de mi blusa bordados con hilo de seda al caer

sobre las baldosas del suelo. Estaba curiosa de ver cómo desabrocharía mi sujetador: ¿con la destreza de la experiencia, o con una torpe excitación?

No desabrochó el sujetador.

Lo empujó a los lados y sacó los pechos fuera, deslizó los tirantes de la blusa y del sujetador hacia los codos. No podía mover libremente los brazos, y la verdad es que tampoco me quedaban fuerzas para hacerlo. Toda mi energía se había esfumado: «entorpecimiento por el placer», me dije. El clítoris me dolía, quería que me tocara, que llevara su mano morena a mi entrepierna, justo donde me dolía; pero mi estrecha y larga falda impedía que la mano entrara donde yo quería.

Tenía la espalda apoyada en la fría pared blanca, y, sobre los codos, los tirantes de la blusa y del sujetador. No podía moverme, no podía orientarle, no podía abrir la cremallera de sus pantalones, no podía empujar su mano hacia donde yo quería y tampoco podía sacarme la larga y estrecha falda, por lo que tenía que librarme cuanto antes del sopor del placer y sobre todo de su dominio. Así que le propuse una vez más:

—Vamos a la cama.

—Shhh —dijo.

Oí el ruido de una cremallera que se abría, apoyé la cabeza en su hombro y miré hacia abajo. Sus pantalones se habían quedado enganchados a las piernas, y bajó sus calzoncillos de algodón con un solo gesto de la mano. Pude ver, en la claridad de la luz de las casas vecinas que se filtraba por la puerta abierta del balcón, el pene moreno y duro y deseé como loca que me lo introdujera. Me subió la falda, la juntó en mi cintura, me agarró por la cadera y me levantó con la espalda apoyada en la pared, sin esfuerzos, como si yo fuera una muñeca de trapo.

Mientras permanecíamos como dos acróbatas, con mis piernas pegadas a sus caderas, o mejor aún, como un Guillermo Tell y su criado tonto que no tenía otra cosa que hacer que llevar la manzana, con los brazos inmovilizados, las piernas y el cuerpo atrapados entre la pared y el pene, sentí despertarse en mí una ira, una inexplicable necesidad de, a pesar del adormecimiento de todos mis órganos por el placer, resistirme a seguir permitiéndole que me dominara por el mero hecho de ser más fuerte que yo.

—No quiero —dije casi chillando.

—¿Cómo? —dijo, y apartó con un gesto tierno el pelo hacia atrás.

—Ya has oído. No quiero. Bájame —dije.

No hizo ningún comentario. Me dejó en el suelo, se volvió a poner los calzoncillos que colgaban de sus piernas y se abrochó los pantalones sin decir palabra. No preguntó: «¿Qué pasa?», ni «¿Por qué?».

Estiré mi falda para bajarla y, cuando busqué con la mano los botones para abrocharme la blusa, me di cuenta de que ya no estaban en su sitio. Mi corazón volvió a latir muy fuerte, el recuerdo de lo que acababa de pasar se clavó en mi clítoris, y de allí fluyó hacia arriba, en dirección a mi cerebro. Le di la espalda y entré

en el dormitorio. Me deslumbró la luz de la lámpara que colgaba del techo, y me puse la primera camiseta que encontré en el cajón del guardarropa.

—¿Preparo café? —le pregunté sin mirarle a la cara, mientras me dirigía del dormitorio a la cocina. Él seguía parado en el pasillo, donde hacía un momento se había subido la cremallera. Miró la hora y murmuró:

—Es casi la una.

—¿Entonces?

—Será mejor que tome una cerveza en lugar de *café*.

Mientras, arrodillada en el suelo, buscaba cerveza en los puntos más recónditos del armario, pregunté:

—¿Qué pasa cuando unos policías paran a otro policía que conduce bebido?

—Cuando unos policías paran a un comisario —me corrigió—, le dicen: «Lo sentimos, mi comisario, no le habíamos reconocido».

—No lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio. ¿Has conocido alguna vez a un comisario al que le quitaran el permiso por conducir ebrio?

—No. Pero yo no soy la más indicada, tú eres el único comisario que conozco —dije mientras intentaba levantarme—. No tengo cerveza; hay vino, si quieres.

—Una alemana sin cerveza en casa es como un equipo de fútbol sin director técnico.

Estaba suficientemente claro que había hecho una de sus típicas bromas de policías. Comprendí entonces que el momento de tensión que habíamos atravesado no iba a afectar a nuestra relación, y supe que tampoco iba a preguntarme por qué no había querido.

Capítulo 6

Me desperté con una fuerte migraña que se había adueñado del lado derecho de la cabeza. Era tan temprano que, de estar puesta la alarma, aún no habría sonado. Me dirigí a la ducha. Me di un masaje a los hombros con agua caliente. Cuando salí de la ducha, fui a sentarme al balcón con una taza llena de café turco. Al constatar que se había debilitado mi fe en la capacidad curativa de la cafeína, me puse a esperar con paciencia a que dieran las ocho para que el colmado abriera. No tenía en casa nada para desayunar, y no quería tomarme en ayunas la pastilla contra la migraña.

Una vez que los camiones descargaron los panes recién salidos del horno y los fajos de periódicos delante de la puerta, Hamdi, el mozo del colmado, echó al suelo el agua del cubo de plástico para que no se levantara el polvo, convirtiéndolo de ese modo en barro, y después cepilló el suelo con una tosca escoba de retama. Hice frente a mi migraña y me quedé durante un rato contemplando la operación, intentando decidir si la culpa era de la escoba o de la manera de barrer de Hamdi. Llegué a la conclusión de que la pregunta no tenía respuesta.

Con un tono de voz entre el grito y el murmullo, le llamé:

—¡Hamdi! ¡Hamdi!

Cuando levantó la cabeza, se cruzaron nuestras miradas.

—¡Ah, señora Kati! ¡Qué madrugadora! ¿Quiere que le traiga todos los periódicos?

Sin esperar mi respuesta, entró corriendo en la tienda para buscar un cuchillo con que cortar la cuerda de los fajos de periódicos. Cuando volvió, le llamé de nuevo:

—¡Hamdi! Hay una lista en la cesta. Necesito pan y más cosas.

—De acuerdo, señora. Enseguida voy.

Alargó el cuerpo con extrema agilidad hacia la cesta que colgaba de mi ventana.

Apoyé el codo en la moldura de la ventana mientras esperaba a que me trajera el pedido. Dos minutos más tarde, apareció en la puerta de la tienda.

—Señora Kati, no queda mermelada de zarzamora Sultán Baci. Hay de membrillo y de frambuesa. ¿Cuál quiere? —gritó.

Para hacer un favor a los que habían logrado no despertarse, le indiqué que callara con la mano. Volví a tirar de la cuerda para subir la cesta, me puse las zapatillas y bajé al colmado.

Después de haber terminado mi mejor desayuno desde que Fofó se marchara, me tomé la pastilla contra la migraña. Eché las cortinas del dormitorio y volví a meterme en la cama, de la que me había levantado a las seis de aquella misma mañana, con la esperanza de poder dormir a pesar del calor que había empezado a hacerse notar y de la cantidad de café que me había tomado.

Cuando me desperté, el sol estaba en lo alto y me había librado de la pesadilla de

la migraña.

Sentada en la silla de la cocina, mientras esperaba a que el agua de la tetera hirviera, me puse a echar una ojeada a las primeras páginas de los periódicos. Aún se sufrían las consecuencias de la crisis económica que había estallado en el mes de febrero. En varios puntos del país, se habían organizado manifestaciones para protestar contra la subida de los precios. En Elmadag, de la comarca de Yozgat, los lugareños habían agredido a dos diputados que habían hecho un llamamiento a la calma; uno de ellos se encontraba ingresado en el hospital público de Yozgat.

«Espero que la subida de los precios sea capaz de derrocar a este Gobierno que se mantiene intacto a pesar de todos los escándalos y los fraudes en que se ha visto involucrado», pensé.

Me había mudado de la cocina al balcón y allí saboreaba mi té cuando, de repente, mis ojos se abrieron como platos al ver la foto de la tercera página del diario cuya jefa de redacción era Lale. Era la foto del examante encorbatado de Fofó. El desgraciado tenía al lado a un hombre, a mi modo de ver sumamente atractivo, y ambos estaban rodeados de un número nada despreciable de policías.

Antes de leer la continuación de la noticia, que tenía por titular «Productor mafioso, arrestado mientras se corría una juerga con su amante», deseé con toda mi alma que «su amante» fuera ese abogado encorbatado. El texto rezaba lo siguiente:

Nuevas sospechas sobre el asesinato del director de cine alemán, cometido en la madrugada del lunes pasado en el hotel At the Bosphorus, uno de los más lujosos de Estambul y del Bósforo.

Mesut Mumcu, el conocido jefe de una banda mafiosa, fue arrestado ayer por la tarde junto a su amante A. K. en un palacete apartado, cerca de la comarca de Kavakdibi en Fethiye, convertido desde hacía varios días en su nido de amor. El acusado prestará declaración por el asesinato del director alemán, Kurt Müller, cometido con un método digno de una película.

La policía buscaba desde hacía varios días a Mesut Mumcu, el productor de la película *Las mil y una noches en el harén*, para tomarle declaración acerca del asesinato del director alemán que se encontraba en Turquía para el rodaje de dicha película y que murió electrocutado con un secador del pelo encendido que habían tirado a la bañera llena de agua de la *suite* Dolmabahçe del hotel At the Bosphorus, donde anteriormente se había alojado Bill Clinton, el antiguo presidente de Estados Unidos y gran admirador de Estambul, junto con su mujer e hija.

Mesut Mumcu ya había sido procesado por montar una banda criminal, si bien fue absuelto por falta de pruebas.

Mumcu ya había ingresado a la cárcel por inducir al asesinato, retención ilegal y atentado contra la vida ajena; y, tras recobrar la libertad gracias a la amnistía, había fundado la empresa Mumcular Film y había entrado en los negocios de producción de películas.

No pasó desapercibida la presencia de su abogado mientras lo subían al coche para llevarlo a prestar declaración.

A pesar de que era difícil sacar conclusiones del texto, cuya redacción dejaba mucho que desear, pude deducir que el ex de Fofu, Ali Vardar, no era el amante de Mesut Mumcu, sino su abogado defensor. Por una vez en su vida miserable, iba a tener la oportunidad de ser útil, si me contaba lo que sabía acerca de su cliente.

Me puse nerviosa mientras marcaba el número de Ali Vardar que había encontrado en mi antigua agenda. Aún no había elaborado un plan de acción.

Dije que quería hablar con el señor Ali a la mujer que respondió y que me transmitió, por el tono de voz, la sensación de que estaría encantada de hallarse incluida en la lista de «las mujeres más sexis de Turquía».

—Te equivocas, querida. Esto no es su despacho, sino su casa. Llámale al despacho —dijo y me colgó.

Volví a marcar el mismo número.

—Señora, soy la secretaria de Ismail Yurdakul. ¿Podría facilitarme el número del despacho del señor Ali? —pregunté.

Tanto daba quién era Ismail Yurdakul, o si era una persona importante. Las personas como esa mujer, sólo con toparse con alguien que la trate de señora, y sobre todo cuando ese alguien es una secretaria, se convierten en dóciles corderitos. Ése sería el camino más corto para conseguir el teléfono del tal Ali.

Por un momento pensé que me preguntaría: «¿Quién es?», o por lo menos: «Hace un momento me has dicho que querías hablar con él». Pero no hacía falta exagerar la capacidad mental de la mujer, pues no ocurrió ninguna escena tan lamentable.

—El despacho de Ali es el 2937347 —dijo y volvió a colgarme.

Dado que la mujer se sabía de memoria el número, las preferencias sexuales de Ali habían cambiado; había encontrado la persona que se adecuaba a su clase y entorno social.

La voz relativamente educada me informó de que el señor Ali se encontraba fuera de la oficina, que no volvería antes de las seis y que probara a partir de esa hora.

Mientras caminaba hacia la librería por las estrechísimas calles de Çukurcuma, esquivando los peligros con el automatismo de los años, no pensaba ni en el asesinato ni en Batuhan, sino en Bellini, el compositor de *La sonnambula*, que había muerto a los treinta y cuatro años. Pensar es un decir, puesto que no tenía la menor idea de su aspecto ni del tipo de persona que era. Además, cuando la escena política turca estaba repleta de gente cuya vida no aportaba nada bueno, ¿por qué no moría uno de ellos y, en cambio, se moría Bellini?

Al final, llegué a la conclusión de que leer periódicos era perjudicial para mí. Todas esas noticias de malversaciones, los rostros descarados de los políticos y los

supuestos hombres de negocios sacaban a relucir lo peor de mí.

Mientras me tomaba un té tras otro esperando a los clientes en el frescor climatizado de la tienda, los políticos turcos y Bellini siguieron presentes, como una fijación a destiempo.

Esa vez vi a Batuhan antes de que lo hiciera Recai. Eran algo más de las tres. Por desgracia, iba de paisano. Entró tras echar un vistazo a los libros del escaparate.

—Hola —dijo, y me extendió la mano con aire ausente y distante, como si nada hubiera pasado entre los dos.

Empezaba a sospechar de la salud mental de Batuhan. «¿Ayer no parecía haber asumido con madurez lo ocurrido?», pensé.

—Hola —repliqué al tiempo que me miraba la mano que le había alargado y pensaba que ya me tocaba ir a arreglarme las uñas. Qué traidora es esa cosa que llaman cuerpo humano.

Intenté aplazar mi preocupación por los políticos turcos, Bellini y mis uñas, e intenté centrarme en Batuhan.

—Hoy tampoco llevas uniforme —comenté por decir algo.

—Voy siempre de paisano.

—¿Cómo que siempre? La primera vez que nos vimos ibas uniformado.

—Aquel día teníamos una reunión oficial en la jefatura, por eso llevaba uniforme. En los días normales no lo hago.

—Hum... —dije para no alargar más la conversación que había iniciado por decir algo.

—Habéis detenido a Mesut Mumcu, ¿verdad?

—Lo han detenido.

—¿No llevas tú el caso?

—Como siempre cuando se trata de un asesinato. De lo contrario, se encarga la lucha contra el crimen organizado. De momento, vamos metiéndonos goles. Y como puedes imaginar, yo soy el perdedor.

Comparado con el momento de su irrupción, su comportamiento se había vuelto más natural. Cogió una silla y se sentó. Justo cuando le iba a preguntar si quería tomar algo, el timbre del móvil me hizo callar.

Batuhan salió a la calle para hablar.

—Han dejado en libertad a Mesut Mumcu. Tanto revuelo, tantos periodistas... para nada —dijo en cuanto volvió a entrar.

—¿Qué esperaban?

—Esperaban que Mesut Mumcu fuera el que ordenó el crimen y que lo confesara apenas detenido. Como dice el refrán, la esperanza es el pan del pobre. No es tarea fácil achantar a un veterano del crimen como Mesut Mumcu. Ni siquiera tenemos suficientes pruebas para tenerlo dos días encerrado. ¿Qué cambiaría si dijera: «Yo lo hice matar»? ¿Qué juez se la jugaría aceptando llevar el juicio?

Era la primera vez que oía esa expresión, y la añadí inmediatamente a mi

vocabulario de argot.

—En cambio, tú piensas que se trata de un crimen pasional cometido por una mujer.

—Aunque no fuese mujer...

Después de nuestra charla de ayer, ya no parecía estar tan convencido. La tez había adquirido un color entre rojo y morado. Al sentirse furioso, decidió dejar de medir cada palabra que le salía de la boca, de escogerlas conforme a los criterios de si eran aptas para ser pronunciadas delante de una mujer.

—Dímelo tú, ¿a qué matón se le ocurre cepillarse a su víctima con un secador del pelo, eh? Aún más, ¿quién perdería el tiempo con una cosa así? Va a llevar consigo los cables, va a buscar un secador del pelo... ¿Qué subnormal haría algo así? Saca la pistola, le dispara al pulmón al maricón y asunto concluido. Se vuelve a casa a tirarse a la parienta.

Encendí el primer cigarrillo del día. Sus maneras dejaban bastante que desear, pero lo que acababa de decir tenía cierta lógica.

—No hay manera de hacerles comprender. Como Müller estuvo en la cárcel por hacer de camello, creen que antes era un pequeño delincuente y ahora se ha convertido en un pez gordo que colabora con los hermanos Mumcu. ¿Qué se piensan? ¿Que los hijos de puta iban a llenar los bolsillos de los mamones del equipo de rodaje con caballo?

A su cara rojiza, se le habían añadido los ojos desorbitados. Me molesta profundamente que la gente, al enfurecerse, me salpique la cara con su saliva y llene el ambiente con energía negativa.

—Deja de comerte el tarro. ¿Tomamos algo?

—Buena idea, tomemos algo. ¿Tienes *raki*?

—Pensaba en una coca-cola.

—Tomemos una coca-cola, entonces.

Mientras sacaba la botella de coca-cola, sentí que se había parado a mi espalda. Me besaba el cuello, apartando el cabello a un lado, a la vez que me desabrochaba el cinturón de los pantalones cortos. Su mano entró en mis bragas y desapareció hasta la muñeca, después sacó la mano y atrajo mi cara y cuerpo hacia él. Se bajó la cremallera de los pantalones sin dejar de mirarme en los ojos; apoyó contra mi vientre el pene moreno, muy moreno, que había adquirido una tonalidad morada a causa de las venas infladas; parecía que fuera una pistola con la que me estuviera amenazando, como si, al apretar el gatillo, mis intestinos fueran a reventar.

Yo seguía con la botella de coca-cola en la mano, como un objeto terrenal que impedía que me desvinculara del mundo real, del aficionado a las novelas policíacas que podía entrar en cualquier momento, del turista despistado que podía escoger mi tienda para entrar y pedir que le indicaran el camino, o del amigo que había salido

pronto del trabajo y se había cansado de pasear con tanto calor.

Por esa razón, me negué a soltar la botella cuando intentó quitármela. Estaba allí de pie, detrás de la cortina de color naranja-verde-azul que separaba la cocina del resto de la tienda, con mis pantalones cortos y mis bragas en el suelo, agarrada a mi botella de coca-cola como si fuera un crío culpable de haberse hecho pis encima, que se agarra a su camión de juguete con todas sus fuerzas para aguantar mejor la bronca monumental que le espera.

Su pene era un tafetán que cambiaba de color con la luz; ahora ya no era morado, sino del color del vino.

—No me deseas, ¿verdad? —dijo moviendo la cabeza, más como una afirmación que como una pregunta.

Era una frase para una pareja que llevase casada cuarenta años, que formularía una mujer a su marido. Y luego, tras haberse tomado un trago de la botella de *whisky* de una de las estanterías, le añadiría: «¿Hay otra mujer?». Y una vez el hombre le hubiera respondido: «No, no la hay», ella replicaría: «Hay otra mujer, lo sé. Es rubia y mucho más joven que yo. Os he visto juntos», y entonces el marido, que habría estado esperando desde hacía mucho tiempo encontrar el momento más propicio, y que creería haberlo encontrado mientras su mujer bebía un *whisky* tras otro, respiraría hondo y le diría: «Sí, hay otra mujer y la quiero»; y, en el momento en que la mujer fuera a servirse otro *whisky*, la cortina bajaría, y las mujeres espectadoras echarían unas miradas furiosas a sus maridos, y los maridos volverían a sus casas y hacia las arrugadas sábanas con los mismos estampados de siempre, soñando con una amante muy joven y muy rubia.

—No me deseas —volvió a repetir, esa vez de manera más distante, sobre todo de sí mismo, como si quisiera meterse en mi lugar para descubrir las razones por las que no lo deseaba, como si fuera capaz de encontrar un remedio a esa ausencia de deseo, si es que éste era real.

Dejé la botella que apretaba fuertemente contra mi pecho encima de la mesa plegable de la cocina que servía de encimera.

—Afirmar que no te deseo es mucho decir —puntalicé, como si la que hablaba no fuera yo, sino una santa.

Mientras volvía a empujar dentro el pene, me preguntó:

—¿Qué quieres decir con que es mucho decir?

Ambos miramos los pantalones cortos que reposaban sobre mis pies y las bragas encima de los pantalones. Sus ojos se dirigieron hacia mis piernas y se fijaron en las rodillas como si en ellas estuviera escrita la respuesta a su pregunta.

En aquella diminuta cocina, un solo paso, e incluso medio paso, bastaría para que estuviera a mi lado. Me vistió con una ternura que un hombre sólo sería capaz de dar a una amante adorada.

Si él no fuera lo que era, o si él no fuera policía, o si mi prejuicio más inquebrantable no estuviera relacionado con los policías, no sé qué sentiría; pero en

aquel momento, sólo sentí como si me hubiesen dado un fuerte puñetazo en las entrañas.

Cuando Batuhan salió y empezó a bajar andando hacia Karaköy, llegué a la conclusión de que el día ya había sido bastante desagradable, incluso antes de haber hablado con Ali Vardar. Tras haber cambiado de opinión cada diez minutos acerca de mi conclusión, por fin salí de la librería calculando el tiempo necesario para llegar al despacho a las seis, la hora en que ese tipo estaría presente.

La puerta del edificio de la calle de Asmalimescit, donde algunas veces quedábamos con Fofó, estaba cerrada. Al no encontrar el nombre de Ali Vardar en el marco de los timbres, pensé que me había equivocado de sitio y empecé a mirar en los timbres de los demás edificios, pero no encontré a nadie con ese nombre. Volví al primer edificio y pulsé uno de los timbres, al que acompañaba la inscripción de «abogado». El hombre con el que hablé por el interfono me dijo que Ali Vardar se había mudado a otro despacho dos meses atrás, y me sugirió que preguntara la nueva dirección al portero y, si no, que acudiera al presidente de la escalera.

Eran ya las seis y treinta y cinco minutos cuando me dejé caer en el sillón que había enfrente de la mesa de la secretaria de la nueva oficina de Ali Vardar en Gümüssuyu, que tenía una vista que, ya antes de subir, adivinaba que sería espléndida. La secretaria me dijo que el señor Ali no recibía a nadie sin previa cita y, cuando le insistí, me dijo que tenía algo que preguntarme y se perdió dentro de la oficina.

Ali Vardar vino hacia mí abriendo los brazos como hacen los musulmanes durante la oración, ondeando su corbata estampada.

—¡Kati! ¡Qué sorpresa! —exclamó con un grito falso.

—Una ingrata sorpresa, querrás decir —repliqué.

Fingió no haberme escuchado. Los hombres son así, nunca oyen lo que les puede molestar. Ali me puso la mano entre los dos omoplatos y, como quien controla la situación, me empujó hasta su despacho. En cuanto entramos, quiso saber qué quería tomar.

Al escuchar la pregunta, sentí por primera vez un atisbo de simpatía hacia ese hombre desagradable.

—¿Tienes algo fuerte? ¿*Whisky*, por ejemplo?

—Claro que sí. ¿Con hielo?

—Si tienes, que sea con hielo y soda —dije.

Mientras salía de la habitación, le pregunté si podía usar su teléfono. Antes de salir de la tienda, llamé a Lale y su secretaria me informó de que se encontraba en una reunión y que no se le podían pasar las llamadas.

Sentí gran alegría al oír la voz de Lale. Le dije que iría a su casa a las nueve y que quería consultarle algo. Tras esa conversación me sentía aliviada, como si acabara de salir de una sesión de limpieza de cutis.

Ali volvió con dos vasos en la mano; uno de ellos con *whisky*, soda y hielo, lleno

hasta arriba, y el otro con un líquido de un color anaranjado.

Soy una persona curiosa y le pregunté qué era lo que se tomaba.

—Campari naranja. Lo compré el año pasado en Italia. ¿Quieres probarlo?

Empujó hacia mí el vaso que había dejado encima de la mesa.

—Gracias. Ya lo conozco.

Tengo que confesar que lo que admiro en los de su especie es la manía que tienen de dar a conocer a la gente de su entorno cada nueva costumbre con tanto orgullo.

—Una bebida a la altura de tu nueva imagen, la verdad.

—Supongo que no has venido a hablarme de las bebidas —contraatacó.

—Esta mañana he visto tu foto en los periódicos, por eso he venido.

—¿Mi foto?

No estaba fingiendo.

—Junto a Mesut Mumcu, no sé dónde, cerca de Fethiye.

—¿Así que publicaron mi foto? Tenía mucho trabajo, no pude hojear los periódicos. Le diré a la chica que me los compre.

Se lanzó sobre el teléfono y llamó a su secretaria por las líneas internas.

—Todavía no comprendo qué tiene que ver la foto del periódico con tu visita —me dijo después de colgar.

—Me interesa el asesinato que relacionan con Mesut Mumcu.

—¿A qué se debe ese interés?

—Petra Vogel, la protagonista de la película que iban a rodar en Estambul, *Las mil y una noches en el harén*, es amiga mía.

—¿Sospechan ahora de ella?

Le contesté con un argumento poco convincente:

—No. Simplemente, al presenciar sin querer tantos sucesos, empecé a sentirme intrigada. Quiero saber más sobre el asesinato.

—Yo no soy la persona que te puede ayudar.

—Claro que sí. Quiero que me cuentes lo que sabes, nada más.

—Lo único que sé es que Mesut Mumcu no tiene nada que ver con ese crimen.

—No he dicho que lo tuviera. ¿Qué capo de mafia manda matar a alguien con un secador del pelo, o cuándo se ha oído que un matón tenga tanta imaginación? Lo que no me explico es cómo Mesut Mumcu, tratándose de una película en la que pensaba gastarse un dineral, encomendó el proyecto a alguien como Müller. No sé cómo explicarlo... —Hice una pausa mientras buscaba un calificativo adecuado para el difunto, y al final escogí la palabra «falto»—. Falto de talento. El guión lo escribe uno de los mejores escritores del momento, y el director de la película es Müller. ¿No te resulta raro?

—¿Quién es el autor?

—Giacomo Donetti.

—¡Ah, sí!

Estaba convencida de que a pesar de pasar sus vacaciones de verano en Italia, no

tenía la menor idea de quién era Donetti. De todos modos, tampoco se trataba de un concurso de cultura general.

—En mi opinión, esa historia de Donetti es pura casualidad. —Había pronunciado el nombre del gran Donetti de tal manera que tuve que morderme los labios para no reír—. Mesut no está capacitado para escoger guionistas famosos, ni nada por el estilo. —Hizo una pausa—. Montó esta productora para su yerno Yusuf. Quizá él lo descubriera, o lo contratarían sus socios alemanes. Sea como sea, estoy seguro de que Mesut no tiene nada que ver con el asunto.

—Te entiendo. Sin embargo, tu cliente decide invertir bastante dinero en ello. ¿Por qué lo iba a despilfarrar con alguien como Müller? Lo más probable es que antes hubiera averiguado quiénes eran Müller, Donetti y Petra Vogel. Al fin y al cabo, es, a su manera, un hombre de negocios, una persona que quiere ganar dinero.

—Hombre de negocios... Hombre de negocios... —murmuró Ali para sí mismo.

Había hecho que me sintiera como si fuera la primera persona que mencionaba a un «hombre de negocios» mafioso. De hecho, no era mi intención cuestionar los recursos de la lengua turca, ni tampoco la capacidad intelectual de un abogado turco.

—Claro que también se le puede llamar «hombre de negocios» —dijo al final.

Otra vez no supe callarme:

—Si opinas que el hombre ni siquiera se merece que lo llamen «hombre de negocios», ¿me puedes decir por qué has aceptado defenderle?

—Puede que no sea un hombre de negocios, pero toda persona tiene derecho a una defensa —replicó sin tener que pensárselo.

Resultó inútil que pronunciara esa frase que tenía sentido sólo para los que habían hincado los codos en la facultad de derecho. No tuve que romperme la cabeza para formular mi segunda pregunta sobre el asunto:

—A ver si me explico. Llámalo «hombre de negocios» o como quieras, el hombre lo que busca es ganar dinero, ¿no es así? Como todo el mundo.

—Entiendo lo que quieres decir. Si lo que quiere es ganar dinero, ¿por qué trabaja con alguien como Müller? Pero ¿cómo sabes que no se gana dinero con las películas de Müller?

Tuve que admitir que acababa de cometer un error de lógica que alguien como Ali captaría de inmediato. Efectivamente, como pasa con todo, hacer una película que diera dinero no guardaba una relación directa con hacer una buena película.

—Tienes razón. Pero ¿qué te parece que hayan comprado los derechos para adaptar cinematográficamente el libro de Donetti?

—También tendría una explicación, pero no soy yo quien te puede responder.

—De acuerdo —dije con tono conciliador. Enseguida pasé a mi segundo grupo de preguntas—: ¿Por qué lo detuvo la policía, y por qué lo soltó? Supongo que al menos de eso podemos hablar, ¿no?

—¿Cómo que lo detuvieron y lo soltaron? ¿Quién te ha dicho que lo soltaron?

Me costó tragarme el último sorbo de *whisky* que tenía en la boca. Tenía razón:

¿de dónde podía haberlo sacado?

—Me imaginé que lo harían. ¿Quieres decir que he acertado? —dije mintiendo sin inmutarme.

—Así es. Esta tarde, hace sólo unas horas.

Ali no había sospechado nada. De todos modos, si tuviera tanta imaginación como para pensar que coqueteaba con policías que llevaban teléfonos móviles, ¿creen que se hubiera hecho abogado?

—¿Por qué lo han soltado?

—No consiguieron retenerlo, por eso —respondió, refiriéndose a sus dotes de abogado y no a la inocencia de Mesut Mumcu.

—¿Por qué lo arrestaron, entonces?

—Para intimidarle. Pensaron que se asustaría y que empezaría a liarse y acabaría confesando. Incluso tú has pensado que Mesut Mumcu no mandaría matar a nadie con un secador del pelo, ¿y la policía no es capaz ni de eso? Es un verdadero disparate, se mire por donde se mire.

—¿Cómo es que estabas a su lado cuando lo detuvieron?

—Me llamó para decirme que habían ido a su casa y a su despacho y que seguramente irían también a buscarlo allí. ¿Y qué? ¿Eso prueba su culpabilidad?

—No, claro que no. No te pongas así, hombre.

—No me pongo de ninguna manera.

No tenía intención de seguir más tiempo con esa absurda conversación, a pesar de la vista del Serai de Topkapi, la estación de Haydarpasa de la costa asiática e incluso un trozo de las islas Príncipes que contemplaba con deleite desde el sillón donde estaba sentada con mi *whisky* con hielo.

—¿Qué querrá decir?

Mientras atravesaba el puente de Bogaziçi que une la costa europea con la asiática, y que los taxistas y yo llamamos el Primer Puente, escuchando «La Flaca», del álbum de Jarabe de Palo que Fofó me había regalado, tomé la determinación de olvidarme del asesinato y de Batuhan, aunque fuera durante unas horas. Echaba de menos una buena cena, comerme un buen plato de judías verdes con aceite de oliva, por ejemplo, y charlar con Lale.

Cuando entré en la casa, por el fuerte olor que llenaba el ambiente comprendí que esa noche mi sueño de una buena cena tampoco se haría realidad. Lale se había puesto manos a la obra para preparar macarrones con salsa de yogur y ajo, un invento turco que dejaría tieso a un italiano de a pie.

—¿Cómo supiste que vendría pronto?

—No lo hice. Iba a guardar tu parte. Es que me muero de hambre.

—Pensaba que iríamos a cenar fuera —comenté a punto de llorar, a pesar de ser consciente de que jamás tiraría a la basura aquellos macarrones tricolores que

probablemente había comprado para la ocasión y que se movían dentro del agua sin ganas y tristemente, como esclavas forzadas a bailar a latigazos.

—No digas chorradas, después del trabajo que me dio... Y además, compré de los de colores —contestó a la vez que removía el yogur con la batidora.

Estábamos las dos absortas en nuestros pensamientos, mientras comíamos los macarrones en la mesa puesta debajo del nogal que cubría con su sombra oscura el pequeño jardín de la casa.

—¿Qué tal están? —preguntó Lale, que no era capaz de aguantar largos silencios, refiriéndose a los macarrones, y confiando en que no le diría que no estaban buenos.

—Está un poco salado.

—Dicen que toda la sal que desperdicias en esta vida la recogerás con tus pestañas en la otra —dijo, tan seria que uno pensaría que aquello le preocupaba de veras.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo explicó la mujer que viene a limpiarme la casa, la señora Hawa. La sal es sagrada.

—Recoger la sal desperdiciada con tus pestañas te tomaría por lo menos cinco años. Qué pena que no hayas aceptado cenar fuera.

—No exageres. Tampoco está tan salada —replicó riéndose.

—¿Y qué puede tener de sagrado la sal?

—No lo sé. La señora Hawa tampoco lo sabía.

Hubo otro momento de silencio.

—Puede que tenga algo que ver con la mujer de Lot —comenté con la boca que había llenado de macarrones para apaciguar mi hambre.

—¿Qué tiene que ver con la mujer de Lot?

—Mientras toda la familia huía de la catástrofe de Sodoma y Gomorra, la mujer, al mirar atrás, se convirtió en una estatua de sal, y, como Lot y sus dos hijas fueron obedientes y no se dieron la vuelta, ellos tres fueron los únicos miembros de la numerosa tribu que salvaron la vida.

—Pensaba que la mujer de Lot se había convertido en piedra.

—No, estoy segura de que fue en una estatua de sal.

Lale era la que sabía mejor que nadie que, en el tema de leyendas bíblicas, yo estaría dispuesta a rebatir a quien fuera, así que supuse que no alargaría la discusión. Pero, en contra de mis expectativas, siguió hablando:

—Sal o piedra, qué más da. Todo ocurrió porque quiso ver una última vez sus bienes convertidos en cenizas en Sodoma y Gomorra. No soportó perder todas sus pertenencias; por eso miró una última vez, ¿no es así? En mi opinión...

—¿De dónde sacas eso de que miró sus bienes?

—Claro que sí. Quiso ver por última vez sus pertenencias quemadas, ¿para qué si no?

—¡Toma ya! Una horrible teoría sexista que... que...

Como siempre me pasa cuando me pongo nerviosa, la palabra turca más impactante se había esfumado de mi mente. Al final desistí de encontrarla y proseguí:

—Claro que, como las mujeres son codiciosas y ávidas de dinero, es ella quien sufre por la pérdida de sus riquezas. Ellas se dan la vuelta, se convierten en pilares de sal. En cambio, a Lot los bienes materiales le importan un bledo, pues es un hombre y, por lo tanto, nada más lejos de su persona que preocuparse por el dinero, los bienes materiales, la codicia. Lot miró hacia delante con la frente erguida. De todos modos, aquella noche en la gruta, las hijas emborrachan al padre y se quedan embarazadas de él. Lot está tan ebrio que no se da cuenta de que hace el amor con sus hijas, pero no lo está tanto como para no tener una erección.

Había empezado a chillar como una loca. La historia de las hijas que hacen el amor con el padre para asegurar la perduración de la tribu constituye la segunda parte de la catástrofe de Sodoma y Gomorra.

—¿Puedes tranquilizarte, por favor? ¿Y qué pasa si las mujeres son codiciosas? ¿Qué pasa si se da la vuelta para mirar sus pertenencias?

—¿Y qué pasa si se dio la vuelta para ver por última vez su ciudad amada? Según tú, ¿no cambia nada? ¿No hay ninguna diferencia entre una mujer codiciosa y ambiciosa y una mujer que ama las lomas y las llanuras de la ciudad donde vive, que quiere su casa, el jardín y la madreselva que crece junto a la puerta?

—Claro que sí, pero ¿qué importa la razón por la que la mujer de Lot se dio la vuelta? ¡Ahora no vamos a discutir por eso!

—La discusión no gira en torno a la mujer de Lot. Se habla de los defectos de las mujeres como si fueran un rasgo biológico de la condición femenina, como si se estuviera hablando de la menstruación o del parto. Y se considera un hecho científicamente probado que las mujeres son codiciosas por naturaleza.

—La sal...

—Deja de repetir «la sal». Hay muchos prejuicios contra la mujer, muchos clichés. Lo sabes mejor que yo, tú misma me has comentado que te dicen: «¿No le resulta muy agotador ser la jefa de redactores de un gran periódico como ése?». Y si fuese hombre, ¿se iban a preocupar tanto por tu agotamiento? Yo te lo diré. No, no lo harían. ¿Por qué le dan tanta importancia a tu cansancio? Si, como la mayoría de las de tu sexo, te quedaras en casa y te dedicaras a tus hijos, no te cansarías, ¿verdad? — Estaba totalmente desquiciada. No tenía muy claro si el ejemplo de Lale guardaba una relación con nuestro tema de debate, pero en aquel momento no me encontraba en condiciones de dar argumentos coherentes.

—Tienes los nervios destrozados, querida —dijo Lale. Había logrado mantener la sangre fría tan propia de las mujeres profesionales, evitando de ese modo discutir conmigo. Pensé que debería sentirse orgullosa por ello. Ahí estaba la diferencia entre yo y los demás mortales como yo, y ella y los de su especie.

Lale recogió los platos y entró en casa. Después de holgazanear sola durante un ratito, la seguí hasta la cocina.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó mientras colocaba los platos sucios en el lavavajillas.

—Me pongo a contar las estrellas antes de saber cuántos dientes tengo en la boca. Eso es lo que pasa.

—¡Qué bonito! ¿Lo has traducido del alemán?

Lale nunca quiere admitir que mi turco es bueno, siempre está al acecho para percatarse de mis errores.

—No lo sé. Me lo decía mi padre. Trata de no saber sus límites.

—Tiene que ver con los límites. A ver, cariño, tú te pusiste a hacer de detective como una afición. ¿Tienes grandes ambiciones? No. ¿Qué es lo que pasará si no consigues resolver el asesinato?

—¿Cómo que una afición? Me hablas como si se tratara de un curso de *batik* de tres horas, dos veces a la semana. Ha muerto una persona, y hay un asesino que se pasea libremente por ahí. Y tú llamas a eso «una afición».

—Puede que no haya escogido la palabra correcta. Lo que quiero decir es que ése no es tu trabajo. No eres policía. Eres una mujer modesta que lleva una librería.

—Mejor cambiamos de tema, ¿te parece? Me doy cuenta de que intentas tranquilizarme, pero resulta inútil. Además, mi problema no tiene que ver con las aficiones.

—¿Cuál es, entonces? ¿Te hallas rodeada de hombres sexistas?

De hecho, basándome en las experiencias del pasado, no había tenido la menor duda de que iba a sufrir las consecuencias de mi conversación anterior hasta horas avanzadas de la noche.

—Sabes tan bien como yo que lo que he dicho antes es verdad. Todo se *devirtúa* en detrimento de la mujer —dije mientras encendía el cigarrillo que cogí de la encimera—. Puede que no todo, pero sí muchas cosas —rectifiqué.

—Si quieres escribir una columna en el periódico, no tendrás ningún problema. Tu turco es bastante defectuoso, no te sentirías desplazada entre el resto de columnistas. Además, eres extranjera.

—¿Qué tiene de malo mi turco? —repliqué muy irritada.

—No se dice «*devirtúa*», sino «*desvirtúa*» —respondió con la actitud de una niña que ha aprendido antes que los demás a leer y escribir.

—Si tú supieses tanto alemán como yo... Venga, dejemos el alemán, que es una lengua difícil... Tú habla un idioma como yo hablo el turco, y me quitaré el sombrero.

—¿Has venido a desfogarte conmigo, o qué? Si es así, has elegido un mal momento, pues estoy demasiado cansada para discutir. Además, a mí me basta con el inglés que hablo.

Efectivamente, ¿a qué venía eso de rivalizar tontamente con mi mejor amiga?

—De acuerdo, tienes razón —me disculpé y, como prueba de mi buena voluntad, le propuse prepararle café.

—Las edades en las que me tomaba un café después de la cena quedaron atrás. Me tomaré un té clarito. No hace falta que lo prepares al estilo tradicional, allí tengo bolsitas.

Si el café le provocaba insomnio a Lale, que era cinco años más joven, yo tendría que entrar en coma. Me preparé una infusión de menta.

Mientras bebíamos nuestras tisanas en el piso del medio, le conté lo que había pasado entre Batuhan y yo.

—Si quieres acostarte con el tío, pues hazlo. ¿Existe alguna pauta de conducta alemana que impida hacer el amor con un policía? —inquirió. Seguía bailando hábilmente encima de mi sistema nervioso.

—¿Qué tiene que ver Alemania? Ni yo me daba cuenta de la magnitud de mi odio hacia los policías.

—¡Ah! Por eso estás tan en contra de los prejuicios y los tópicos.

No se cansaba de echarme en cara lo que había dicho durante la cena, y no iba a parar a menos que le pidiera perdón por todo lo que había dicho y por todo lo que iba a decir a partir de aquel momento.

—¿No podríamos pactar una tregua? —dije.

—Intento comprender por qué te pusiste a chillar de aquel modo.

—No hay nada que comprender. Fue un arrebato, tú misma lo dijiste.

—¿Por culpa de Batuhan?

—Por no saber qué hacer. Por ser policía ese hombre, con el que en circunstancias normales me hubiera gustado estar.

—No entiendo por qué sufres tanto. ¿Quieres estar con Batuhan o no? Y déjate de circunstancias normales o anormales.

—Pero ¿por qué no iba a querer tener una relación con este hombre? En las calles no abundan los hombres guapos, atractivos y aficionados a la novela negra.

—Y ahora me vienes con ese rollo de no perder la suerte que llama a la puerta. —De repente, entornó los ojos, movió la cabeza de un lado para otro y, como si hubiera descubierto América, anunció—: Quieres mi consentimiento antes de tener una relación con él. Si yo te digo: «Ah, qué hombre más majo», te sentirás más tranquila.

—Claro que me aliviaría, pero en el pasado tuve relaciones que tú no aprobabas.

—Te equivocas, no es lo mismo. Lo único que te preocupa no son tus prejuicios. Piensas también en la gente que te rodea. ¿Qué diría Fofó? ¿Qué diría Pelin? ¿Qué pensaría el çayci Recai? Estás hecha una auténtica turca, hasta la médula. —Ese supuesto descubrimiento divertía mucho a Lale. Siguió con su monólogo entrecortado por carcajadas—: ¿Qué dirá la gente, eh? Y si alguien lo ve salir de tu casa con su uniforme de policía, ¿qué pensarán? Yo te diré lo que pensarán: que Kati sale con un policía. No creo que nadie deje de hablarte por eso. Además, el hombre no es un agente de tráfico, sino de homicidios.

—Comisario —la corregí—, y no va uniformado. —Además, estaba mucho más elegante con el uniforme—. ¿Y qué es lo que cambiaría si fuese agente de tráfico?

—Ya ves lo que pasa cuando uno se niega a leer los periódicos. No te has enterado del sondeo que sacudió el país. Según un estudio realizado, a ojos de los ciudadanos, el sector profesional más corrupto es la policía de tráfico.

—Se comprobó que uno de *cada quinto* ciudadano sobornó alguna vez a un agente de tráfico —dije concluyendo lo que Lale había empezado a contar.

A pesar de no leer periódicos, estaba al tanto de todo y nunca perdía la oportunidad de demostrarlo. Lale volvió a desternillarse. Proseguí con mi discurso sin hacerle caso:

—Lo único es que no me acuerdo de que fuera una encuesta que sacudió toda Turquía.

Al igual que hacía su abuela cada vez que nos veíamos, Lale dijo entre carcajadas:

—¡Ay, qué graciosa la niña!

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? Cuéntamelo y nos reímos juntas.

—¿Qué quiere decir eso de «cada quinto»? Habla bien; esta vez lo has traducido del alemán, ¿a que sí? ¿De dónde has sacado eso? Dime la verdad, ¿lo has traducido o no?

—¿Y cómo se dice? —pregunté, y justo en aquel momento me acordé de la forma correcta: uno de cada cinco—. Sí, lo he traducido, ¡y qué! Los turcos también traducen un montón del inglés. ¡Cuídate mucho! ¿Existía una expresión así en turco? No lo traduzco del inglés, sino del alemán. Además, estoy harta de tus aires de directora de escuela, de psiquiatra especialista, de jefa de investigación y de presidenta de la Academia de la Lengua Turca.

Podía burlarse de mí por lo que quisiera, excepto por el turco.

Cuando bajé a buscar el bolso y las llaves del coche, Lale me siguió con expresión de sentimiento de culpabilidad.

De nada servía arrepentirse tan tarde; no bastan unas bonitas palabras para reparar un corazón roto.

Encontré un lugar libre justo delante de casa. No estaba para nada cansada, tal vez por haber dormido hasta mediodía, aunque me sentía aturdida por mi olor a ajo y por las riñas con Lale. Lo único que quería era beber mucha agua, lavarme los dientes y tomar una ducha templada.

En cuanto entré por la puerta de la casa, sentí algo raro. Cuando cerraba la puerta, siempre daba doble vuelta a la llave. Sin embargo, aquella noche, la puerta se abrió con un único y suave movimiento de la llave.

«Debo de haber olvidado cerrarla por culpa de la maldita migraña», pensé sin darle más vueltas al asunto.

Me quité las sandalias en el vestíbulo y fui a la cocina andando descalza sobre la piedra helada. Me llené un gran vaso con agua potable. El agua corriente de Estambul es un hervidero de bacterias y microbios, suficientes como para matar a una vaca, por lo que se tiene que comprar agua embotellada. No tengo derecho a quejarme de la

dificultad de llevar las botellas a casa, puesto que me las trae el chico del colmado; pero aun así, echo de menos beber agua de mi mano apoyada sobre el grifo.

Me dirigí directamente a la parte trasera, donde estaban mi dormitorio y el de Fofó, el baño y mi estudio, me desnudé delante del espejo del cuarto de baño, sin entrar en la parte delantera del piso, donde se encontraba el salón, y me metí en la ducha.

Arrepentida de haber tirado a la cesta de ropa sucia mis queridísimos pantalones cortos de color rosa y la camiseta con el pato Donald, me puse un vestido con estampado de flores y me eché una toalla a los hombros para que absorbiera el agua que goteaba del pelo.

Y me fui al salón para ver la tele. Si en lugar de entrar en el salón, me hubiese metido directamente en mi cama, cerrado los ojos y, tras contar unas cuantas ovejas, me hubiese quedado dormida, quizá el hombre, en lugar de despertarme, se hubiera marchado y ese encuentro no hubiera tenido lugar. Pero ya había entrado en el salón.

No vi al hombre sentado en el sillón por culpa de la sombra que creaba la luz proveniente del recibidor. Muchas veces uno sólo ve lo que espera ver. No obstante, tras encender la luz de la lámpara de la mesita que había entre el sofá y el sillón, no tuve otro remedio, pues estaba delante de mis narices.

Confieso que me pasaron por la cabeza pensamientos inspirados en novelas, como por ejemplo: «¿Y si cierro los ojos? Tal vez desaparezca». De hecho, tener a Mesut Mumcu sentado en el sillón de mi casa era tan descabellado como mi pensamiento.

Estaba sentado donde yo acostumbro a hacerlo, y me pareció mucho más imponente que en la foto de aquella mañana. Imponente y elegante. Llevaba un traje de lino azul, una camisa lila y mocasines negros. Tenía el pelo negro y muy corto, la boca ancha, los labios gruesos y se le notaba la seguridad de los fuertes, de los acostumbrados a ejercer su poder y a ser tratados por los que les rodean con un respeto lleno de terror. Hasta diez años atrás, sentía una profunda e irresistible atracción hacia los hombres como él, que llenaban habitaciones enteras con su presencia y ego. Sin embargo, en los últimos años, no sé si por algo que da la edad, la verdad es que busco otras cualidades en los hombres. Ustedes, mis queridos lectores, ya lo notarán a su debido tiempo.

No sé si fue porque no rompí a llorar del susto, pero Mesut Mumcu, al fin se tomó la molestia de levantarse y me señaló el enorme sofá.

—Venga, siéntate —dijo.

No estoy nada acostumbrada a que me prodiguen hospitalidad en mi propia casa, y eso me desconcertó tanto que no hice más que decir disparates.

—Ya veo que hoy el que viene primero coge el sillón.

Extendí encima del brazo del sofá la toalla que me había puesto para que

absorbiera las gotas del cabello mojado, intentando salvar algo de encanto pese a mi pelo de gato mojado. Mesut se puso a observarme, de un modo que describiría educadamente como impropio de un niño de buena familia. Empezó por examinarme los hombros, se detuvo largo rato en mis pechos sin sujetadores, siguió hasta los dedos de mis pies con las uñas pintadas de color granate. Y al final inclinó la cabeza a un lado en señal de satisfacción. Había dado su aprobación.

Hace poco leí un artículo según el cual en el mundo musulmán la casa era un lugar sagrado e intocable; por ejemplo, en Irán los guardianes de la revolución no asaltaban las casas a menos que tuvieran la certeza de que dentro se estaba degollando a alguien. Por esa razón, dentro de las casas se podía beber alcohol y se podía cometer adulterio con toda tranquilidad. Evidentemente, Mesut Mumcu no conocía el concepto de «casa sagrada» del mundo musulmán. Era muy probable que no se diera cuenta de que iba a tener que recoger con las pestañas la sal que había derrochado.

—¿Cómo abrió la puerta?

—La abrieron los chicos —dijo. De todos modos, incluso antes de que lo dijera, se notaba que él no era un hombre dado a ocuparse de tales menudencias.

Sentí curiosidad por saber si el lugar del aparcamiento libre que tenía delante de casa era obra de sus chicos.

—No encontramos ningún cenicero.

Era obvio que no habían fumado para hacerme un favor; de lo contrario, podían haber fumado y apagado las colillas encima de mi alfombra. Pero, en aquel preciso momento, mi principal preocupación no era tanto mi alfombra, sino la presencia de una segunda persona en la casa. Alguien más debía de haber tomado posición en la parte oscura del salón. A pesar de todo, estaba determinada a no perder la calma.

—Hay un cenicero en el baño, al lado del lavabo —dije levantando la voz para que se pudiera oír desde la otra punta del salón.

No se oyó a nadie moverse.

La situación era bastante irritante, y no quería empeorarla aún más.

—Me voy a preparar un *whisky*. ¿Quieren ustedes también? —propuse otra vez gritando.

—Con hielo, por favor —dijo Mesut Mumcu mientras el otro seguía callado.

Cuando volví de la cocina con dos vasos con hielo y uno con hielo y soda, encontré a Mesut Mumcu cómodamente instalado en el sillón, con las piernas cruzadas. El otro hombre —o la otra mujer— aún no había aparecido.

—Ayer hablé por teléfono contigo, ¿verdad?

—Sí.

Se refería a la llamada que hicimos desde la habitación de Petra.

—Hoy has ido a ver a Ali.

Se refería al examante de Fofó.

—¿Ah, sí?

—Ayer estuviste con un chico de nuestro clan.

—¿Cómo? ¿Con quién?

Aquella vez no lo había entendido de verdad.

—Alguien de nuestro clan. Vaya, ahora no me sale el nombre. Trabaja en el periódico.

Se refería al reportero de sucesos con el que había hablado el día anterior.

—Ahora entiendo a quién te refieres... Sí, estuve con él —admití mientras pensaba: «¡Vaya con tu conciudadano que anotó mi nombre y número de teléfono en el paquete de cigarrillos!».

Antes de tomarse un trago del *whisky*, levantó la copa a la altura de la nariz.

—¡Que nuestro peor día sea como éste! —dijo.

—El mío no —intervine.

Aparte de haber encontrado aparcamiento delante de casa, ese día no me habían sucedido cosas muy agradables. Pensé en decir a la otra persona que viniera a buscar su copa, pero al final no lo hice. Que hiciera lo que le apeteciese.

El sensible Mesut Mumcu estaba apenado.

—No ha sido muy apropiado entrar en tu casa de ese modo. Nos sentimos avergonzados. Pero no podemos venir en pleno día a llamar a tu puerta, no podemos ir a tu librería a comprarte un libro. Se reirían de nosotros. No sería bueno para ti, no nos malinterpretes. Es mejor así.

Lo que acababa de decir tenía cierta lógica. Podía resultarme perjudicial divertirme en público no sólo con policías, sino también con jefes de la mafia. Pensándolo mejor, tampoco creía que hubieran leído mi diario mientras me esperaban. Al fin y al cabo, se habían contentado con sentarse en silencio, sin encender siquiera la luz para no causarme gastos.

—Digamos que, en efecto, ésa era la manera más conveniente, pero ¿para qué? —pregunté manteniendo intacta mi postura de mujer acostumbrada a enfrentarse al peligro.

—Dime, ¿por qué hurgas en el asunto?

—¿Qué asunto?

—El asunto del asesinato.

—Hurgo para encontrar al asesino.

—Eso es asunto de la policía. Ese mundo no es para ti. Puedes ser víctima de una bala perdida, pueden pasar muchos incidentes indeseables. No me malinterpretes. Ya ves, brindamos juntos. Nosotros no te haríamos daño. Dios es testigo, nunca levantamos la mano a una mujer; pero en este mundillo nunca se sabe.

—¿Quiere decir que detrás del asesinato hay algunos miembros de ese mundillo? ¿O se trata de un ajuste de cuentas entre usted y Müller?

Me había envalentonado tras escucharle, y empecé a hacerle una pregunta tras otra.

—No sabemos quién lo hizo, ni por qué lo hizo. Es probable que fuera algún

enemigo o alguien que quiere saboteamos. En esos ambientes, siempre hay grandes enemistades. Cuando me metieron dentro, muchos querían que saliera, y ahora muchos querrán que vuelvan a detenerme. Hasta que encontremos al asesino, no tendremos paz.

Se había puesto nervioso. Sacó del bolsillo un rosario de ámbar.

—Hasta que lo encuentre la policía, querrá decir —rectifiqué basándome en lo que antes me había dicho.

No lo entendió, o bien hizo caso omiso. Siguió dando la vuelta al rosario.

—Nosotros también buscamos al asesino. Sea quien sea el culpable, está claro que no nos hizo ningún favor. Y ya ves, ¿qué es lo primero que piensa la policía? Piensa en nosotros. Ni se les ocurre preguntarse para qué mataríamos al director de una película en la que hemos invertido. ¿Somos tan imbéciles como para traer al hombre desde Alemania y después matarlo? ¿O es que creen que nuestra mano no llega hasta allí? ¿Qué se piensan que somos? ¿Qué se imaginan, que si lo hubiéramos querido matar, no lo habríamos hecho en la misma Alemania?

Como es natural, cada uno ve las cosas desde su perspectiva.

—¿Por qué se metió en este negocio? —pregunté.

—El marido de mi hermana Yakut me lo pidió. Pensamos que eso le ayudaría a abrirse camino.

Por fin habíamos tocado el tema de su consuegro Yusuf, tantas veces mencionado. Pero antes quería resolver otro asunto.

—¿Quién es «nosotros»? —pregunté, esperando que saliera de algún rincón la persona que se divertía jugando al escondite.

—¿Cómo «nosotros»?

—Es que habla en plural. Acaba de decir: «Pensamos que eso le ayudaría a abrirse camino». ¿A quién se refiere?

Yo tenía la mirada fija en la oscuridad. Mesut se señaló con la mano y dijo:

—Aquí está «nosotros».

—¡Ah!

Hablaba de sí mismo en plural. A mí me trataba de «tú» y a sí mismo de «nosotros»: un método para mantener las distancias entre los campesinos y el terrateniente.

Eché la mitad del *whisky* que había preparado en mi vaso y la otra mitad en la mesa, bebí un buen trago y le recordé dónde lo habíamos dejado para que siguiera contando.

—Me decías que te habías metido en ese negocio por el marido de Yakut.

No tenía sentido inflarle más su desagradable ego ni seguir tratándolo de usted por culpa de esa absurda educación mía. A partir de aquel momento, él también era para mí una segunda persona del singular.

—¿El marido de Yakut? —Frunció el ceño y vaciló por un momento como si intentara recordar o como si no lograra acordarse de su nombre—. ¡Ya lo tengo,

Yusuf! El marido de Yakut se convirtió al islam y escogió el nombre de Yusuf. En realidad, es alemán.

Al decir alemán, se acordó de que yo también lo era y volvió a examinarme de los pies a la cabeza.

—Tú también eres alemana, pero hablas bien el turco —dijo. He de confesar que Mesut empezaba a ganarse mi simpatía.

—No hubo manera de que nuestro Yusuf lo aprendiera. Es verdad que en su casa Yakut le habla en alemán. «Chiquilla, déjale que aprenda turco», le decimos. No nos hace caso. Nuestra hermanita habla bien el alemán y también el francés. Nuestro hermano mayor Maksut, que Dios le bendiga, es clarividente. «Quiero que esta chica tenga estudios», dijo. ¿Ha hecho mal?

—Es más importante que estudien las chicas —dije.

El aprendiz de dieciséis años de mi peluquero siempre me lo dice. Se siente orgulloso, y con todo el derecho del mundo, de trabajar para pagar los estudios de su hermana.

—Claro que es más importante —ratificó—. El hombre, aunque sea cargando piedras, siempre se gana la vida. Pero ¿qué puede hacer una niña? ¿Prostituirse, con perdón?

En aquel momento, acababa de comprender después de tantos años a qué se refería el aprendiz de peluquero cuando me decía: «Es más importante que estudien las chicas». Qué ideas más raras tenían turcos y kurdos.

—Nosotros tenemos tierras y bienes, siempre procuramos que no les falte nada. Pero nunca se sabe lo que Dios nos tiene reservado. No hay que decir adonde se ha llegado, sino adonde se llegará.

—Yusuf... —dije otra vez para volver al tema principal, pues ya estaba bien de tanta filosofía barata.

Me miró extrañado, como si pensara que ese tema ya estaba cerrado.

—¿Yusuf? —dijo.

¿No había manera de hablar con una misma persona diez minutos seguidos sobre el mismo tema? Cuando se acordó de dónde había dejado la conversación, prosiguió:

—Yusuf tenía su trabajo en Alemania. Pero al venir aquí, como no conseguí aprender turco, ¿qué podía hacer el pobre? No quisimos que trabajara para Yakut: el que es hombre no trabaja para su mujer. Sería inadmisibile. Entonces pensamos en montar algún negocio con alemanes, algo adecuado para Yusuf, claro. El chaval toca el piano, ¿sabes? Se interesa por el arte. Él nos propuso meternos en la producción, y creímos que no era mala idea. Si hubiéramos sabido lo que nos esperaba... —Movié la cabeza como si estuviera harto—. Las desgracias vienen de donde uno menos se lo espera.

—No sé si a ti te llamó la atención, pero hay algo que no cuadra en todo eso. El escritor de la obra que habéis adaptado es muy famoso. Encabeza las listas de venta. La obra tuvo mucho éxito, está traducida a treinta lenguas, y muchos la han leído. En

cambio, vuestro director... Quiero decir, el que iba a ser vuestro director, Kurt Müller, fue un cineasta mediocre. No tiene ni una película mínimamente buena, sólo hizo películas comerciales. Es algo que me tiene intrigada desde el principio: ¿por qué se escogió a Kurt Müller para que dirigiera la película?

—Se ve que es muy famoso. Me lo dijo Ali, nuestro abogado. Ya veo que tú también lo sabes. Hemos hablado esta tarde con Ali. Le preguntamos a Yusuf de qué iba todo aquello. Nosotros no nos hemos ocupado de esos asuntos. Yusuf es el que cerró todos los tratos, el que viajó a Alemania. Estamos muy ocupados. No podemos estar en todo. Lo dejamos en manos de Yusuf. No intervinimos en absoluto.

—¿Qué dijo Yusuf? ¿Por qué ese director para ese guión?

—Dijo que nos metimos en el negocio gracias a este italiano. Se ve que la productora alemana había comprado la película y buscaba socios turcos.

—¿Quieres decir que compró los derechos para adaptar la obra al cine?

—Sí, sí. O algo parecido. Y entonces Yusuf pensó que eso sería un buen principio para nosotros. Ese director, en aquel entonces, aún no había hecho su aparición. Nosotros no estamos muy bien informados. Mejor que hables de eso con Yusuf —dijo, y después inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo y la giró hacia la derecha, en un ángulo que quería decir: «Pero ¡qué estoy contando!»—. ¡Vaya, nos olvidamos del motivo de nuestra visita!

Ya había observado antes que, cuando las personas, y sobre todo los hombres, estaban conmigo, se les soltaba la lengua, me contaban un montón de cosas que no deberían contar, hablaban más de la cuenta, se descontrolaban. Aunque últimamente había batido mi propio récord: cada hombre que pisaba el salón de mi casa empezaba a cantar.

—Olvídate de Yusuf, de quién es el asesino: no son cosas hechas para ti. Ocúpate de tus asuntos. Que no vaya a pasar algo indeseable de lo que acabemos lamentándonos —me advirtió frunciendo el ceño.

Se levantó y me extendió la mano.

—Gracias por el *whisky*. Sentimos haberte molestado. Si necesitas algo, no dudes en llamarnos —dijo, y me dejó en la mano la tarjeta que sacó del bolsillo. Ignoraba que los «capos» tuvieran tarjetas de visita.

—Anótate también el móvil. Es mi número privado. Sólo lo conocen unos pocos compañeros.

Sacó una pluma Mont Blanc del bolsillo interior de la chaqueta, de las que son negras y gruesas, y me la dio.

Justo cuando Mesut Mumcu se dirigía hacia la puerta para marcharse, dije:

—Quiero hablar con Yusuf.

Se volvió hacia mí y enarcó una ceja.

—Yo no tengo ninguna objeción, aunque no sé qué dirá Yusuf.

Estábamos en el recibidor, frente a frente. La luz de la lámpara le iluminaba toda la cara. Me miró de arriba abajo con ojos seductores y me dedicó una media sonrisa

por lo que él mismo acababa de decir, sin que ello afectara a la expresión seria de la cara.

Me alejé de él y me tapé la boca para que no notara mi olor a ajo.

—Lo digo en serio.

Se encogió de hombros.

—Nosotros también —dijo—. Ven a vernos por la mañana y hablaremos. Tú habrás visto a Yusuf, y nosotros, a ti.

Iba hacia las escaleras cuando pregunté:

—¿A qué hora? ¿Dónde está la casa? ¿Cómo voy a encontrarla?

—Diremos a los chicos que vengan a buscarte. Nada de pánico. Tranquila, guapísima —fue lo último que dijo antes de desaparecer por las escaleras.

Después de marcharse Mesut Mumcu, ni me metí en la cama, pues sabía que de todos modos no iba a pegar ojo. Me bebí otro *whisky* mientras miraba derretirse los cubos de hielo. Si bien no había resuelto el asesinato, gracias a mis admiradores —un conjunto de policías y de mafiosos—, no se podía considerar que hubiese estado perdiendo el tiempo. En lugar de que me recibieran los gatos, como les pasa a las mujeres de Cihangir que viven solas, los capos de la mafia me esperaban en el salón de la casa. En ese sentido estaba en mejor situación que muchas de las mujeres que vivían solas. De tener la posibilidad de escoger, ¿qué mujer no preferiría un hombre a un gato? Eso sí, siempre que se trate de una alternativa real. No me refiero a tener que escoger entre un gato y un hombre alemán sin pelos en el cuerpo, rubio y ecologista.

A pesar del somnífero de color rosa, concilié el sueño cuando ya despuntaba el día.

Me despertó el timbre de la puerta.

Entreabrí un ojo y miré el reloj de la mesita: indicaba las 10.50. Fuese de quien fuese el dedo que pulsaba el timbre, parecía que se le había pegado al botón: sonaba de manera continua. Puse todo mi empeño y logré levantarme de la cama, arrastrarme hacia la puerta y asomarme por la ventana para ver quién estaba abajo. Era alguien desconocido.

—¿A quién busca? —grité.

—A la señora Kati.

—Yo soy Kat.

—Vengo de parte del señor Mesut, vengo a buscarla. Está esperándole.

«Estupendo», pensé. Se suponía que me levantaría pronto para prepararme. Una vez más había parado la alarma y había seguido durmiendo.

—¿Puede esperarme un poco? Bajo en un momento —dije y, sin perder más tiempo, corrí hacia el dormitorio. Se ahorra mucho tiempo corriendo dentro de casa.

Al fin y al cabo, tengo una casa tan grande como cuatro pisos alemanes.

Decidir qué ponerme me llevó diez minutos, y pintarme, otros tantos. Al final, cuando estuve lista y bajé a la calle, pensaba que el hombre, cansado de esperarme, se habría marchado. Sin embargo, me equivocaba: el chófer debía de haber tenido que superar muchas pruebas de resistencia esperando a las mujeres del entorno de Mesut junto a la puerta de las peluquerías, puesto que los veinte minutos de espera en la calle no parecían haberle afectado en absoluto. Me abrió la puerta trasera del Jaguar último modelo y me invitó a entrar con una delicadeza que no pegaba nada con su corpulencia ni con la cicatriz que le atravesaba la cara desde la mejilla derecha hasta la ceja.

En el coche sonaba una marchosa canción popular a todo volumen:

Piensas, piensas, tú piensas mucho.

¿De tanto pensar no te cansas?

Di *hop*, a ver.

Di *hop*, a ver.

Dame la mano, a ver qué dice

De tus amores y de tus penas.

Leeré en tu mano, a ver qué dice.

Antes de arrancar el coche, gritó para que pudiese oírle:

—¿Le molesta la música, señora?

—¿Podría bajar un poco el volumen, por favor? —grité como respuesta.

No volvimos a hablar.

Tras haber pasado por delante de los vigilantes de la imponente puerta, cuando paramos delante de la villa a la orilla del mar de Yeniköy, me apresuré a bajar del coche antes de que el chófer viniera a abrirme la puerta. En la escalera de la villa, nos esperaba una mujer con una minifalda blanca y camiseta blanca, esto es, vestida de sirvienta. Al verme bajar del coche, se puso a caminar hacia mí, o mejor dicho, a dar sal ti tos como los de un pajarito, y con un acento tan fuerte que costaba comprenderla, me dijo:

—Bienvenida, señora Kati. El señor Mesut la espera.

Toda ella, con la excepción de su acento, ponía de manifiesto que había venido a trabajar a esa ciudad desde Rusia o desde alguna parte de los Balcanes. Su acento no parecía eslavo, aunque no supe identificarlo.

—¿Dónde está el señor Mesut?

—Pase —dijo indicándome la puerta que había al final de la escalera. Al tiempo que subía las escaleras de mármol siguiendo los pasos de la mujer, miré a mi alrededor con ojos escrutadores. Había un vigilante en cada esquina del jardín, sin contar la caseta de vigilancia de la entrada. Sentía curiosidad por saber si la antigua primera ministra Tansu Çiller, que vivía en una de las villas vecinas, estaba tan

rigurosamente vigilada.

En cuanto pasamos por la puerta, la mujer levantó la mano derecha.

—Por aquí, por favor —dijo. En mi opinión, se había aprendido de memoria las cinco o diez frases necesarias para guiarme. Una persona capaz de construir una frase no podía tener un acento tan raro. Seguí sus pasos, guardándome las preguntas que me intrigaban sobre el tema del idioma con el que se comunicaba, no tanto con Mesut, sino sobre todo con sus hombres.

Cuando entramos en el salón —mi casa, de cuya amplitud estaba tan orgullosa, parecía una cocina de chabola al lado de aquélla—, se me escapó un «¡uf!».

—Resulta inverosímil, ¿verdad? —dijo la mujer.

Era sorprendente que en el vocabulario de una mujer que había memorizado cinco o diez palabritas constara la palabra «inverosímil».

—Es realmente impresionante, vivir aquí es vivir en el paraíso. Contemplar el Bósforo alarga la vida de la persona. ¿Cuántos años hace que vive aquí? Calcúlelo y lo añada a la vida que le queda —dije lo más deprisa que pude. La razón por la que dije tantas barbaridades era para comprobar si lograba entenderme.

—Hace dos años que vivo aquí, señora.

Me había entendido.

—Quiere decir que trabaja aquí desde hace dos años, pero supongo que hace más tiempo que está en Turquía.

Si había aprendido turco hacía tan sólo dos años, no podía comprender lo que acababa de decirle.

—Pues no. Vine de Bulgaria y empecé a trabajar aquí.

—Pero ¿dónde aprendió turco? —pregunté sorprendida y envidiosa.

—Hablo en turco con los demás compañeros. Con el tiempo, todo se aprende —contestó como si fuera la cosa más natural del mundo aprender el idioma de oídas—. Aunque el turco es bastante difícil, la verdad —tuvo el detalle de añadir.

Ahora me daba cuenta de que, en efecto, no hablaba con ese acento eslavo que suele molestar al oído a partir de la segunda o tercera palabra, sino que hablaba turco como los kurdos que se lo habían enseñado. Mi amigo de la ciudad kurda de Hakkari me había explicado que los que hablan el turco con el acento más marcado son los que viven en ciudades como Diyarbakir, donde conviven con una amplia población turca. En cambio, en las regiones en las que los únicos habitantes turcos son los funcionarios del Estado, como en Hakkari, donde no aprenden turco en la calle sino en las escuelas, los kurdos hablan un turco sin acento.

Si se tiene en cuenta que el turco de la chica le daría cien vueltas al alemán de Baviera, la mayoría de los ocupantes de la casa debían de provenir de Diyarbakir y sus alrededores.

—Usted siéntese; yo avisaré al señor Mesut.

Antes de que se alejara dando saltitos con una energía sorprendente para su edad, le pedí esperar en la terraza.

Estaba fumando y contemplando absorta la costa opuesta, cuando vino Mesut envuelto en un albornoz blanco y gritando:

—¡Qué alegría tenerla por aquí!

No estrechamos las manos.

—Nos ponemos algo encima y enseguida venimos. En cuanto nos despertamos, nos metemos en la piscina, ya sea invierno o verano, haga el tiempo que haga, siempre que no estemos en chirona, claro.

Dio unas fuertes carcajadas, y yo le acompañé en la risa. En esos ambientes, nunca se sabe cuál puede ser la causa de una desgracia.

—¿Has desayunado?

Dije que no moviendo la cabeza a un lado y otro.

—Bien. Desayunaremos juntos. Les diré que vayan preparándolo. Aquí pegará el sol, mejor vamos a la parte lateral.

Se alejó mientras no paraba de dar órdenes a los dos hombres que no se separaban de él. Por lo visto, Mesut y yo llevábamos el mismo ritmo de vida. Ambos nos despertábamos hacia mediodía.

Apenas pensé en ello, tuve un sobresalto. ¿Y la tienda? Me había olvidado de llamar a Pelin. Después de levantarme empujando con dificultad la pesada silla de hierro, justo cuando había dado un paso para entrar en el salón, un tipo corpulento me cortó el camino.

—Dígame, señora.

—Yo... Quiero... Quería hacer una llamada —dije atónita.

No me había percatado de que me vigilaban.

—Usted siéntese; yo le traigo el teléfono, señora.

Di vuelta atrás y me senté. La villa amueblada con gusto exquisito, el personal de servicio y las antigüedades contrastaban de manera muy curiosa con esos hombres armario. De acuerdo, Mesut en sí era un mundo de contradicciones, pero aun así me resultaba excesivo. Sentí curiosidad por saber si era Mesut quien le había dado la orden de seguirme. No creía que en ese mundillo, la gente actuara con iniciativa propia. Aunque no fuese directamente Mesut, alguien debía de haberle dado la orden de vigilarme. ¿Qué se pensaban, que les iba a robar la cubertería de plata?

En un abrir y cerrar de ojos, el forzudo se encontraba delante de mí con el teléfono en la mano.

—Puede marcharse —dije.

—Usted puede llamar.

Llamé a Pelin con el tipo plantado junto a mí. Se me cruzó por la cabeza, para vengarme, llamar a Australia a mi amiga Cindy y mantener una extensa conversación con ella. ¿Por qué no se largaba de una vez?

Cuando Mesut entró vestido de un traje de lino de color crudo y una camisa a rayas fucsia y beis, di un respiro de alivio contenta de librarme del hombre. Unas veinticuatro horas antes, si alguien me hubiese dicho que la llegada de Mesut me

produciría alivio, le hubiera contestado: «¿Se te ha ido la olla o qué?». La vida estaba llena de sorpresas.

—Ven, pasemos al otro lado —dijo mientras me guiaba con su mano en mi cintura.

—Yusuf también vendrá, le hemos avisado. Le preguntarás lo que quieras.

Me lo había dicho con aires de un hombre no sólo acostumbrado a satisfacer la demanda de abrigo de piel, sino a cumplir todas las exigencias de las mujeres, y mientras me hablaba, deslizó la mano que me agarraba un poco más abajo.

—Pero antes que nada tienes que prometerme no arriesgar tu vida.

—Te lo prometo. No me arriesgaré —contestó. Al fin y al cabo, ni siquiera mi madre estaba tan preocupada por mi salud.

Cuando apareció Yusuf, habíamos acabado de desayunar y nos limpiábamos la boca con las servilletas almidonadas, en compañía de cuatro escoltas que nos daban la espalda y que parecían mirar fijamente a un punto concreto del horizonte. Saludó inclinándose como alguien del Extremo Oriente. Preguntó a Mesut en inglés cómo estaba. Como respuesta, Mesut le indicó por señas que lo dejara y, señalándome, me presentó en inglés:

—La queridísima señora Kati.

Con esos turcos y kurdos, es decir, con la gente de Turquía, las cosas iban así de deprisa. Costaba adivinar el tiempo que una tardaría en convertirse en «queridísima».

—Quiere hacerte unas cuantas preguntas acerca de la película —dijo, se levantó y se marchó tras pasear muy deprisa la mano por mi espalda.

Nos quedamos durante un tiempo silenciosos, examinándonos delante de la mesa con los platos vacíos o medio vacíos del desayuno.

—¿Así que también es alemana? Hay muchos alemanes que viven en este país. Los que se establecieron en lugares como Alanya, unos cincuenta mil. No tanto como en Mallorca, pero, incluso así, somos bastantes. —Se llevó un trozo de queso a la boca—. ¿Por qué te interesa tanto la película? —me preguntó sin esperar tragarse el queso. ¿No le habían enseñado de niño que no se debe hablar con la boca llena? ¡Qué imagen más desagradable, por Dios!

—No me interesa la película, sino el asesinato.

—En tal caso, ¿por qué te interesa el asesinato? Me gustaría saberlo.

Todas las personas con las que me encontraba me preguntaban lo mismo, y yo todavía no había hallado una respuesta convincente. Repetí la misma tontería de antes:

—En cierto sentido, mi amiga Petra Vogel está implicada en el homicidio. De hecho, no está implicada; pero una se queda impresionada. Todos queremos que encuentren al asesino cuanto antes.

—Por supuesto. ¿Has visto todo el embrollo que tuvo mi cuñado? Así por las buenas, por mi culpa.

Tuve la sensación de que el único problema del hombre no era no saber hablar

turco.

—Usted ¿por qué se ha metido en ese asunto de la película?

—Porque me gustaba. Había llegado el momento de hacer algo. Aún soy demasiado joven para jubilarme.

—No es eso. Me refería a por qué escogió esa película en particular.

—Según nos informaron, la productora alemana Phoenix Film Productions, poco tiempo después de su publicación, compró los derechos de la adaptación cinematográfica del libro de Donetti, en los buenos tiempos de la productora. Cuando contacté con ellos a través de unos amigos, la situación financiera de la empresa había empeorado. El proyecto habría sido su salvación y una manera segura de lanzarnos al mercado. Nosotros disponíamos del dinero necesario para llevarlo a cabo, y ellos, de la experiencia suficiente para poder realizar una buena producción. No es una mala combinación, ¿verdad?

—Lo que me tiene intrigada desde el principio es cómo estando usted tan ilusionado..., sobre todo porque la película iba a ser su debut y el salvavidas de su socio..., en fin, ¿por qué alguien como Kurt Müller?

—Al principio no se mencionó el nombre de Kurt Müller. Como acabo de explicarle, teníamos el libro, el guionista y el guión. Nuestro socio, el señor Franz, insistió en que Petra Vogel fuera la protagonista. Yo hubiese preferido que fuera otra persona, pero... —No acabó la frase.

—¿Quién, entonces? ¿Türkân Soray, por ejemplo? —pregunté con ironía.

—¿Y por qué no? Ha leído la novela, ¿no? —Levantó la mano y la agitó en el aire. El mismo rubio que hacía un rato no se separaba de mí surgió de repente.

—Café —dijo Yusuf.

El forzado se esfumó, como si estuviéramos enfrente de la versión mala de Aladino.

—No lo he leído, pero sé de qué va. Es la historia de una esclava traída de Venecia que llegó a ser sultana. Si no me equivoco, la obra se centra en el período en que la protagonista se halla en la mediana edad.

—No se equivoca. Ya ve, también a usted la sultana de mediana edad le hizo pensar de inmediato en Türkân Soray.

—«Mujer mayor» sería más apropiado para definir a Türkân Soray —repliqué. No tenía absolutamente nada en contra de aquella estrella turca, apodada «la sultana», de ojos húmedos y labios temblorosos; pero, como alemana que era, consideraba un deber decir la verdad, por dolorosa que ésta pudiera resultar.

—O si no, Gülsen Bubikoglu sería otra posibilidad.

Aunque había pronunciado bastante mal el nombre de la pobre mujer, se veía que estaba al día acerca de las estrellas del cine turco.

—Pero imaginarse a Petra Vogel como sultana... —dijo. Con una mueca de disgusto, prosiguió—: Si no ha leído el libro, no puede comprenderlo. La sultana Handan en cuestión fue la favorita de Mehmed III y la madre de Ahmed I. Los

historiadores no se ponen de acuerdo acerca de su país de origen, pero Donetti sostiene que fue veneciana, al igual que la sultana Safiya. En buena parte de la obra, se relatan las confrontaciones entre la sultana Safiya y la sultana Handan, así como las intrigas de palacio. Cuando a los catorce años, el hijo del sultán llega al trono, Handan toma el control del palacio y más tarde ordena que lleven a la sultana Safiya junto con la práctica totalidad de su harén a Eski Saray. Pero ella no vive el tiempo suficiente para disfrutar de los buenos tiempos. Muere dos años después de la llegada al trono de su hijo. Handan tiene una vida triste. Cuando Mehmed llega al trono, no es más que un asesino de sangre fría que manda ahogar a diecinueve hijos de sultán a la vez; sin embargo, es uno de los sultanes que mejor formación recibió. Handan libra una gran batalla para seguir en pie frente a una mujer como la sultana Safiya, por un lado, y un sultán como Mehmed III, por el otro; y justo cuando el espectador piensa que por fin sale victoriosa, ella muere.

Me había molestado escuchar la palabra «espectador». Yusuf parecía haberse involucrado en cuerpo y alma en ese negocio cinematográfico, y además parecía conocer a la perfección el argumento. Siguió contando con vehemencia:

—Es verdad que la sultana Handan no es una mujer oriental, pero las intrigas de palacio... Ya sabe, se denominan «intrigas bizantinas». Y los historiadores sostienen que los otomanos se apropiaron de aquel rasgo bizantino. Es decir, para adaptarse a ese mundo... No sé cómo explicarlo, como el bizantino, romano, el mediterráneo... Llámelo como quiera; pero, francamente, todo menos alemán. No es un papel que pueda interpretar una alemana, no es un mundo en el que pudiera haberse sumergido —dijo como si lo afirmara con conocimiento de causa—. Por eso la señora Vogel no me convenció desde el principio. El señor Franz insistió.

—Un momento. ¿Quién era Franz?

—Nuestro socio. El dueño de Phoenix Film Productions.

—Perdone. Oigo tantos nombres que me cuesta retenerlos todos.

—Una actriz oriental, es decir, una turca... Aunque en mi opinión, los turcos, más que orientales, son mediterráneos... En fin, sostuvieron que una turca resultaría demasiado natural para el papel. Dado que la sultana Handan era veneciana, no debería actuar como una auténtica oriental. No sé si me explico.

—Tiene cierta lógica, dado que la mujer no debe actuar como si estuviera en su entorno natural. No he leído la obra, pero lo puedo comprender.

A pesar de todo, imaginarme a Petra como una sultana me costaba aún más que imaginar que una mañana me despertaba sin las arrugas que tenía alrededor de los ojos.

Una mujer vestida de sirvienta apareció con dos cafés turcos y dos vasos de agua. Mientras los dejaba encima de la mesa, le dije:

—No me ha preguntado cómo lo quería.

¡Qué fallo!

—Me dijeron que se lo toma medio dulce, señora. Mandaré preparar otro.

—De acuerdo. Lo quiero sin azúcar, por favor —dije como si fuera una sultana en su ambiente natural. La sirvienta se había alejado cabizbaja.

—¿Cuántos años hace que está en Turquía? —preguntó Yusuf.

—Bastantes, unos trece años.

—Tiene superado el problema del turco.

—Todo se aprende con el tiempo —respondí, como si no le concediera importancia alguna. A juzgar por la manera de escrutarme con ojos envidiosos, debía de ser tan susceptible como yo en el tema del turco.

Reemprendió su relato desde donde lo había dejado:

—El señor Franz insistió en Petra Vogel. Estaba empeñado en que ella era la única actriz capaz de estar a la altura de aquel papel. Yo no soy un profesional, y ésa iba a ser mi primera película —dijo apoyando la cabeza en la mano con el puño cerrado.

—Primera, pero no última. De todos modos, supongo que acabará por encontrar otro director y se seguirá con la película, o mejor dicho, se empezará a rodarla.

El pobre hombre me daba aún más pena que cuando me había enterado de que había tenido que someterse a la circuncisión para convertirse al islam.

—Ya tenemos gastado para la película mucho más de lo planeado. Los permisos tardaron en llegar. Para filmar en el harén del palacio de Topkapi, se necesitaba un permiso especial que tardó mucho más de lo que nos esperábamos. El decorado y el vestuario son muy caros. Ya sólo pagar la factura del hotel supone un enorme gasto. Parte de los que participarán en el rodaje de la película vienen de Alemania. ¿Se imagina? Ni siquiera el iluminador es de aquí. Encima, íbamos a participar en certámenes internacionales, y por culpa del asesinato la película no acabará a tiempo.

Había pronunciado esa frase como si al protagonista le hubiera salido un grano en la punta de la nariz.

Bastantes problemas tenía yo como para escuchar los suyos. Le interrumpí con un gesto de impaciencia.

—Volviendo a mi pregunta: de acuerdo, Franz insistió para que dierais el papel principal a Petra; pero no veo qué tiene que ver Kurt Müller con todo esto.

Aquella vez la sirvienta búlgara que había aprendido de oído el turco de Diyarbakir me trajo el café. Le di las gracias con una sonrisa.

—Según el señor Franz, fue Petra quien propuso a Müller. Le dijo que juntos trabajarían en armonía. Puede que ella lo haya planteado como una condición. Y el señor Franz no se opuso porque la ayudante del director, la señora Bauer, es una persona joven y con mucho talento. En mi opinión, ella debía haber sido la directora, pero como acabo de decir, es joven y le falta experiencia. Se decidió que no se le podía dejar una producción de semejante magnitud.

El dinero lo ponía Yusuf, pero aparentemente el que llevaba la batuta era Franz.

—¿Qué tipo de películas había dirigido Müller?

—Del montón: películas de género fantástico, de amor y cosas por el estilo. No

son muy malas, pero tampoco tienen nada especial. Tengo la lista de todas sus películas y también las cintas, ya se la daré. Pidió poco dinero, y eso ha sido un punto más a su favor. En vez de apostar por un director prestigioso, caro y famoso, preferimos que todos los demás colaboradores fuesen de los mejores. Formamos un equipo muy bueno. Por ejemplo, nos asesora Serdar Parlar, de la Universidad de Bogaziçi; la señora Bauer tiene un talento excepcional. En cierto sentido, no dimos a Müller la oportunidad de fracasar.

—Si no me equivoco, toda película va acompañada del nombre del director.

—Por supuesto, a Müller se le había presentado una gran oportunidad, pero al director no le quedaba mucho que cambiar. Ahí tenía el guión escrito, el equipo formado; aunque hubiera sido Einstein, poca cosa habría podido cambiar. Müller estaba suficientemente experimentado como para cumplir con lo suyo. Tampoco es tan desastroso..., o «era» desastroso.

—En definitiva, según tengo entendido, Müller había dado un primer paso hacia su proyecto más sensato gracias a Petra.

—Exacto.

—Al contrario de lo que acostumbra a pasar. ¿Normalmente no es el director el que impone la estrella con la que quiere trabajar? Fassbinder siempre trabajó con Hanna Schygulla, por ejemplo.

—Cuando la estrella es lo bastante famosa, también ella escoge al director. No hay ninguna norma que diga quién tiene que elegir a quién. El señor Franz pensó que la señora Vogel no quería quedar a la sombra del director. En el mercado del cine, las relaciones entre las personas son demasiado complejas. Es difícil adivinar qué es lo que persigue cada cual.

—¿Por qué se metió en ese negocio?

—Ya se lo dije. Algo tenía que hacer, y pensé que ser productor sería un trabajo adecuado para mi forma de ser. La familia, hiciera el trabajo que hiciera, iba a proporcionarme el capital para iniciarlo —explicó. Después, a la vez que fruncía el ceño, me preguntó—: ¿Por qué? ¿Qué tiene de raro ser productor?

—No. No me refiero a eso. Pero ¿por qué esta película en particular?

—Desde el punto de vista comercial, era un proyecto inteligente. Y sigue siéndolo —dijo. Continuó con una voz que denotaba que no había perdido todas las esperanzas —: Antes que nada, tenemos muchas probabilidades de hacer taquilla en Turquía; como sabe, últimamente ha aumentado el interés por las sultanas y cosas por el estilo. Las novelas históricas encabezan las listas de venta de libros. Además, esa novela, la de Donetti, ha sido un superventas en todo el mundo, y pensé que el que hubiera leído la novela iría a verla aunque sólo fuera para comparar una con otra. Y por último, Estambul está de moda, su popularidad aumentó como nunca antes se había visto. ¿Qué se cree, que es casualidad que todos los famosos hagan una escapadita a Estambul?

—Veo que entiende de negocios.

—En Alemania trabajaba de asesor financiero. No practico esa profesión aquí, pero entiendo de financiación y de proyectos rentables. Tengo buen olfato para el dinero.

Si se toma en cuenta que la de asesor financiero es una profesión prestigiosa en Alemania, era terrible pensar que se había rebajado a aprendiz de productor, marido y cuñado de mafiosos. No obstante, no tenía la intención de pasarme el día escuchando sus problemas entristecedores.

—Lo siento, tengo que ir al lavabo —dije.

A esas alturas, a nadie sorprendió que, nada más levantarme, apareciera el forzudo rubio.

—¿Qué desea, señora?

Una de dos, o había ido ganándome el respeto de la gente que me rodeaba, o al forzudo la sirvienta le había echado una buena bronca por no haberme tenido la suficiente consideración y haberse olvidado de preguntarme cómo tomaría el café. La última posibilidad me parecía más factible.

—Lavabos —dije sin rodeos.

El gigantón se inclinó y me ofreció el brazo derecho.

—Por aquí, señora.

Los ocupantes de esa casa se comportaban y usaban palabras muy parecidas, parecían haber sido cortados por un mismo patrón.

Me acompañó hasta la puerta del lavabo. Y, cuando salí, me lo encontré limpiando el espejo con la manga de su chaqueta.

Cuando volví con el forzudo, Yusuf contemplaba el Bósforo al tiempo que se mordía las uñas.

—Lo ocurrido ha sido muy desafortunado —dijo como si estuviera hablando consigo mismo—. Después de haber entrado en tantos gastos, se tendrá que volver a empezar de cero. Aún no he calculado la cifra exacta, pero... Hemos tirado la casa por la ventana. Y seguimos derrochando.

—Aún está a tiempo de terminar la película.

Tenía la impresión de que iba repitiendo siempre lo mismo como un disco rayado.

—Hemos pagado por adelantado. Es difícil que Phoenix pueda levantar cabeza después de lo ocurrido. De todos modos, su situación no era muy buena. Y para rematarlo, nos convertimos en sospechosos de asesinato. Yo no, sino mi cuñado Mesut.

—No creo que los Mumcu se hundan por tan poco.

Me agaché para recoger el pequeño bolso de color calabaza que había dejado al lado de la silla. Yo estaba de pie con el gigantón a mi lado. A pesar de ser consciente de que lo que hacía era de mala educación, pregunté a Yusuf:

—¿Por qué ese hombre siempre está pegado a nosotros?

—Por si necesitamos algo. Es una muestra de hospitalidad —dijo al tiempo que se encogió de hombros—. Me sorprende que me lo pregunte después de trece años.

—Estaba contento de darme una lección acerca de las tradiciones de la gente de esta tierra.

—Nos movemos en ambientes distintos —repliqué.

No se había dado cuenta de mi ironía.

—Aquí las diferencias entre las clases sociales están muy marcadas. En cambio, los alemanes nos parecemos más, ¿verdad? A mí tampoco deja de sorprenderme.

—Ya —dije para que viera que estaba completamente de acuerdo con él, moviendo la cabeza de arriba abajo mientras me levantaba—. Me marchó. ¿Puede avisar al señor Mesut, por favor? —pedí en turco al gorila.

—Siéntese un momento —dijo él, y entró corriendo.

Cogí el mechero y los cigarrillos de entre los platos del desayuno y volví a ponerlos en el bolso. Extendí la mano a Yusuf, y entonces él se levantó de golpe, muy preocupado. Era evidente que no había comprendido lo que había hablado con el gorila.

—¿Se va? No puede marcharse antes de que llegue mi cuñado —gritó inquieto.

—No se preocupe, esperaré a su cuñado —le tranquilicé, y en aquel mismo instante sentí el aliento de Mesut en la nuca.

—Nada de marcharse así, vamos a comer juntos —me susurró al oído.

Me volví hacia él. Ahora estábamos muy cerca, casi rozándonos.

—Acabamos de desayunar, señor Mesut. Ya comeremos en otro momento. Yo también tengo cosas que hacer —dije con aires de empresaria poderosa.

—Entonces la recogeremos en su casa a las ocho —dijo. Intercambió unas palabras en kurdo con sus hombres y, antes de que pudiera negarme, se alejó apresuradamente hacia las escaleras.

«Lo que me faltaba», pensé.

Capítulo 7

A las siete de la tarde, cuando me puse a mirar los vestidos del armario, sentada encima de la cama con el pelo y las uñas arregladas, pensando en que iba a cenar con Mesut, empecé a sentir náuseas. Aquella mañana tenía una excusa válida para desayunar con él: estaba allí para hablar con Yusuf. En cambio, esa noche cenaría *tête a tête* con un mafioso, sin más. Además, con tantos asuntos pendientes... Podía encontrarme con Petra y preguntarle dónde había conocido a Müller y por qué motivo le había propuesto como director, por ejemplo.

Por la tarde, después de llegar a la librería, encontré en internet el teléfono de Phoenix Productions. Hablé con el señor Franz haciéndome pasar por la comisaria de homicidios Leyla Batuhan. Supuse que nadie se tomaría la molestia de investigar la llamada; pero aun en el caso de hacerlo, sería muy difícil, si no imposible, que dieran conmigo. Ésa es otra de las ventajas que tiene ser lectora de novelas policíacas. Tuve la brillante idea de llamar al señor Franz desde las cabinas de Galatasaray. La única cosa que le hizo sospechar fue que hablaba el alemán tan bien como una alemana. Nadie es perfecto.

El señor Franz me confirmó lo que Yusuf había dicho: Petra había sugerido a Müller. No sabía si esos dos habían trabajado juntos en alguna ocasión, aunque creía que no lo habían hecho; pero no veía qué importancia tenía el hecho de que se conocieran de antes. El mundo era pequeño, y el mundo del cine aún más.

No creía que el señor Franz fuera el asesino, puesto que fue uno de los más perjudicados, junto con Mesut y Yusuf. En consecuencia, quedaba descartada mi teoría, que en un principio me pareció lógica, de que Mesut quería utilizar la película para hacer entrar heroína en otros países.

Me daba cuenta de que tenía que cambiar de táctica, fijarme en los que más se habían beneficiado de la muerte de Müller; pero hasta el momento, nadie... De repente, caí en la cuenta: la ayudante del director, la señora Bauer. ¿No había insinuado el señor Franz, durante nuestra charla, que la mejor candidata para terminar la película era la señora Bauer? «Disponemos de suficientes profesionales, podemos terminar la película sin tener que recurrir a otro director», había dicho, y yo había querido saber entonces a quién se refería con «suficientes profesionales». «Tenemos a una ayudante de director con mucho talento, la señora Bauer. Ella puede dirigirla», había respondido.

Eso no significaba que la única que hubiera salido ganando con la muerte de Müller fuera la señora Bauer, pero era cierto que habría ascendido gracias al asesinato. En tales circunstancias y hasta que no hubiera tachado el nombre de Bauer de la lista de sospechosos, no podía dejar que los detectives resolvieran el caso y volver tranquilamente a mi vida rutinaria.

Puede que el hecho de que Petra hubiera sido la persona que sugirió a Müller debería de haberme dado mala espina; pero cada vez que barajaba esa posibilidad, no podía evitar acordarme de cuando Petra había dicho con mucha vehemencia y sinceridad que no había nada en absoluto entre los dos. ¿Era realmente probable que Petra mantuviera una relación con Müller? Quizá el hombre la había engañado, o se habían peleado y... ¡Un simple crimen pasional! No quería ni pensar en la posibilidad de que Petra fuera capaz de matar por un asunto de cuernos. Y no hacía falta reflexionar sobre la hipótesis de la pelea, puesto que se trataba de un homicidio con premeditación, y no de un asesinato cometido en un arrebato. Nadie iría a la habitación de su amante pensando: «¿Y si nos peleamos?», llevando por si acaso tres cables y un secador del pelo retirado del mercado cuatro años atrás.

Al llevarme la mano a la boca para morderme las pieles de las uñas, me di cuenta de que habían desaparecido. Hoy había ido a manicura, y era el momento de elegir qué ponerme. Volví a fijar la mirada en el armario.

Cuando acabé de vestirme y me miré en el espejo una última vez, eran las 20.10 y aún no habían llamado a la puerta. Estaba claro: Mesut se había olvidado de la cita. A partir del momento en que empecé a sospechar que me había dado plantón, tener que cenar con Mesut, quien me había irritado desde el principio, se convirtió en el único objetivo de mi vida.

Hasta las 20.20 me consolé fumando e intenté convencerme de que se habría retrasado por culpa del tráfico. A las 20.22 tenía los nervios demasiado alterados para consolarme. A las 20.23 tenía los zapatos puestos y el bolso en la mano. A las 20.24 cerré la puerta con llave y me eché a la calle.

Iba demasiado arreglada para todos los lugares a los que podía ir sola, así que entré en el café Kaktüs, me senté a la barra y pedí un margarita. Me tomé cuatro.

Beberse cuatro cócteles margarita no dura tanto como uno se imagina. A las 21.50 estaba de vuelta en casa. Lo primero que hice fue ir al teléfono. Cuando vi la lucecita roja del contestador parpadear para avisarme de que tenía un mensaje, sentí una gran alegría. Podía significar la salvación de mi orgullo de mujer. Apreté el botón «*Neue Infos*». Del contestador que mi madre me había traído en una de sus primeras visitas salió una voz metálica de mujer que decía: «*Sie haben vier neue Nachrichten*».

El primer mensaje era de Petra, y lo había dejado justo después de haber salido yo a la calle. Me decía que no nos veíamos desde hacía dos días y quería saber por qué no la llamaba.

El segundo mensaje era de las 20.42, y lo había dejado mi propietario, que vivía arriba. Me decía que aún no había recibido el alquiler del mes, que no corría prisa, pero que, al ser la primera vez, se preguntaba si me pasaba algo.

El que había llamado a las 21.35 había colgado sin dejar ningún mensaje.

A las 22.01 me había llamado mi hermano mayor, que vivía en Göttingen. Mi madre había sufrido una subida de presión y se había encontrado mal en la calle. Estaba ingresada. Según los médicos, no había de qué preocuparse.

Me senté en la silla casi desplomándome. Lo que me faltaba. Mientras yo me enrabetaba por recibir plantón de parte de unos mafiosos, mi madre padecía en habitaciones de hospital.

Marqué, desesperada, el número de mi hermano, por si mi cuñada no había ido a Berlín y se encontraba en casa. Pensé que ella me informaría de los detalles. Después de que el teléfono hubiera sonado cinco veces, respondieron justo cuando estaba a punto de colgar.

—Hirshel —dijo mi hermano.

—¿Qué haces allí?

—¡Kati! —dijo con voz jubilosa—. Estábamos en el jardín, por eso he tardado en oír el timbre.

—¿No has ido a Berlín? ¿O es que mi madre está con vosotros?

—No. Han ingresado a mamá en el hospital Urban. ¿Por qué iba a estar yo en Berlín?

Me pareció que estaba borracho.

—Por la sencilla razón de que mi madre está ingresada.

—Ah. ¡No! No es nada grave. Se ve que se cayó sobre su pierna derecha y se rompió el tobillo. Dijeron que la gente mayor, a la más mínima caída, tiene roturas y cosas por el estilo. Aparte de eso, tiene el problema de la presión. Ya sabes, hace años que la tiene alta. Nosotros hemos hecho una barbacoa en el jardín con Ute, mi cuñada.

—Mañana viajaré a Berlín —dije.

—¿Para qué? —¡Vaya pregunta!

—Para ver a mi madre.

—¿Has perdido la cabeza? —exclamó asombrado—. Si ni siquiera voy yo, que estoy aquí.

—Me da igual, yo iré.

Había tomado la decisión en aquel mismo momento.

—A fuerza de vivir allí, tú... Nosotros no tenemos esas costumbres, la gente no acude a la más mínima enfermedad. Después de vivir tanto tiempo en aquel país del sur, te has vuelto tan exagerada como ellos.

—Mañana salgo para Berlín, Schalom. Si vienes, nos vemos allí.

Ese comportamiento mío siempre lo había sacado de quicio.

—De acuerdo —dijo, y colgamos sin despedirnos.

Tiré al suelo mis más bonitos vestidos, sin el más mínimo remordimiento, y me metí en la cama sin quitarme la pintura de la cara.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no pude acordarme de inmediato de la causa del disgusto que parecía haberse adueñado de mi ser. Poco después me acordé de mi madre, y a continuación del caso Müller, que no acababa de aclararse. Aparté de mi cabeza a Kurt Müller y salté de la cama. Cuanto antes me pusiera a buscar un billete para Berlín, mejor.

Sentí un dolor que poco a poco fue extendiéndose desde el lado izquierdo de mi cabeza. Repetí en voz alta que pronto desaparecería, mientras me acercaba al teléfono y llamaba a la agencia de viajes.

—Es imposible encontrar sitio en los aviones en esta época del año —dijo el hombre de la agencia en cuanto terminé de hablar.

—Tengo que ir sin falta, como muy tarde mañana.

—Como usted bien sabe, tanto nuestros emigrantes, por un lado, como los turistas, por otro, llegan en avalancha en esta época del año. ¿Y qué pasa cuando llegan? Pues que también vuelven. Lo veo muy difícil, francamente. A pesar de todo, déjeme comprobarlo y vuelvo a llamarla.

—De acuerdo. Usted lo comprueba y me llama. Estaré en casa.

—Que yo sepa, no hay ninguna posibilidad con los vuelos chárter, voy a mirar los vuelos regulares.

—Míreme incluso los vuelos con trasbordo, por favor. Tengo que ir como sea.

En cuanto colgué, fui corriendo al baño. La cara que miraba el espejo que había encima del lavabo se parecía a la cara de una venezolana que acababa de enterarse de que ha sido elegida Mis Mundo: toda la máscara y el resto de potingues que me había puesto se habían corrido por las mejillas. Me metí en la ducha.

Pude oír el timbre del teléfono, que resonaba en toda la casa, sólo después de cerrar el grifo. «Deben de estar llamando desde la agencia de viajes», me dije.

Me envolví en una toalla y, concentrándome en mis pies para no resbalar, corrí al teléfono. Era Yilmaz.

—¿Te has olvidado? Hoy es sábado —dijo sin darme tiempo de decirle: «¿Hola?».

—¡Yilmaz! Han pasado cosas horribles. ¿Dónde estás? Ven y desayunamos juntos, y al mismo tiempo...

Me dejó con la palabra en la boca:

—En el café de la mezquita, ¿dónde si no? En cinco minutos estoy allí.

Cuando empezamos a tomarnos «el té del placer», como lo llamaba Yilmaz, con los pies reposando en la barandilla del balcón, ya había acabado de contarle lo ocurrido en esos diez últimos días. No todo, sino lo justo y necesario. En aquel momento sonó el teléfono. Sentía el acuciante deseo de retirarme a un pueblo de montaña sin teléfonos, una vez hubiera resuelto todos mis problemas. Si es que aún quedaba un lugar así.

Llamaban de la agencia de viajes. Había un asiento vacante para el avión de las 13.45 de las Líneas Turcas. ¿Lo quería?

—Claro que sí —respondí.

—¿Cuándo quiere volver?

—Dentro de una semana, o mejor, no antes de diez días.

—Le sacaré un billete de quince días, entonces. Aunque los billetes de una semana salen más a cuenta... En este momento las Líneas Turcas salen más caras que Lufthansa. El billete de ida y vuelta para quince días cuesta 450 dólares. Con este precio no encuentran clientes, claro. Es lógico que la gente pida su privatización. Sus pérdidas son las pérdidas de todos. Antes había billetes para trabajadores, pero ahora tampoco existen. Es verdad que a usted, de todos modos, no se le podía hacer un billete de trabajador, a usted eso no le afecta.

—El precio no importa. Mi madre está enferma, tengo que ir como sea.

—¿Qué es lo que tiene?

Los turcos son así: resulte oportuno o no, siempre quieren compartir los problemas de los demás.

—No lo sé. La ingresaron, y no pude contactar con ella por teléfono. Lo sabré cuando llegue allí —dije para no alargar la conversación—. ¿Qué horarios hace? Lo digo para poder ir a buscar el billete —añadí.

—No hace falta que venga, ya lo recogerá mañana en el aeropuerto mismo. Usted ya está lo suficientemente preocupada, no se moleste en venir hasta aquí. Les diré que dejen su billete en el despacho de las Líneas Turcas.

—¿Cómo le pago?

—Ya lo arreglaremos cuando vuelva, no se preocupe por eso.

—De ninguna manera, haré una transferencia a su cuenta bancaria... si me dice cuántas liras turcas hacen 450 dólares.

—Los sábados los bancos están cerrados, señora Kati.

—Lo haré por internet.

El trato que me brindaba la empleada de la agencia mejoró aún más al enterarse de que hacía operaciones bancarias por internet. Tras contarme que su hija, que estudiaba tercero de medicina, era una auténtica fiera con internet, me dio el número de cuenta.

Volaba el día siguiente a mediodía.

Al volver al balcón, me encontré a Yilmaz leyendo absorto el periódico.

—Han vuelto a arrestar a Mumcu —anunció—. Aunque esta vez el motivo no tiene que ver con el asesinato.

En lugar de «¿Cuál es el motivo?», pregunté:

—¿Cuándo? —pregunté.

—Ayer por la tarde. En una batida de la policía motivada por una denuncia, encontraron dos pistolas sin licencia. Pasó la noche arrestado. El asunto Mesut queda zanjado. Lo dejaron en libertad condicional. Así que lo más probable es que vuelvan a encerrarle.

—No sé, puede que tengas razón —dije con una voz que denotaba indiferencia—. ¿Preparo café? —propuse a fin de tener una excusa para escaparme a la cocina.

Yilmaz miró la hora.

—No, gracias. A la una tengo que estar en la agencia. Tenemos una reunión.

Llevamos un ritmo de trabajo impresionante.

—¿Han despedido a gente? —pregunté. Durante el encuentro anterior, me había comentado que tenían previsto ajustar la plantilla.

Tras escuchar mi pregunta, se dirigió a la puerta farfullando malhumorado. Le seguí el paso.

—A nadie, de momento; pero ahí sigue la amenaza, como una espada de Damocles. La cosa está que arde. Si no hubiese perdido en la bolsa todos mis ahorros, hace mucho que me hubiese ido a vivir a un pueblo del Egeo. A mi edad, la situación resulta insostenible.

Me deseó un buen viaje, me besó en las mejillas y bajó apresuradamente por las escaleras.

Me preparé una buena taza de café y me senté a mi mesa de trabajo. Primero realicé a través de internet las transferencias del alquiler y del billete de avión. Quise aprovechar para, de paso, leer las noticias que había en los periódicos acerca de Mesut, pero el aparato funcionaba tan despacio que acabé desistiendo. Me pareció más lógico ir al colmado y comprar los periódicos.

Después de dejar internet, llamé a Petra. No estaba en su habitación, así que le dejé un recado. Justo cuando pensaba si tenía alguna que otra llamada que hacer, sonó el teléfono.

—¿Sigues enfadada conmigo? —preguntó Lale.

—No, no lo estoy —dije simplemente. A continuación, le conté lo de mi madre.

—¿Así que te vas mañana? ¿A qué hora?

—A las 13:45.

—¿Quieres que te lleve en coche al aeropuerto? De allí seguiré hasta al periódico.

—¿Irás a trabajar a las dos de la tarde, entonces?

Lale llegaba al trabajo como muy tarde a las ocho, los domingos incluidos. Además, sólo tenía un día libre a la semana, el sábado.

—Así es —dijo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, preocupada.

No creía que la enfermedad de su mejor amiga fuera razón suficiente. Estaba segura de que había algo más.

—No ha pasado nada. O quizá sí. Puede que sea por culpa de las maldiciones que me echaron los que despedí en los últimos cuatro meses con el pretexto de la crisis económica. Estoy harta, Kati. Me siento muy agobiada. Me arrepiento de haber vuelto de Nueva York.

—Acércate y vamos a tomar algo.

Era la primera vez que la escuchaba hablar de arrepentirse de haber vuelto. Debía de estar realmente muy agobiada.

—No puedo. Voy a recoger mi estudio. Está todo patas arriba. Necesito un poco de orden. Con el lío que tengo en la cabeza, me vendrá bien tener al menos mi espacio ordenado. Vente tú.

—No puedo, tengo que prepararme y también quiero ver a Petra.

—Salgamos mañana un poco más pronto para el aeropuerto, así tendremos tiempo de charlar un poco.

Apenas colgué, el teléfono volvió a sonar. Era Petra.

—Estaba en la piscina. Me has llamado. Qué buen tiempo hace, soleado, caluroso. No me daba cuenta de cuánto necesitaba unas vacaciones así —dijo. Faltó poco para que dijera que se alegraba de la muerte de Müller.

—¿Qué haces hoy? —pregunté.

—Durante el día, nada en especial. Por la noche, salgo a cenar con los compañeros del equipo.

Le conté que mi madre estaba ingresada y que me iba a Berlín. Y añadí con mucha astucia:

—Voy a cenar con vosotros esta noche, nos vemos allí. Es que ahora no puedo, tengo que hacer las maletas.

—¿No será un poco raro?

—¿Estáis invitados a una casa?

—No, iremos a un típico restaurante turco.

—Entonces no pasa nada. Los restaurantes son espacios abiertos al público, cualquiera puede ir.

Habían quedado a las siete en el hotel Noel Baba de Tarlabasi, donde se alojaba todo el equipo, con la excepción de Petra.

—Vente a mi casa y vamos juntas. El barrio del hotel al que tenemos que ir está muy cerca de casa —dije, y le pedí que buscara papel y lápiz.

Después de tirarme un buen rato delectreándole la dirección, observó con voz cansina:

—¿Qué dirección más larga!

—Porque no es sólo la dirección, sino que te he dado todas las indicaciones para llegar hasta allí, para que se las des al taxista.

—¿Para qué tantas indicaciones? Con la dirección sería suficiente —dijo completamente inmersa en su ingenuidad alemana.

—¿Cómo crees que son los taxistas de Estambul? Tienes que darle el nombre de la mezquita, la comisaría o el hospital de la esquina, porque, si sólo les dices el nombre de la calle, no puedes recorrer ni un metro. Los taxistas ni siquiera conocen el nombre del barrio en el que viven.

—No digas tonterías.

—Esta tarde haz una prueba, si quieres. Dile sólo la calle de Tavukugnaz, a ver si llegas a alguna parte —propuse—. Pero vigila que no vaya a llevarte a la orilla asiática pasando por el puente del Bósforo. Te llevaría tiempo volver atrás.

—Siempre has sido así. Te encanta exagerar las cosas.

—De acuerdo. Prueba y verás si soy yo la que exagera, así son los taxistas —dije, sabiendo que no perdería esa apuesta.

—Lo probaré —contestó con vehemencia.

La cena de esa noche me iba a brindar la posibilidad de hablar, antes de irme a Berlín, con la única sospechosa de la lista, y también de conocer a las demás personas del equipo. Sentí que rejuvenecía diez años, e incluso quince.

Antes de levantarme, hice una última llamada a Pelin, que iba a tener que hacerse cargo de todos los asuntos de la librería.

—Puedes ir tranquila, me las arreglaré perfectamente. Lo que importa es que tu madre recupere la salud.

Le pregunté qué quería que le trajera de Berlín. Se trata de una costumbre turca. Antes de ir a algún sitio, es imprescindible preguntar a los amigos si quieren que se les traiga alguna cosa, y las amigas, aunque en el fondo quieran un perfume del *duty free*, siempre responden: «Que llegues sana y salva y vuelvas sana y salva, con esto nos basta».

Pelin respondió exactamente lo mismo.

Después de recoger los restos del desayuno de la mesa y de colocar la vajilla sucia en el lavavajillas, fui a mi cuarto a preparar la maleta. Justo cuando estaba a punto de llenarla de camisetas y pantalones cortos, paré. No tenía ni idea del tiempo que hacía en Berlín, pero era muy probable que no fuera tan caluroso como aquí. Volví otra vez a mi cuarto de trabajo para ver las previsiones meteorológicas.

Tal y como era de esperar, hacía un tiempo horroroso en Berlín y se preveía que iba a seguir así, aunque a finales de mes se esperaban un par de días soleados; pero si todo iba según lo previsto, entonces ya me habría marchado de Berlín.

En lugar de las camisetas y los pantalones cortos, saqué del fondo del armario la cazadora roja, las sudaderas y los pantalones de pana. Tampoco era cuestión de ir a Berlín tan elegantemente vestida como en Estambul, pues la gente se comportaría conmigo como si estuviese loca de atar.

Tras colocar en la maleta mi voluminoso bolso de maquillaje, ya estaba lista para el viaje. Petra, en caso de haber entregado al chófer las indicaciones que le había deletreado, llegaría en dos horas, y de lo contrario, no antes de cuatro.

Salí a la calle a comprar el periódico.

Diversas fotos de Mesut con cantantes famosos ilustraban la tercera página del periódico, que estaba reservada a noticias de sucesos trágicos con tintes de prensa rosa. En cuanto a los pies de las fotos, no decían nada nuevo respecto de lo que Yilmaz me había resumido. Por un momento, quise llamar al periodista que Lale me había mandado. Pero al pensar que a Mesut le contaría también aquella conversación a la primera oportunidad que se le presentara, desistí de mi intención. Como buena residente de Estambul, estaba ansiosa por llamar por teléfono, así que marqué el

número del móvil de Batuhan.

No parecía muy contento de oírme.

—Hola —dijo con voz gélida.

—¿Qué tal estás?

—Trabajando, tengo mucho trabajo.

—Entonces será mejor que no te entretenga.

—Sí, será mejor.

Colgué.

Su reacción no me había extrañado en absoluto. Tenía edad para conocer, e incluso desarrollar, teorías sobre la conducta de los hombres rechazados. La principal diferencia entre un hombre y una mujer rechazados era que los hombres enseñaban enseguida su verdadera cara. Sin embargo, las mujeres, a la hora de sacarse la máscara, se mostraban mucho más precavidas. Tal vez el hombre no le había rechazado y todo había sido un malentendido... Y partiendo de esa diferencia, la mujer pasaba a la fase de revancha a partir del cuarto rechazo; al contrario del hombre, que empezaba a vengarse al menor tropiezo.

De nuevo, basándome en mi experiencia, había aprendido que no era posible vengarse de alguien que pasaba olímpicamente de uno. En cambio, era muy fácil escarmentar a alguien que te ama. En el peor de los casos, siempre quedaba el suicidio.

En cuanto a Batuhan, puesto que no podía vengarse suicidándose, ¿qué podía hacer?

Podía telefonarme por las noches a horas intempestivas, y colgar una vez que me hubiera despertado.

Podía dejar delante de la librería una rata muerta y una nota diciendo: «¡Guiri asquerosa, vuelve a tu país!». Más adelante, podía envolverlos en una piedra y lanzarlos por mi ventana.

Podía acusarme de haber matado a Müller y dar órdenes para que me arrestaran.

Podía esconder una bolsa de heroína en el coche, en mi casa, en la librería, y denunciarme.

De todas aquellas alternativas, la que resultaba más realista era la primera, y puesto que por aquel entonces recibía al menos seis llamadas de ese estilo al día, una más no iba a amargarme la vida de ninguna de las maneras.

Todos los turcos, sin distinción de clase social, edad o sexo, tienen la costumbre de vengarse con llamadas silenciosas, y cada uno tiene su propio estilo. Unos, cuando se les contesta, vuelven a colgar sin dejar tiempo de decir «hola»; otros se quedan esperando hasta dañarse las cuerdas vocales de tanto gritar «hola». Y luego están los de una categoría intermedia: los que ponen música, los que silban, los que gimen como si tuvieran un orgasmo... Todo aquel que tenga la intención de instalarse en Turquía tiene que acostumbrarse a ello. Yo ya lo he hecho. Siempre que no esté tan borracha como para quedarme dormida, o siempre que no tenga un asesinato en el

que pensar, desconecto el teléfono antes de irme a la cama.

El teléfono sonó en el momento en que estaba en la cocina esperando a que hirviera el agua para prepararme un té verde. Fui corriendo al estudio. De paso, puesto que lo menciono a menudo, les informo de que el único teléfono de la casa era ése.

—¿Está la señora Kati? —Era una voz de hombre; de acuerdo con la teoría de mi amigo Mithat, se trataba, con toda probabilidad, de Diyarbakir.

—Soy yo.

—Siento molestarla. Llamo de parte del señor Mesut.

—Sí.

—Le había hecho una promesa. Surgió un imprevisto y no pudo cumplirla. Me pidió que se lo dijera. Él mismo la llamará en cuanto pueda.

—Muchas gracias —dije.

¿Qué se creía Mesut? ¿Que no iba a leer la noticia de su detención? Mientras volvía a la cocina, no hacía más que repetirme: «Surgió un imprevisto».

Que una persona como Mesut, capaz de hablar con tanta facilidad de matar, estuviera libremente paseando por la calle no beneficiaría a nadie. Si le hubieran apresado sin perder el tiempo, habrían salvado la vida a unos cuantos. Además, que lo hubieran encerrado antes de irnos a cenar había sido una feliz coincidencia.

Esta vez sonaba el timbre de la puerta. Con las prisas que tuve para sacar el agua hirviendo del fogón, me quemé la mano. ¡Odio hacer las cosas con prisas!

Corrí a la ventana del salón chupándome el dedo quemado con el vapor. Allí abajo estaba Petra, delante de la puerta. Había llegado pronto. Ni siquiera había podido tomarme el té en paz.

Pulsé el interruptor de la puerta gruñendo.

Mientras seguía mojándome el dedo con la saliva, miraba a Petra subir las escaleras resoplando.

—Me dije: ya que de noche estaremos por aquí, ¿por qué no aprovechar para visitar Taksim y sus alrededores? Estoy reventada. ¡Cuántas cosas hay para ver! He andado hasta tu tienda. No más turismo urbano por hoy.

—Entra —dije antes de volver a la cocina. El agua, que hacía un rato hervía a borbotones, se había enfriado lo bastante para poder preparar un té verde. Eché el agua y las hojas en una tetera de vidrio y puse otra taza encima de la bandeja. Pude oír las exclamaciones de admiración de Petra mientras me dirigía al balcón.

—¡Qué piso más grande! Vives en una calle muy bonita...

—¿Por qué no te vienes al balcón, para no tener que seguir gritando? —pregunté. Además, el balcón era la parte más fresca del piso.

Petra se sentó en la silla de Yilmaz, y yo, enfrente de ella.

—Estambul es una ciudad agotadora. Una acaba agobiándose de ver tanta gente. Hoy me preguntaba cómo sería vivir aquí —comentó. Y como si quisiera rectificar alguna metedura de pata, añadió—: No obstante, supongo que con el tiempo uno se

acostumbra al caos.

—Cuando se vive en Estambul, incluso si uno no consigue acostumbrarse a las multitudes, los motivos de preocupación van cambiando.

—¿Qué quieres decir?

—Los políticos turcos, la crisis económica, las compras de bancos...

Las había enumerado con mucha ira. Petra se quedó mirándome boquiabierta.

Luego, como ya estaba demasiado extenuada para hablar en un tono de voz normal, proseguí con un murmullo:

—Me pasé la mañana tranquilizando a amigos que tienen pensado largarse de aquí. La gente ya está hasta las narices de la difícil situación política y económica.

Yo misma me había quedado atónita ante mi arrebató. «Parece que las cosas me afectan más de lo que me imaginaba», pensé.

Sin embargo, a cada nueva crisis me decía que era menos sensible que los turcos hacia los problemas que afectaban al país, y que yo no era de Turquía, sino de Estambul. La diferencia en el sentido de pertenencia entre Lale, Yilmaz, Pelin o el resto de amigos turcos, por un lado, y yo, por el otro, no radicaba en la fuerza, sino en la magnitud. Había dicho a Lale en una ocasión: «Vosotros amáis Estambul como parte de Turquía; sin embargo, yo sólo amo Estambul. Pero os entiendo. Es como cuando yo digo que me encanta el barrio de Cihangir porque forma parte de Estambul. Si Cihangir hubiese estado en Bonn, no diría eso». Mi amor por Estambul nada tenía que ver con Turquía. Yo amaba la cocina de Estambul, las canciones tradicionales de Estambul, el turco de Estambul y el barrio de Cihangir de Estambul.

Petra seguía hablando sin percatarse de que me había distraído.

—Ayer compré la edición alemana de un periódico turco. La situación del país no parece muy esperanzadora, ¿verdad?

—Déjalo correr. Vivo aquí desde hace trece años y nunca me pareció esperanzadora.

Tras mojar con saliva una vez más el dedo quemado por el vapor, vertí el té, que había empezado a adquirir un color intenso, en las tazas.

—¿Estás segura de que no tenías una relación íntima con Kurt Müller? —pregunté mientras le ofrecía el té.

—¿Otra vez? Ya te lo había dicho.

—Es que comentan que tú propusiste a Müller para este trabajo.

—¿Quién lo comenta?

No supe si se sorprendió por cómo había podido averiguarlo, o por las mentiras que circulaban acerca de ella.

—Alguien de Muscular Productions —contesté. No sé por qué preferí que no se enterara de que había llegado a llamar a Franz a Alemania.

Con la mirada ausente, pasó alrededor de un dedo la pequeña cadena de oro de la que colgaba una cruz.

—¿El hombre con el que hablaste desde mi habitación?

—No, alguien que trabaja para él. Un alemán. Yusuf.

—¿Josef?

—Un alemán musulmán, se llama Yusuf.

—¡Ah! Ahora caigo. Lo conozco. ¿Así que se llama Yusuf? ¿Y qué es lo que te ha dicho?

—Que tú propusiste a Müller.

—Pues es verdad. La idea fue mía. ¿Y qué?

—Entonces, os conocíais de antemano.

—Así es. Conozco a mucha gente y no me enrollo con todas las personas que conozco. Hará más o menos un año, el productor me mandó el guión. Hacía años que no me encontraba con un papel hecho a mi medida. Ya no soy tan joven —dijo, y a continuación se desabrochó la camisa e hizo una pequeña demostración apretando con los dedos la grasa acumulada en la cintura—. Con el paso de los años, no sólo los sentimientos se deterioran, también se estropea el cuerpo. Si aparentara ser tan joven como tú, no tendría problemas; pero por desgracia, aparento los años que tengo, e incluso algunos más. Debe de ser cierto eso de que las rubias se estropean antes. Supongo que no pensarás que con la edad que tengo me llueven las propuestas. Es natural que haya hecho todo lo que estaba en mis manos para trabajaren esa película. Ellos necesitaban a un director con experiencia y que al mismo tiempo no fuera a exigir una gran suma de dinero, y yo conocía a la persona que buscaban. Les he puesto en contacto.

Sus explicaciones parecían bastante convincentes. En la época en la que vivimos, en la que el ser joven y permanecer joven, sobre todo tratándose de mujeres, se ha magnificado, ¿acaso no constituyen las piernas sin celulitis y la tez sin arrugas nuestro mayor capital? Si eso es así para cualquier tipo de trabajo, con más razón aún lo sería para una estrella de cine.

—Así que no les propusiste a Müller porque mantuvieras una relación con él.

—¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? No había nada entre nosotros. Puede que yo le gustase, puede que lo haya comentado en público, pero... —se agachó hacia mí por encima de la mesa y me miró de un modo penetrante— no había nada entre los dos. Ni siquiera era mi tipo.

Lo que acababa de decir me había molestado, era un comentario digno de una quinceañera.

—¿Qué quieres decir con lo de que no era tu tipo?

—Un hombre fracasado y sin talento...

De no haberla interrumpido yo, hubiera seguido enumerando.

—Si es un fracasado sin talento, ¿por qué lo recomendaste para la película?

—Por una razón muy simple: no quería estar a la sombra del director; de ese modo, mi nombre destacaría. En cuanto a los productores... —Se rio como una estrella que posaba para las cámaras—. Buscaban a alguien que, como Kurt, tuviera experiencia y les saliera barato.

Yusuf me había dicho prácticamente las mismas cosas. Por lo visto, el mundo del cine era un mundo más extraño de lo que me podía imaginar.

Hasta que salimos de casa a fin de encontrarnos con el equipo para ir a cenar, no volvimos a hablar de la película, ni de Kurt Müller.

Cuando Petra y yo entramos en el vestíbulo del hotel Noel Baba de Tarlabasi, con la coleta que me había hecho y la cara sin maquillar, aparentaba muchos menos años de los que tenía. La verdad es que no lo había hecho adrede, sino que me había dado pereza sacar de la maleta el bolso del maquillaje.

El grupo que estaba hablando y chillando en alemán se quedó callado al vernos entrar.

—Mi amiga Kati Hirshel —me presentó Petra.

Uno del grupo que no tenía nada de particular a excepción del cabello, de un rubio casi blanco, me extendió la mano sin levantarse de su asiento y dijo:

—Hola, soy Gust.

Los demás dijeron su nombre sin estrecharme la mano y un poco más tarde se olvidaron por completo de mi presencia y siguieron con su alborotada conversación. Eran nueve personas, dos de ellas mujeres, ninguna de las cuales se apellidaba Bauer.

—¿Adónde vamos? —pregunté al señor Gust. Me había sentado en la punta del sofá de dos plazas en el que él se había instalado confortablemente.

—Hoy tenemos un guía. Un amigo periodista que vive en Estambul. —Se notaba que se sentía orgulloso de la profesión de su amigo.

—Otto está aquí desde hace dos años. Él eligió el sitio. Hace un momento se ha ido con Annette a buscar una farmacia. Deben de estar a punto de volver.

—¿Quién es Annette? —pregunté con la esperanza de que su apellido fuera Bauer.

—Annette Bauer, la ayudante del director de la película. —Se corrigió de inmediato—: Mejor dicho, a partir de hoy, la directora de la película.

Así que la señora Bauer era oficialmente la directora de la película y yo la iba a conocer dentro de un rato.

—¿En qué periódico trabaja su amigo? Puede que lo conozca, como yo también vivo aquí...

—Otto escribe en el *Westdeutsche Zeitung* —dijo, como si no hablara de un periodista, sino del mismísimo presidente de los Estados Unidos. Luego, mirándome atentamente, como si cayera en la cuenta de lo que le había dicho, preguntó—: ¿Dice que vive en Estambul?

—Sí.

—¿Usted también es periodista?

—Tengo una librería. Vendo novelas policíacas.

—¿Se vino aquí para vender libros?

—No, yo ya vivía aquí y, tras otros trabajos anteriores, decidí montar mi propio negocio.

—Interesante. Muy interesante.

—¿Se refiere a llevar una librería?

—No, me refiero a que esté viviendo aquí sin que esté forzada a hacerlo. No entiendo cómo se puede vivir en un país con problemas de derechos humanos. ¿No le da miedo que le pase algo? Además, comentan que tras la crisis económica los robos aumentaron mucho. Otto nos advirtió que cuidáramos mucho nuestro bolso y el dinero. Explicó que en Estambul no queda ni una persona a la que no le hayan robado el bolso.

—También en Alemania cuatro de cada cinco extranjeros son atacados diariamente y los neonazis matan a gente en medio de la calle, y sin embargo, siguen viviendo extranjeros —dije enfurecida.

Gust, en vez de responderme, había girado la cabeza al otro lado. Examiné su perfil durante un momento y decidí suavizar lo que acababa de decir. Pelearme con él, en aquel preciso momento, no me beneficiaría en absoluto.

—Amo Estambul —dije.

Seguía sin pronunciar palabra, aunque se había vuelto hacia mí.

—¿Cuándo empezará el rodaje? —pregunté para cambiar de tema.

—Evidentemente, el desafortunado suceso nos ha conmocionado a todos.

Juraría que no se le veía en la cara el más leve indicio de conmoción; aunque, las cosas como son, tampoco parecían muy afectados los demás miembros del equipo, que seguían charlando a todo volumen.

—Es natural —dije. Hoy estaba tan en forma como para competir con cualquier político.

—Ese descanso nos vino bien. Los actores se acostumbraron a la ciudad, hemos terminado de escoger a los técnicos y a los actores secundarios, tuvimos el tiempo de conocernos y —añadió con una sonrisa— hoy hemos acordado que la señora Bauer dirigirá la película.

Al mencionar a la mujer, se dio cuenta de que aún no habían vuelto. Se volvió a los demás compañeros y, señalando con el índice el reloj de pulsera, dijo:

—¿Cómo es que tardan tanto?

—¿No les habrá caído una maldición a nuestros directores? —bromeó un alemán de mejillas rosadas y que tenía tres botellas de cerveza vacías delante.

Los demás miembros del equipo se rieron a carcajadas. Al sentir la mirada de Petra que me escrutaba de reojo, cambié mi cara de desprecio por la de simpatía y también me reí.

—Si supiera adónde vamos, podríamos dejarles una nota y acercarnos al restaurante —dije. Me moría de ganas de alejarme de ese antipático vestíbulo de hotel.

—Claro que sé adónde vamos —replicó Gust al tiempo que se levantaba y

empezaba a revolver los bolsillos del pantalón. Sacó la mano con un papel arrugado y leyó lo que ponía en él.

—El restaurante Hasir.

Petra se sintió obligada a dar una explicación a los demás:

—Kati vive en Estambul. Conoce muy bien la ciudad.

—¡Qué suerte tiene usted! —me dijo una de las mujeres sonriéndome—. Estambul es la ciudad más hermosa que he visto.

—¿Has estado alguna vez en otra ciudad que no fuera Fráncfort? —preguntó uno del grupo.

Esta vez se rieron todos.

—Entonces podemos irnos. De todos modos, el lugar está muy cerca de este hotel —propuse.

El periodista amigo de Gust había escogido el restaurante Hasir, un típico lugar al que llevar a los amigos que visitan Estambul por primera vez.

—¿Por qué no pagamos? —preguntó chillando para llamar la atención del camarero de cara rosada.

De repente, todos se volvieron hacia ese hombre que gritaba: «*Hallo! Hallo!*», como si hubiera sido preso de un ataque de histeria. Cuando el camarero vino corriendo, convencido de que había ocurrido alguna terrible desgracia, todos suspiramos de alivio.

—La cuenta —pidió el tipo en alemán—. Por separado.

—¿Lo ponemos a su cuenta? —le preguntó el camarero en inglés.

—¿No sabes hablar alemán? —preguntó de nuevo en alemán.

El nivel de alemán del camarero le bastó para comprender la pregunta.

—*Nein*.

Pensé que había llegado el momento de intervenir.

—Quieren la cuenta, van a pagar por separado —expliqué en turco.

El camarero se volvió hacia mí muy contento de haber encontrado a alguien con el que podía entenderse.

—Lo anotaremos en sus cuentas, señora. Todos son clientes del hotel.

Les traduje la sugerencia del camarero.

—No puede ser —dijo Gust—. Ya me avisó mi amigo de que nos meterían un sablazo. Lo pagaremos ahora.

—No quieren. Prefieren pagarlo ahora —traduje. No hacía falta que tradujera todo lo que Gust había dicho.

El camarero estuvo conforme y le dijo a Gust a cuánto ascendía la cuenta:

—El señor tiene dos cervezas. Son cinco millones de liras.

—Dos cervezas, cinco millones —traduje.

Gust volvió a levantarse; revolví los bolsillos y saco un billete arrugado de diez marcos. El camarero miró el billete.

—No aceptamos marcos, señor. ¿No tiene liras turcas?

—No —respondió Gust, que seguía sin bajar la mano que había extendido con el billete—. Sin embargo, en recepción cambian marcos.

—Puede ser, pero se ve que aquí no puede pagar la cuenta con marcos.

—¡Chorradas! —dijo Gust—. Que cambie el billete en recepción, entonces.

Uno de los que tenían la cara rosada respaldó a Gust:

—Claro, que lo cambie en recepción.

Gust seguía ondeando el billete de diez marcos, como quien enseña un hueso a un perro. Mientras tanto, el camarero permanecía sin moverse y con cara de preocupación.

De repente, apareció un hombre barbudo que preguntó en alemán:

—¿Quiere pagar la cuenta con marcos?

Gust se lanzó antes que nadie con la alegría de poder hablar sin que le tuvieran que traducir.

—Sí.

—Aquí estamos en Turquía —dijo el barbudo—. Las cuentas se pagan con liras turcas.

—Pero en recepción cambian marcos —replicó Gust, agarrándose fuertemente a ese único argumento y con un tono de voz que dejaba entrever los primeros indicios de la derrota.

—Cuando yo voy a Alemania, ¿acaso puedo pagar con liras turcas? —dijo el hombre, al cual se le notaba de inmediato que los propios alemanes habían conseguido ponerle en contra de los alemanes.

Los del grupo intercambiaron miradas furtivas.

—Pero... —empezó Gust en un nuevo intento.

—No hay peros que valgan. Aquí las cuentas se pagan con moneda turca y ya está. —Hizo una pausa y, justo cuando estaba a punto de marcharse, se volvió y dijo —: Una cosa más. No hablen tan alto. Están molestando.

Después de que se alejara de nuestro lado, lo seguí con la mirada. Estaba concentrado en su lectura, sentado en uno de los sillones transversales. La mujer que hacía un rato había dicho que Estambul le gustaba alargó al camarero un billete de cinco millones.

—Un café —dijo en inglés.

El camarero, mientras cogía el dinero, como no comprendía la discusión que transcurría en alemán, me preguntó intrigado:

—¿Qué pasa, señora?

—Nada importante. Pagarán la cuenta en liras turcas.

Salimos del hotel tras dejar una nota en recepción para la señora Bauer y el señor Otto. El restaurante Hasir estaba a unos diez minutos andando.

—Vayamos a donde vayamos, intentamos reconstruir allí nuestro pequeño universo —dijo la mujer que había dicho que Estambul le gustaba y que se había venido a mi lado, después de haber esquivado hábilmente a sus compañeros.

—¿Como pagar la cuenta con marcos?

—Por ejemplo, o bien tomar cerveza y comer salchichas. Me horroriza constatar la veracidad de todos los tópicos sobre los alemanes. No sé si estuvo alguna vez en Mallorca. Allí montaron una pequeña provincia alemana. En ningún momento uno se siente fuera de su país. Por supuesto, hace calor y hay mucho sol; pero ésa es la única diferencia.

—¿Usted vivió alguna vez en el extranjero? —pregunté. Según mi experiencia, la capacidad de criticar a sus compatriotas es propia de las personas que han vivido fuera de su patria, sobre todo si se trata de alemanes.

Giró la cabeza bruscamente hacía mí.

—Se nota, ¿verdad? —dijo riéndose—. Estuve casada con un egipcio que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Viajamos bastante y, después de divorciarnos, volví a mi profesión anterior. Esa película podría considerarse mi primer gran trabajo. —Movié la cabeza y prosiguió—: Ya ve, con todo lo que nos ha ocurrido, no he tenido mucha suerte.

Le estaba agradecida de todo corazón: había llevado la conversación al lugar que me interesaba, sin que yo tuviera que intervenir.

—¿Se refiere al asesinato? Si quiere que le diga la verdad, los del equipo no me parecieron demasiado afligidos.

—Nadie conocía a Müller, salvo... —Se interrumpió sin saber si continuar o callarse. Siguió andando, esforzándose en no caer por la acera de dos palmos, una obra del Ayuntamiento de Estambul digna de pasar a la historia del urbanismo. No había levantado la mirada del suelo ni una sola vez para mirarme a la cara.

—¿Salvo Petra? —pregunté.

Me miró fijamente.

—Usted también está enterada.

—Sé que Petra le proporcionó ese trabajo a Müller. En cambio, el rumor de que tenían una reía... —Tuve que controlarme para no chillar al hombre que pasó por mi lado dándome con el hombro—. Petra insiste en que no había nada entre los dos —proseguí chismorreando sobre mi vieja amiga con esa mujer que había conocido cinco minutos antes, lo cual no se podía considerar un punto a mi favor.

La mujer había vuelto a fijar la mirada en los pies.

—Yo también opino que no tenían una relación amorosa —comentó.

Eso era muy interesante.

—¿Por qué? —quise saber, inclinándome hacia delante para verle la cara.

Me pidió permiso antes de agarrarme del brazo, acercó la boca a mi oído para procurar que los demás no la oyeran y prosiguió en voz baja a pesar de que nos habíamos quedado detrás del resto, por lo que nadie nos podía escuchar.

—He visto cómo trataba a Müller. En el aeropuerto de Berlín, él la tenía cogida por la cintura y ella le apartó la mano con cara de asco y se alejó de él inmediatamente. Y también en Estambul los vi un par de veces desayunando juntos.

No quiero exagerar, pero suelo percibir ese tipo de cosas. Una mujer que tiene una relación con un hombre, aunque sólo se trate de una relación en potencia, no se comporta de ese modo con él. Estoy segura de que no había nada entre los dos. —Hizo una mueca con los labios y prosiguió—: Y no iba a haberlo nunca, se lo digo yo.

—Aun así, no hay nada concreto que demuestre que no existía tal relación entre Petra y la víctima —observé.

—¿Nada concreto? —dijo levantando la mirada del suelo con estupefacción.

El líder del grupo, el señor Gust, nos llamó desde la cabeza de la fila, y yo le dije que aún no habíamos llegado al restaurante.

—Entonces, según usted, ¿quién puede haber cometido el asesinato? —pregunté a la mujer. Estaba convencida de que también tenía una opinión al respecto.

—No creo que fuera alguien del equipo. Tiene que ser alguien del exterior. Puede que aquella noche hubiera traído a una prostituta. Tenía toda la pinta de un hombre que se acuesta con prostitutas. Igual no quiso pagarle y la mujer se puso nerviosa y... —Se interrumpió al tiempo que levantaba el brazo y abría los dedos con la mano en el aire como si tirara un objeto en el suelo.

—¿Por qué piensa que no puede ser nadie de sus compañeros?

—¿Por qué creo que no? —repitió—. Los del equipo pueden tener muchos defectos, pero ninguno de ellos tiene una personalidad asesina.

—Una corazonada...

—Exacto, una corazonada —asintió. Tras una pausa, continuó—: No hay que tomar a la ligera mis corazonadas.

Me reí.

—¿Así que usted piensa que Petra y Müller no mantenían una relación, y que sólo se trata de un mero rumor? —pregunté. Aquélla era una de las cosas que más intrigada me tenían.

—En mi opinión, así es.

—¿Quién puede habérselo inventado?

—No lo sé. Lo único que puedo decir es que fuese quien fuese el autor ha logrado convencer a todos —comentó, y volvió a agarrarme del brazo—. Incluso usted parece convencida —dijo riendo con malicia.

En el fondo, la mujer era atractiva; sin embargo, a pesar de no tener más de cuatro o cinco años más que yo, por su manera de vestir y de moverse, ofrecía el aspecto de una mujer mayor.

En el momento en que pude librarme de la fascinación del cotilleo y miré a mi alrededor, me di cuenta de que habíamos pasado de largo el restaurante.

La taberna conocida por los clientes habituales de Estambul como «el Hasir de al lado de la comisaría» se encontraba en un sótano del barrio de Tarlabasi, al que se accedía por unas escaleras, vigilando no darse con la cabeza contra el techo. Cuando se pregunta a los clientes cómo se les ocurre meterse en un sótano, en vez de en una

taberna o un restaurante de pescado, en el frescor de la brisa nocturna de la orilla del Bósforo, todos responden lo mismo, como si se hubiesen puesto de acuerdo: que las tapas del Hasir están muy ricas.

El camarero del restaurante, al ver el numeroso grupo de turistas, hizo una señal con la mano a sus ayudantes —no sé por qué, todos eran de baja estatura— para que juntaran las mesas.

Cuando por fin logré instalarme, me encontré sentada en medio de los dos de cara rosada, lo cual no me hacía ninguna gracia. No obstante, la silla que tenía enfrente estaba libre y yo esperaba que la señora Bauer se sentara allí, así que no me opuse.

Cuando la señora Bauer y el corresponsal de Turquía del periódico alemán del que yo no era lectora, el señor Otto, aparecieron en la puerta, nosotros ya habíamos pedido las tapas y hasta teníamos los platos medio vacíos. Los dos de cara rosada que estaban sentados a mi lado empezaban a estar borrachos, quizá a causa de las cervezas que se habían tomado en el hotel. La señora Bauer no ocupó, como yo esperaba, la silla libre que había enfrente de mí, sino que prefirió estar al lado de Gust, sentado a la otra punta de la mesa; por lo que pude oír, le estaba dando cuentas a éste acerca de las razones por las que habían tardado en llegar. No hacía falta tener mucha intuición para comprender que algo había entre los dos.

En mi desesperación, intenté entablar conversación con Otto.

—El señor Gust me dijo que usted también vive en Estambul.

—Trabajo en Estambul, mejor dicho.

No sé si quería decir con eso que Estambul no era un lugar para vivir.

—¿No está a gusto aquí?

—En absoluto. ¿Cómo podría estarlo?

—Yo sí.

Soltó una carcajada claramente despectiva.

—Eso es porque usted no vive en esta ciudad. Estambul es un lugar muy atractivo para un turista, sobre todo porque se come muy bien.

—Yo no soy turista. Vivo en Estambul desde hace trece años.

Me miró con una ceja levantada.

—¿Trece años?

—Y mi intención es seguir aquí trece años más.

No se le veía con muchas ganas de conversar conmigo. Puso toda su atención en las judías guisadas con aceite de oliva y no volvió a levantar la cabeza hasta que el camarero le preguntó lo que quería beber.

Cuando le oí pedir vino blanco en inglés, supe que debía aprovechar esa oportunidad.

—Debe de ser una tarea difícil comprender a la gente de un país y escribir sobre éste cuando no se conoce el idioma —me apresuré a decirle. Después de todo, era más divertido tomarle el pelo que charlar con los dos de cara rosada.

—No podemos aprender la lengua de todos los países en los que nos toca trabajar.

Con el sistema de rotación vigente, cambiamos de país cada pocos años. ¿Qué idioma vamos a aprender en esas condiciones?

—Pero si no lo habla, no puede leer los periódicos ni charlar con la gente mientras está sentado en un café.

—Tengo a un traductor a mi disposición —dijo en un desesperado intento de sacárseme de encima.

—Si supiese hablar turco, amaría Estambul —dije con voz romántica. Y añadí en el mismo tono romántico—: Como dijo un poeta de Estambul, «el que no puede amar Estambul no puede saber de amor». —A continuación me puse serio—. ¿Redactó usted las noticias sobre el asesinato?

El hombre, asombrado, intentaba establecer una relación entre los temas que iba tratando y mis abruptos cambios de humor.

—No nos hemos presentado, ¿verdad? —dijo al final.

Le extendí la mano por encima del plato de sardinas que había entre los dos.

—El señor Gust me había dicho su nombre, señor Otto. Yo me llamo Kati Hirshel.

—Otto Frisch —se presentó sacudiéndome un par de veces de arriba abajo la mano que tenía entre los enormes dedos—. Llámame simplemente Otto.

—Y tú a mí Kati.

En aquel momento me di cuenta de que todos los de la mesa me estaban mirando. El camarero, con lápiz y papel en mano, esperaba a tomar los pedidos de los platos principales. Le hice a Otto una señal con la mano y me giré a la izquierda.

—¿Nos aconsejas comer pescado? —preguntó la mujer a la que le gustaba Estambul, al tiempo que se echaba hacia delante para poder verme.

—Yo diría que sí —respondí antes de empezar a hablar con el camarero sobre el pescado de la temporada.

Los demás me seguían sin pronunciar palabra, hasta que decidí que comeríamos *çipura*.

—He pedido un pescado que no sé cómo se llama en alemán —expliqué.

—Ya veremos lo que es cuando nos lo traigan —dijo la mujer a la que le gustaba Estambul, y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla.

Otto metió la mano en el bolsillo delantero de su camisa.

—Llevo un diccionario, podemos mirarlo —propuso.

Era obvio que no iba a sacar del bolsillo de la camisa el diccionario turco-alemán de Steuerwald de mil páginas, así que enseñó el pequeño Langenscheidt de tapa de plástico amarillo, moviéndolo en el aire.

—No hace falta que mires. No lo encontrarás.

—¿Cómo se deletrea? —preguntó con empeño.

Empecé a enumerar las letras una por una.

—Tenías razón —dijo después de buscar bastante rato.

Mientras tanto, los de cara rosada volvieron a empezar a charlar entre sí

esparciendo saliva a su alrededor.

—¿Nos cambiamos de sitio? —pregunté al que estaba a mi derecha.

De ese modo, me alejé del resto del equipo una silla más, pero al menos me libré del olor a cerveza del aliento de los de cara rosada.

—¿Escribiste tú los artículos sobre el asesinato? —volví a preguntar a Otto.

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—He leído tus artículos, entonces.

—No había gran cosa que escribir, y dudo que, a estas alturas, haya algo que valga la pena escribir al respecto de ese caso.

—¿Y eso por qué? —pregunté. ¿No sería yo la única persona que todavía guardaba cierta esperanza?

—No hay ninguna pista. Es un caso imposible de resolver. Hoy he entrevistado al comisario que lleva la investigación, saldrá en los periódicos de mañana. «No tenemos ninguna pista», dice el hombre. Se plantean archivar el expediente, y como siga así, no tardarán más de un par de días en hacerlo.

—¿Con quién te has entrevistado?

—¿Los conoces? —dijo al tiempo que intentaba tragar un enorme bocado de sardinas.

—Conozco a gente del departamento de homicidios.

Esa vez sacó del bolsillo del diccionario una pequeña libreta y empezó a hojearla.

—El hombre se llama Batuhan Önal. ¿Lo conoces?

—No —respondí tranquilamente—. ¿Así que él le ha dicho que el caso no se resolvería?

—No lo dijo abiertamente. Yo he sacado esa conclusión. Lo raro es que rechazan rotundamente la oferta de cooperación de la policía alemana. Dado que piensan que no lo van a resolver, no entiendo por qué no aceptan ayuda.

—¿No acaba de decirme que no había ninguna pista?

—Sí.

—Sin pistas, ¿qué puede hacer la policía alemana?

—Ahí está el problema. Si la policía alemana interviniera, seguro que encontraría pistas.

Tuve que controlarme para no desternillarme de risa.

—¡Qué generoso de tu parte decir que la policía alemana es tan eficiente! Por lo que yo sé, la policía alemana tiene fama de matar a los rehenes para coger a los secuestradores.

Mientras volvía a guardar la libreta en el bolsillo, movió la cabeza con rabia. Estaba claro que no aprobaba mi postura contraria a la policía alemana.

—¿Quién crees que puede ser el asesino?

—No me gustan nada ese tipo de especulaciones —respondió con la cara larga.

—Haz una apuesta. ¿Nunca juegas a la lotería?

Se sintió aún más molesto con lo último que acababa de decirle y no me

respondió. Ni siquiera los *çipur* acompañados de rúcula que devoraba lograron disipar su rabia hacia mí.

Comía mi pescado sumida en un silencio que incluso a mí me sorprendía, a la vez que pensaba que mientras la señora Bauer siguiera sentada en una punta de las tres mesas juntadas y yo en la otra, estaba claro que no iba a poder charlar con ella. Propuse que fuéramos a tomar algo a un café que había cerca de allí, mientras esperaba a que acabaran las últimas migajas que les quedaba en sus platos. La mayoría de ellos dijeron que se sentían bastante cansados y que preferían volver al hotel. Petra se encontraba entre los que no querían seguir con la velada.

La mujer a la que le gustaba Estambul y que respondía al nombre de señora Wolf, el señor Gust, la señora Bauer, Otto y yo nos pusimos a andar hacia el café Kaktüs, situado en uno de los callejones de Beyoglu. Mientras caminábamos, iba informándoles como una auténtica guía. De hecho, no sabía si encontraríamos sitio en el Kaktüs, pero valía la pena probar suerte, y si no, nos meteríamos en alguno de los más de mil cafés y bares —según las cifras oficiales— que rodeaban el barrio de Beyoglu. Si a éstos se les añaden los que funcionan sin licencia, el número de locales nocturnos alcanza los diez mil.

Además de haber encontrado el billete para Berlín, la segunda buena cosa que me paró ese día fue encontrar una mesa que acababa de quedarse libre. A la señora Wolf no se le escapó que me saludé con el dueño del local, el señor Vahit. En cuanto nos sentamos, me comentó:

—Por lo que veo, la conocen por aquí.

Sonreí con humildad.

La señora Bauer recogió su larga melena rojiza sobre la nuca y me dijo:

—Usted es la amiga librera de Petra, ¿verdad? La vi cuando vino a buscarla al aeropuerto.

—Qué buena memoria tiene usted.

Era de admirar que me divisara entre aquella multitud y que se acordara todavía de mí.

—¿Y si nos tuteáramos? No me gusta ser tan formal —dijo la señora Wolf tocándome el brazo.

—Yo también lo preferiría —dije, y los demás asintieron con la cabeza.

La que abrió el tema del asesinato fue la señora Wolf. Mientras el señor Otto aprovechaba la ocasión para repetir lo mismo que me había comentado durante la cena, yo quise ver si se dibujaba alguna expresión de alivio en la cara de la señora Bauer. O la mujer era una asesina de una frialdad poco común, o bien, como había pasado con todas las hipótesis que había barajado hasta entonces, yo no había acertado. No se le había movido ni un solo músculo de la cara. Intenté probar suerte, aplicando el sistema de choque.

—De hecho, tú eres la única persona que sacó tajada del asesinato —dije a la señora Bauer cuando acabó de hablar.

Al ver a los cuatro girar la cara con estupefacción en mi dirección, de inmediato sentí que debía arreglar la situación.

—Estaba bromeando —dije—. Diferencias culturales. Me habéis malinterpretado. La señora Wolf rompió a reír.

—La verdad es que no se puede decir que Annette saliera ganando, pues de repente se encontró con un montón de responsabilidades.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, para ella ha sido un ascenso —respondí como si la señora Bauer no estuviera presente.

—¿No cree que está simplificando demasiado las cosas? —intervino Otto.

—Sí, en exceso —asintió Gust.

—El hecho en sí es simple —dije—. El asesinato es simple. Estamos hablando de matar a una persona por motivos de honor, dinero, amor, venganza, sexo. ¿Qué tiene todo eso de complicado?

—Puede que el motivo no sea ninguno de los que acabas de enumerar —observó Otto, creyendo meterme en un aprieto.

—Añade un motivo más, entonces —repliqué.

Se lo pensó. Mientras lo hacía, se me ocurrió que también se podía matar por motivos políticos, pero no dije nada.

—En este momento, no se me ocurre ninguno —admitió—. No obstante, fuera el motivo que fuera, se trata de un asesino que cometió un crimen sin dejar pistas.

Moví en el aire el índice derecho.

—Se trata de un asesino que cometió un crimen sin dejar pistas según la policía turca. Lo has dicho tú.

La señora Wolf soltó una carcajada.

—¿Quieres decir que, si *Miss Marple* estuviera presente, lo hubiese resuelto?

Otto comprendió a qué se refería. Hizo una mueca con los labios.

—Ahora que lo pienso —dijo la señora Bauer—, tienes razón. Soy la única que sacó provecho del asesinato.

—No digas tonterías, Annette —protestó Gust. Y luego, mirándome a los ojos para convencerme de que no mentía, añadió—: La noche del crimen estábamos juntos. Annette no se alejó de mi lado ni un solo momento.

Aquello no era para mí ninguna novedad. Aun así, había necesitado casi una noche entera para escucharlo de boca de ellos dos y en presencia de todos los demás.

Gust debió de sentir la necesidad de dar explicaciones a sus compañeros, pues dijo:

—Voy a divorciarme de mi mujer. Annette y yo nos queremos.

La señora Wolf sonrió con benevolencia.

Gust cogió bien fuerte la mano de la señora Bauer al tiempo que me miraba de reojo.

—La noche que mataron a Kurt estuvimos juntos hasta las primeras luces del alba... —empezó a contar y, sin terminar la frase, apartó la melena rojiza de la mujer y le dio un pequeño beso en el lóbulo de la oreja—. Estuvimos juntos toda la noche. Anette no se separó de mi lado ni siquiera para beber agua.

—Lo siento —me dijo la señora Bauer acercándose la copa hasta la punta de la nariz.

Capítulo 8

Me desperté con la llamada de Lale, que dijo que no había resistido la tentación de ir a la oficina y que por lo tanto no iba a poder conducirme al aeropuerto. Si bien aquello implicaba tener que soportar de buena mañana a un taxista, me alegraba saber que Lale se había despertado tan temprano como siempre y que había ido a trabajar.

Me preparé sin entretenerme demasiado, cerré con llave las puertas de los balcones, fui a asegurarme varias veces de que las ventanas estaban bien cerradas y llamé al dueño de la casa para informarle de que estaría ausente durante diez días. Cuando salí de casa, eran casi las once. No es que sea de esos pasajeros cumplidores que creen necesario estar en el aeropuerto con dos horas de antelación. La única razón por la que había salido tan pronto era para recoger el billete de cuya existencia aún dudaba.

Cuando le dije al taxista si quería ir al aeropuerto, no dijo: «Señora, ¿me indicará el camino?», ni puso música árabe con el volumen a tope, ni intentó quedarse con la vuelta con el pretexto de que no tenía cambio.

En la taquilla de las Líneas Turcas todo fue sobre ruedas. Le di mi nombre y tres minutos más tarde tenía el billete en la mano.

En una palabra, era mi día de suerte.

Me entretuve mirando los escaparates de las tiendas *duty free* sin comprar nada y fui andando hacia la puerta número once, desde donde acababan de anunciar que pronto despegaría el avión.

Había muchos pasajeros, y el aire estaba cargado. El choque cultural se ponía de manifiesto aun antes de aterrizar en Berlín por las diferencias de raza de los pasajeros.

Me costó llegar hasta mi asiento por culpa de los emigrantes que se empujaban para colocar sus numerosas bolsas. Me senté al lado de una mujer gorda con pañuelo cuyos ojos en movimiento delataban que buscaba una víctima con la que conversar, y empecé a leer enseguida el libro que saqué del bolso. Aún no había terminado de leer la primera frase de la novela cuando la mujer, *mientras* doblaba la parte del pañuelo que le rozaba la mejilla, me preguntó:

—¿Vives en Berlín, hija?

—*Ich spreche Leiden kein Türkisch* —dije con una sonrisa, haciéndome pasar por una turista alemana que no sabía turco.

—*Ach, so!*

La mujer se volvió entonces hacia el otro lado, hacia la turista alemana con pantalones cortos, como si buscara auxilio.

Volví a mi lectura sin el menor remordimiento. Justo cuando acabé de leer la primera frase, la azafata se plantó delante de mí. Me hablaba a mí y en alemán:

—Disculpe, ¿le importaría cambiar de sitio?

—¿Por qué? ¿Me he equivocado de asiento? —pregunté buscando en el bolso la tarjeta de embarque.

—No, está sentada en el lugar que le corresponde —dijo la azafata.

—¿Entonces?

—A las dos mujeres de delante, les ha tocado sentarse con un hombre, y se niegan a sentarse al lado de uno. No hay sitio libre en el avión. Le ruego que se cambie al lado del señor.

—Será mejor que se lo pida a esta señora —contesté señalando a la mujer sentada a mi lado—. Todos saldríamos ganando.

La azafata se dirigió con cierto embarazo a la mujer y le repitió en turco todo lo que me había dicho. La señora con pañuelo no se hizo de rogar. Se levantó con dificultad pero sin disimular la alegría que sentía por alejarse de dos personas que no hablaban turco. No quedaba nadie más de pie, salvo la mujer con pañuelo, que andaba hacia delante como un patito, y la azafata, que hablaba con un hombre de pelo canoso. Me enderecé en mi asiento para poder ver al maníaco sexual que estaba a punto de sentarse a mi lado.

¡Qué maravillas parían las madres!

«No puede ser», me dije. ¿Qué mujer en su sano juicio no querría sentarse a su lado, o mejor aún, en el regazo de ese hombre?

El hombre, que era un regalo de Dios a nosotras las mujeres, dio las gracias a la azafata y avanzó hacia el asiento libre que tenía al lado.

«No te hagas ilusiones —me dije—, seguramente va a los lavabos».

El hombre se paró delante del asiento y me dijo en alemán:

—Perdone que le moleste.

Me levanté y le dejé pasar. Una vez sentados ambos, miré de soslayo cómo se abrochaba el cinturón y colocaba los periódicos y un libro grueso en el respaldo del asiento de delante. No sabía cómo iniciar la conversación. Hasta que el avión despegó, estuve pensando en una frase introductoria que pusiera enseguida de manifiesto la brillante y agradable mujer que era.

—¿Puedo ver el *Günebakan*? —dije al final, señalando con el dedo el fajo de periódicos que llevaba en la mano.

El hombre, que estaba absorto en sus pensamientos, se sobresaltó.

—Lo siento, no he comprado el *Günebakan*; pero las azafatas no tardarán en repartir periódicos.

El hombre sentado al lado de la ventana se inclinó hacia delante para verme. Me pregunté si no me habría oído decir que no hablaba alemán, aunque no me importaba en absoluto.

—¿Vive en Berlín? —pregunté inspirada por la mujer con pañuelo.

—No, vivo en Estambul.

No parecía muy hablador. De la misma manera que el toro se obsesiona con el

rojo, cuando me propongo algo voy a por ello a muerte. Eso mismo sucedió también en esa ocasión.

—Yo también vivo en Estambul —comenté. Él movió la cabeza de arriba abajo —. Surgió un problema con su asiento, ¿verdad?

—Se ha dado cuenta de lo que ha pasado.

—Es que la azafata me pidió a mí también que cambiara de asiento.

—Es la primera vez que me ocurre algo así. Acostumbro a viajar en *business class*. Esta vez supe muy tarde que tenía que viajar y no tuve otro remedio. El espectáculo con el que me encontré al entrar en el aparato ya era de por sí bastante terrorífico, pero este incidente... —dijo moviendo la cabeza como si le resultara increíble—. Como si tuvieran algo contra mi persona...

—Qué va. A decir verdad, a mí lo que ha pasado no me extraña en absoluto. ¿No existe una sección de mujeres en los autocares interurbanos? ¿Por qué no iba a haberla en los aviones?

Se rio.

—Debe de hacer bastante que vive usted en Estambul, ¿no?

—Bastante, sí.

—No tengo nada que objetar a que las mujeres se sienten a mi lado. Sin embargo...

Se había tomado el incidente muy a pecho. Le interrumpí para aconsejarle:

—No le dé mucha importancia. —Tuve que controlarme para no decirle que estaba convencida de que había en el mundo un montón de mujeres que se morían de ganas por sentarse a su lado.

Cundo el avión empezó a perder altura sobre Berlín, llevábamos ya un buen rato conversando. Era abogado, se ocupaba de los conflictos de comercio internacional y, por lo que pude deducir de sus respuestas, era soltero y ni siquiera tenía novia. Que fuera abogado, podía llegar a entenderlo, pero no podía explicarme cómo un hombre así seguía soltero. La teoría inquebrantable de Lale de que todos los hombres atractivos de Turquía son solteros u homosexuales estaba a punto de irse a pique. Me parece poder oír al lector preguntar cómo podía estar tan segura de que Selim —es decir, ese hombre sentado en el asiento vecino durante el vuelo de tres horas— no sólo no estaba casado, sino que además no era gay. No sé si le bastaría con decirle que por sus ojos que me escrutaban de arriba abajo, o que, como había dicho la señora Wolf la noche anterior, «tiene que confiar en mis instintos». Algunos lectores se pueden mostrar escépticos alegando que mis intuiciones para resolver crímenes no resultan muy fiables, pero lo único que les puedo decir es que cada cual tiene su campo de especialización y el mío de momento no era descubrir a los asesinos.

Selim iba a alojarse en el hotel Milton, en Gendarmenmarkt, situado dentro de los límites del Berlín este, zona que, tras la caída del muro, el dinero que fluyó a raudales

había convertido en un centro de diversión para *yuppies*.

Mientras caminábamos hacia la cola de la parada de taxis del aeropuerto Tegel, que se extendía como una bandeja fea en la afueras de los barrios periféricos de la ciudad, Selim propuso:

—Primero te acompaño, después iré al hotel.

—Yo iré directamente al hospital.

—¿Qué harás con la maleta?

Desde niña, no había sabido viajar con pocas pertenencias, por lo que estaba acostumbrada a que mi equipaje me creara problemas, viajara donde viajara.

—La llevaré al hospital.

Estábamos ya delante del primer taxi. Al vernos, el taxista se apresuró a abrirnos el maletero.

—¿Dónde te alojarás? —preguntó Selim.

—Me quedaré en casa de mi madre, pero tengo que buscar las llaves y quiero hablar cuanto antes con el médico que la atiende. Así que es imprescindible que primero vaya al hospital.

El taxista colocó el equipaje en el maletero en un santiamén y volvió a ponerse al volante.

—Primero vamos al hospital Urban, y luego seguirá con el señor.

—Yo me llevo tu maleta al hotel. Ven a buscarla cuando acabes lo que tienes que hacer.

Tosí como si me hubiera atragantado.

—¿El hotel queda lejos del hospital?

—No, para nada.

Cualquier mujer soltera de mi edad sabe sacar conclusiones del comportamiento de los hombres. Interpreté las dos propuestas simultáneas de Selim como una prueba de que estaba interesado en mí, como mínimo tanto como yo lo estaba en él. Los hombres, al contrario de las mujeres, no hacen nada por simple bondad; siempre tienen algo planeado. En esa situación cabían dos probabilidades: Selim quería enrollarse conmigo y por eso nos llevaba a la maleta y a mí de un lado para otro, o bien no conocía bien la ciudad y se me había enganchado para no quedarse solo.

Decidí reprimir de momento mis pensamientos negativos y dejarme llevar. De todos modos, estaba demasiado obsesionada con que mi madre estuviera ingresada como para calentarme la cabeza con flirteos.

—A mi edad, cuesta que se curen las roturas —explicó mi madre. Las manos, que parecían haberse empequeñecido con el paso del tiempo y que estaban llenas de venas moradas, reposaban juntas, encima de la sábana blanca.

—Tienes que arreglarte la uñas —observé tocándole la mano izquierda, para cambiar de tema. Durante casi una hora habíamos hablado exclusivamente de

enfermedades y hospitales.

—Bah —dijo.

Desde que no se encontraba en condiciones de ir a la peluquería —es decir, desde hacía cuatro años—, una mujer venía a su casa cada quince días para la manicura y una vez al mes para teñirle el pelo.

—No estoy para manicuras —respondió, aunque no apartaba los ojos de las manos. Decidí pedir que vinieran a hacérsela al día siguiente—. Aquí no quiero. No vayas a hacerlo —me advirtió como si me estuviese leyendo la mente—. Si quieres hacer algo por mí, tráeme mañana un buen café. Nos dan aquí algo aguado que sabe a todo menos a café. No sé por qué he pagado tantos años una mutua privada si ni siquiera me puedo tomar un buen café. Tengo una habitación para mí sola, eso es cierto. Bueno, tengo que agradecerse. Si tuviera que quedarme con una turca en una habitación doble, saldría de aquí cadáver. No sé si aquí estamos en un hospital o en un merendero. Ingresan a uno de ellos, y cientos vienen a visitarle. Además... —se enderezó ligeramente y me señaló los cojines para que los colocara mejor—, ni siquiera saben hablar alemán. Le dije a la enfermera turca: «Los turcos de Turquía hablan mejor el alemán que vosotros». No se inmutó. Bah. Y luego hablan de integración. Ahora abrirán cursos de integración para los turcos, y ¿con qué dinero? Con el nuestro, por supuesto. Que la señora Hirshel pague los impuestos —dijo poniéndose la mano sobre el corazón.

Me señaló las estanterías que tenía al lado de la cabecera.

—Pásame ese periódico. —Y después de pasar las páginas, dijo—: Mira, léelo tú misma.

—Luego me compraré el periódico. Quiero hablar con el médico y después me marcharé. Tienes que descansar para que no te suba la tensión.

—Sí, se me dispara la tensión. No he de alterarme.

Le di un beso en los hoyuelos, que se confundían con las manchas color marrón de las mejillas.

—Me voy —dije.

—Antes de eso, llama a la enfermera turca.

—Dime a mí lo que quieres.

—No. Llámala.

Salí de la habitación en el momento en que entraba la enfermera.

Preferí no subirme a uno de los taxis que esperaban delante del hospital, sino caminar un poco para aclararme las ideas. La doctora de guardia me había dicho que se la podía dar de alta cuando yo quisiera, pero era necesario procurar que alguien la cuidara en su casa.

—Le puedo aconsejar muy buenas residencias —había dicho el médico.

Para ello hacía falta convencer a mi madre para que entrara en una residencia, lo

cual no me parecía tarea fácil.

Seguí andando a paso ligero, hablando para mis adentros para encontrar frases que resultasen sensatas a mi madre: por ejemplo, «Allí te cuidarían mejor»; «Harás un montón de amigos»; «Es difícil para la gente mayor vivir en las grandes ciudades»; «Encontraremos una donde tú me digas. Se ve que incluso hay una residencia alemana en Mallorca y que el personal también es alemán. O en la Selva Negra...».

Llegué al hotel de Selim con el cielo ya oscureciendo. Entré por la puerta giratoria y me acerqué con una sonrisa a la chica de recepción, que parecía simpática. No me di cuenta de que no sabía el apellido de Selim hasta que abrí la boca para hablar.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo la chica de recepción mirándome la boca que aún no había cerrado.

—He quedado con una persona que se aloja en el hotel, pero desconozco su apellido —expliqué—. Es turco y ha llegado esta tarde. Su nombre es Selim —dije acalorada por lo incómoda que me sentía.

—Nos está prohibido dar el número de habitación de nuestros clientes, pero... haré una excepción —dijo sonriendo, tras mirar a su alrededor—. ¿Me deletrea su nombre?

A continuación, la recepcionista fijó la mirada en la pantalla y durante un tiempo no pronunció palabra. Podía oír el ruido de los dedos tecleando.

—Ya lo tengo. Öztürk. Debe de ser un apellido turco, ¿verdad?

Asentí con un movimiento de cabeza, riéndome.

—Es la 532. Puede llamar desde aquí.

Tecleó el teléfono que tenía delante y me extendió el auricular.

—Bajo enseguida y salimos a picar algo —dijo Selim al oír mi voz.

En el fondo, no me apetecía tanto comer como tomarme una ducha y mirar cualquier película estirada en un sofá, pero no tenía ganas de ir hasta la casa de mi madre arrastrando la maleta. Me senté en un sillón del vestíbulo desde donde podía ver el ascensor y me puse a esperar.

Selim no tardó más de dos minutos en bajar del ascensor. Estaba tan atractivo como para provocarme calambres en la barriga. Mientras se me acercaba, examiné su cuerpo, y, cuando lo tuve parado delante de mí, las facciones del rostro. Yo seguía sentada en el sillón. Se inclinó, me cogió de la mano y me ayudó a levantarme. No era mucho más alto que yo. Me quedé mirándolo a los ojos..., unos ojos de distintas tonalidades de verde con reflejos castaños. Cubrió mi mano con la suya, me empujó hacia él, y apretó su mejilla contra la mía. Era una mejilla perfectamente afeitada y sin colonia. Respiré hondo el olor a persona, a hombre. «Ven, olvidémonos de la cena y subamos», tuve ganas de susurrarle al oído.

—¿Dónde iremos a cenar? —pregunté.

—Por lo visto, hay un buen restaurante de kebab cerca de aquí —propuso con cara seria.

En aquel mismo instante, supe que odiaba a los alemanes que se hinchaban de cerveza y a los turcos que siempre comían kebabs.

—¿O quizá prefieres coger tu maleta e ir a casa de tu madre?

Ahora me miraba con cara de pillo.

—Y yo que pensaba que los abogados no hacían bromas.

—No es bueno tener prejuicios.

Solté una carcajada. La chica de recepción levantó la cabeza y me miró desde lejos.

Todavía permanecíamos de pie en medio del vestíbulo, con mi mano en la suya. Retiré la mano, cogí el bolso que estaba encima del sillón. Cuando él me adelantó para abrir la puerta, observé sus nalgas. No estaban nada mal, sobre todo para alguien de su edad.

Caminamos durante un rato en silencio. Cuando llegamos a la catedral, le pregunté adonde iríamos.

—Aquí —dijo señalando algún lugar de por allí—. Hay un restaurante que se llama Borchardt. No es nada del otro mundo, pero lo que me gusta no es tanto su comida sino cenar al lado de ministros en un restaurante que puede considerarse, según los estándares turcos, bastante barato. La última vez que vine, una ministra estaba cenando en la mesa vecina. Ni siquiera llevaba escolta.

Quise acariciarle la larga melena. Los buenos turcos como él no se merecían a aquellos políticos.

Borchardt estaba tan tranquilo como esperaba encontrarlo en una noche de domingo. A pesar de todo, por si venía un cliente habitual, incluso en una hora tan avanzada, nos sentaron en una mesa al lado de la puerta.

Selim, apenas se sentó, extendió la servilleta sobre las rodillas.

—Me hubiera gustado tomarme un aperitivo antes, pero tengo demasiada hambre. Pídetes algo si quieres —dijo.

—No, pediré vino.

El camarero tiró las cartas encima de la mesa y se alejó corriendo.

—Parece increíble que sirvan tan mal. En otro lugar del mundo no cogerían de camarero a gente así —comentó mirándole por detrás.

—El camarero de este restaurante probablemente sea un profesional, pero los que trabajan en las cafeterías son casi siempre estudiantes. Por eso el servicio es tan desastroso.

—Entiendo. Pero eso no interesa al cliente. Lo mismo me da que me sirva un estudiante que un albañil. Lo que yo quiero es que me sirvan como es debido.

—Tienes razón.

Ambos pedimos escalopes y vino tinto.

Selim lo hizo en alemán, y además, en un alemán intachable.

—¿Dónde has aprendido el alemán? —pregunté cuando se alejó el camarero.

—Estudié en Suiza.

—¿Qué has estudiado?

—Derecho, evidentemente.

—Claro.

—No te gustan mucho los abogados.

—Yo no diría tanto. Después de todo, mi padre era del mismo ramo.

—Me dijiste que de niña habías vivido con tu familia en Turquía. ¿Fue por asuntos profesionales de tu padre?

—No exactamente. Huyeron con mi madre del fascismo alemán. Mi padre era judío y catedrático en derecho. Vivimos en Estambul hasta 1965, después volvimos a Alemania. Si fuese por mi padre, no hubiéramos vuelto. Fue mi madre la que insistió. Mi hermano y yo nacimos en Estambul.

—¿Y cuándo volviste tú?

—En 1988. Es una larga historia. Fui a visitar a una amiga, para una semana. Sigo allí desde hace trece años.

—Pero ¿no tuviste problemas con el permiso de residencia o de trabajo?

—¡Ay estos abogados! ¡Qué cosas más raras quieren averiguar!

Se encogió de hombros.

—Mi padre, en los años cincuenta, adoptó la nacionalidad turca. Fue uno de los pocos refugiados de la época que se acogieron a esa nacionalidad, y la conservó hasta su muerte. Como sabes, cuando los padres o las madres son turcos, también lo son los hijos.

Pensativo, movió la cabeza. Parecía turbado.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Qué vivos están todavía los recuerdos de la guerra.

—Hace sólo cincuenta años... Claro que están vivos. Aún vive gente que sobrevivió a los campos de concentración, ¿te imaginas? A veces ni yo me puedo creer que nuestra historia reciente esté marcada por tan profundos sufrimientos.

—Sí. Parece improbable que tan... —No encontró el calificativo adecuado.

En aquel mismo momento, el camarero trajo un enorme escalope que cubría casi la totalidad del plato. Tras el primer bocado supe que no me iba a costar terminarlo.

—¿Y cómo te sientes?

—¿A qué te refieres?

—¿Con qué cultura te sientes más identificada?

—Soy de Estambul. El único lugar del mundo al que siento que pertenezco es Estambul. Puede que sea debido a que es el único lugar al que puedo pertenecer sin por ello correr algún riesgo... Ya no sé distinguir, de todas mis vivencias, cuáles han sido escogidas y cuáles impuestas. Tengo un bonito pasaporte turco. Pero yo en Turquía no soy más que una alemana; una alemana que habla bien el turco. Cuando vivía en Alemania, a pesar de mi pasaporte y de mi madre católica, yo no era nada

más que una judía.

Cuando volvimos al hotel después de cenar, la recepcionista seguía allí donde la había dejado. Nos dedicamos una mutua sonrisa.

—¿Quieres subir, o prefieres que te baje la maleta? —preguntó Selim.

—Tráemela, por favor; así no tendré que subir. Estoy terriblemente cansada.

Mientras se dirigía rápidamente hacia el ascensor, dijo:

—Vuelvo enseguida.

Miré los escaparates de las tiendas del vestíbulo para pasar el rato. ¡Qué cosas más raras vendían!

Tuve un ligero sobresalto cuando Selim me susurró al oído:

—Vámonos.

Estaba detrás de mí con la maleta en la mano.

—Te acompaño —me dijo cuando fui a coger la maleta.

—No hace falta.

—Te llevaré a casa —insistió, y se echó a andar hacia la puerta. Corrí detrás de él.

—No seas ridículo. Cojo un taxi y ya está.

—Eres alemana —dijo riéndose de buena gana—. Eres capaz de coger el metro para ahorrar. Si no veo con mis propios ojos que has llegado a casa en taxi, no me lo creo.

Seguía riéndose cuando abrió la puerta para dejarme pasar.

Después de dar la dirección de mi madre al taxista, no volvimos a hablar hasta que llegamos.

—¿Te llamo al hotel mañana por la tarde?

—Mañana me espera un día muy movido, no sé a qué hora puedo estar en el hotel.

Miré a otro lado para que no se notara que su respuesta me había sentado mal, abrí la puerta y salí. Él bajó del coche inmediatamente después. Estaba convencida de que tenía la cara roja por los nervios. Miraba el suelo.

Me cogió la mano, o para ser más exacta, la punta de los dedos, y, como si estuviera explicando a un niño por qué cambian las estaciones, me dijo:

—No hace falta que nos llamemos, nos vemos mañana a las ocho. Hay un restaurante tailandés que me gusta mucho, en la parte este, en Prenzlauer Allee. Cenemos allí.

Sin soltarme la mano, dio pequeños golpecitos a los bolsillos de la chaqueta con la mano izquierda para ver si tenía un papel y un lápiz.

—Yo tengo.

Saqué mi pequeña libreta del bolsillo, y Selim la apoyó sobre el taxi y escribió la dirección.

—¿Te la sabes de memoria?

—Claro. Es mi restaurante preferido.

Volví a guardar la libreta en el bolso y le ofrecí la mejilla.

—Espera, te subo la maleta.

—Estás exagerando —protesté.

Introdujo la cabeza por la ventana del coche y pidió al chófer que abriera el maletero.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, al abrir los ojos, me quede sorprendida al constatar que no me sentía la mujer más feliz del universo. Uno de los aspectos que menos me gustan de hacerme mayor es ver cómo aumenta, a medida que pasa el tiempo, el sentido del deber. Esa situación impide que uno se olvide de las responsabilidades y se dedique plenamente a los asuntos amorosos.

Cuando entré en la ducha, no tenía en la mente a Selim, sino a mi madre. ¡Qué situación más lamentable para una mujer de cuarenta y tres años! Llamé a mi hermano mayor Schalom, con las gotas de agua deslizándose aún por mis piernas.

Ute, mi cuñada, respondió a la llamada.

—¿Estás en Berlín? —preguntó.

—Sí. Tenemos que sacar a mi madre del hospital y encontrar un sitio donde esté bien cuidada.

—Voy a llamar a Schalom, espera.

Tras colgar el teléfono, me vestí y salí a la calle para desayunar, caminé a lo largo del canal leyendo los menús colgados en la puerta de los cafés. Mi madre vivía en el Kreuzberg, que los ajenos al barrio y los turcos llaman «el pequeño Estambul». No obstante, basta con haber visto una sola tarjeta postal de Estambul para saber que ese mísero barrio nada tenía que ver con aquella ciudad.

En el pasado, ése era «el barrio por el que pasa el muro de Berlín», por lo que los alemanes, incluidos los obreros, no querían vivir en Kreuzberg. Por esa razón, mientras existió el muro, los alquileres de la zona eran muy bajos. Los turcos que empezaron a llegar a partir de 1965 como *Gastarbeiter* se establecieron allí por los precios económicos de las viviendas. Primero fueron los trabajadores y luego, en mis años de estudiante, los alemanes revolucionarios. Y cuando los «trabajadores invitados» regresaron a sus países de origen a medida que las condiciones de éstos iban mejorando, sólo los turcos continuaron en Kreuzberg, casándose y trayendo muchos niños al mundo.

Podía entender, por lo tanto, la presencia de inmigrantes en ese barrio; pero para mí aún sigue siendo un enigma por qué mis padres vinieron a parar allí. Me imagino que mi padre quiso vivir aquí cuando volvimos de Estambul, pero incluso después de morirse él, mi madre no se mudó, sino que siguió viviendo allí y criticando a los turcos. A mi madre le gusta sorprender a la gente hablando turco. A pesar de ello, sería absurdo pensar que decidió vivir tantos años en ese barrio para escuchar decir a la cajera de uno de los supermercados turcos: «¡Qué bien habla el turco, abuela!». Además, le pone muy nerviosa que la llamen «abuela», y siempre decía que le costaba resistir la tentación de tirarles la bolsa de aceitunas a la cara.

A veces pienso que la razón podría estar relacionada con su afición por el agua. A

pesar de haber nacido en Múnich, mi madre pasó su infancia en Hamburgo, por lo que, al contrario de mi padre, que era de Traer, había vivido siempre muy cerca del mar. Sospecho que por eso había aceptado seguir viviendo, aun después de acabar la guerra, en ese Estambul que encontraba demasiado musulmán y que nunca llegó a querer. En Berlín la única agua que se puede ver, sin contar los lagos de la región, es la de los canales que rodean la ciudad y la del río Spree, y a mi madre puede que no le guste Kreuzberg, pero sí su casa que está al borde del canal.

Durante mi visita anterior, me había comentado que algunas mañanas, cuando salía de casa, el canal olía como el Bósforo.

Le había molestado que le dijera que parecía que echaba de menos Estambul.

Antes de decidirme a entrar en un café que daba a lo que en Estambul llaman «metro ligero» —es decir, el metro que pasa por encima de la tierra— y que había descubierto durante una de mis visitas anteriores, había leído las cartas colgadas en las puertas de los cafés de Paul-Lincke-Ufer, esperando en vano que algún camarero, al verme indecisa, viniera corriendo a decirme: «Entre, señora. Tenemos *simits* recién salidos del horno, así como nata, miel y aceitunas *sele*».

Dejé atrás el canal y volví a la avenida Manteuffel. El café Morgenland, que me gustaba tanto por el desayuno que servían como por la vista que tenía, se encontraba en la esquina de la boca de metro de Görlitzer.

Me quedé con las ganas de pedir un desayuno con salami italiano que figuraba en la carta y me contenté con un trozo de queso por miedo a las vacas locas.

Mientras esperaba el desayuno, saqué del bolsillo la libreta para anotar, uno debajo del otro, todos los argumentos que se me habían ocurrido desde ayer para intentar convencer a mi madre de ir a una residencia, y al lado de cada uno escribí los que creí que ella usaría para no ir.

Cuando entré en la habitación del hospital con un termo lleno de café, me sentía como una alumna que había aprendido bien su lección.

En la cola del restaurante tailandés de Prenzlauer Allee, encendí un cigarrillo y eché el humo alegremente.

En cuanto pronuncié la palabra «residencia», mi madre dijo:

—Hace mucho que pienso lo mismo. De todos modos, no me quedan muchos amigos en Berlín, y los que aún están vivos se mudaron a residencias. —Y, como para convencerse a sí misma, añadió—: Creo que será lo mejor para mí.

Me había quedado sorprendida. No sé por qué, siempre pensé que ninguna persona anciana, y aún menos mi madre, querría ingresar en una residencia. Estaba convencida de que ésa era la razón de mi desconcierto. Mi hermano estaba en lo cierto: había empezado a pensar como los turcos. Creía firmemente que tener que ingresar en una residencia era una gran desgracia. En cambio, en Alemania, las residencias eran parte de la vida cotidiana y cada uno tenía un lugar según su bolsillo.

Al salir del hospital, me tomé dos copas de vino espumoso para festejar que mi madre se hubiera comportado por primera vez en su vida como una persona normal, y después entré en mi querida librería de la avenida Oranien. Antes de empezar a prepararme para la noche, incluso estuve leyendo un rato con las piernas estiradas. Y, un rato después, me hallaba en la cola que llegaba hasta la calle del restaurante donde había quedado con Selim.

—¡Qué pensativa! —dijo una voz. Era Selim. Llevaba en la mano una enorme carpeta, vestía un traje de lino beis y tenía la corbata aflojada.

—Hola —dije con un timbre de voz que incluso a mí me resultó extraño.

Me saludó con la cabeza y me enseñó a un hombre que estaba justo detrás de él.

—Te presento a Jean... Kati...

No dijo los apellidos.

—¿Habla francés? —me preguntó tras estrecharnos las manos.

—No muy bien.

—Mejor hablemos en alemán —dijo Selim mirando a Jean.

Por fin llegó nuestro turno. Nos sentamos a una mesa para cuatro cerca de la puerta de la cocina.

—Aunque su padre también era del ramo, Kati no siente mucha simpatía por los abogados. Por cierto, ¿cómo se llamaba tu padre? Puede que lo conozcamos.

—Abraham Hirshel.

Jean exclamó como si le resultara increíble:

—¿El jurista penal Abraham Hirshel es tu padre?!

—Sí.

Ya estaba acostumbrada a la reacción de la gente al oír el nombre de mi padre.

—Tu padre era un genio del derecho penal.

—Eso dicen —respondí orgullosa—. Supongo que tú también eres penalista.

Asintió con la cabeza.

—¿Y tú? —pregunté a Selim—. ¿No conoces a mi padre?

—Lo conozco de nombre, y por sus aportaciones al código turco. Pero el derecho penal no es mi especialidad.

—Selim organiza asambleas generales para sociedades anónimas —dijo en tono irónico Jean, quitándole la palabra.

El camarero tailandés se plantó delante de nosotros con la libreta en la mano.

—Yo voy a pedir cerveza y os aconsejo que no toméis vino —comentó Selim.

Jean y yo también pedimos cerveza.

—La comida es muy buena —dijo, y señaló el interior del restaurante—, pero como podéis ver, no es el lugar idóneo para tomar vino, es un restaurante muy popular —murmuró.

—Aconséjame un plato —dije.

—Si te gusta el pescado, el número setenta y nueve está muy rico. Es pescado seco cocido con verduras tailandesas. Pero si no te gusta el picante, pide otra cosa.

—Me gusta el picante. Quiero el setenta y nueve.

Selim y Jean pidieron trucha al apio cocida al vapor.

Cuando Jean se levantó diciendo que tenía que lavarse las manos antes de la comida, Selim se me acercó por encima de la mesa y dijo:

—Lo siento. Hubiese preferido estar a solas contigo, pero Jean tiene que volver a Bruselas mañana y sólo tenía esta noche para charlar un rato. Me vi obligado a invitarlo —se disculpó.

—No importa —dije comprensiva, con aires de mujer con mucha experiencia en la vida. Selim me acarició ligeramente la mejilla, felicitándome en silencio por mi comportamiento.

Mientras colgaba, con las manos limpias, la chaqueta en el respaldo de su silla, Jean observó:

—¿No es sorprendente que alguien que vive en Estambul conozca mejor que tú los restaurantes de Berlín?

Selim no debía de haberle hablado mucho de mí.

—Yo también vivo en Estambul.

—Si no recuerdo mal, en sus últimos años tu padre vivía en Berlín.

—Es cierto, pero yo volví a Estambul.

Enarcó una ceja.

—¿Estás contenta?

—Mucho. Ya llevo trece años.

Movió la cabeza, con aire pensativo.

—¡Ah! —dijo a la vez que hacía chasquear los dedos como si se le hubiera ocurrido una idea—. Le pregunté a Selim mientras íbamos en el taxi, pero él no sabía nada. Quizá tú sepas algo del asesinato ese... Lo leí en los periódicos...

Mi corazón empezó a latir fuerte. Le interrumpí.

—¿Qué asesinato? —dije tratando de parecer desinteresada—. ¿El de Müller?

—¿Ves? —dijo volviéndose a Selim—. Los que leen periódicos están al tanto.

—Esos temas entran dentro del ámbito de interés de Kati.

—¿Qué quieres decir con el «ámbito de interés»?

—Kati vende novelas policíacas en la única librería de Estambul especializada en novelas negras.

—¿Qué era lo que me querías preguntar? —dije metiéndome en medio de la conversación.

—Iba a preguntar cómo está la cosa, si dieron con el asesino.

—No, y no parece que lo vayan a encontrar. En el *Westdeutsche Zeitung* publicaron una entrevista con el comisario que lleva la investigación. No parecían tener ni una sola pista. Otro crimen que quedará sin resolver.

Mientras decía todo eso, me di cuenta de hasta qué punto, en el fondo de mi ser,

fracasar como detective me había provocado una decepción.

—Es curioso que la policía alemana no quiera participar en la investigación — dijo Jean al tiempo que encendía un cigarrillo.

—¿Cómo sabes que no quieren?

—De lo contrario, hubiesen participado.

—Según parece, su petición no fue aceptada.

Repitió lo que acababa de decir para asegurarse de haberme oído bien.

—Así que quisieron cooperar y no les dejaron. ¡Muy interesante! ¿Estás segura?

—¿Qué tiene de interesante?

Se rascó la oreja con cara de preocupación.

—Normalmente, cuando la policía del país de la víctima propone una cooperación, no se le rechaza la propuesta; sobre todo tratándose de dos países como Turquía y Alemania, que tienen una intensa relación en asuntos judiciales. Me pregunto por qué lo habrán rechazado.

La última frase la dijo para sí mismo.

Selim soltó una carcajada.

—No hace falta pensar con tanto detenimiento, mi querido amigo. Si conocieras a los turcos, aunque fuera tan sólo un poquito, no estarías tan sorprendido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jean, que todavía se rascaba la oreja.

Selim frunció la boca.

—¿No habéis oído hablar de la soberanía nacional? —preguntó, y señalándome con el índice, dijo—: Tú sabrás hasta qué punto somos soberanistas.

—¿Y si hablaras de modo que yo también pudiera comprenderte? —pidió Jean, mostrándose humilde.

—La policía turca no resuelve un crimen cometido dentro de sus fronteras con la ayuda de la policía de otro país. El crimen puede que quede sin resolver, pero nunca se acepta la ayuda de la policía de otro país. Nadie interfiere en los asuntos internos del Estado turco. Y tratándose de la policía, ni siquiera el propio Estado puede meterse en sus asuntos.

—De acuerdo —dije echándole una mirada fulminante—, la policía dice que no hay pruebas. Lo que significa que no hay huellas dactilares, ni testigos, ni un botón roto o un pelo encontrado en el lugar del crimen. Y lo más importante de todo, no hay un motivo para matar al hombre. ¿Me pueden decir cómo van a resolver un caso así? ¿La policía alemana va a dar con la pista que no ha encontrado la policía turca?

—¿Por qué no? —replicó Jean, alzando los hombros.

—Hablas como si no conocieses la ineficacia de la policía alemana. ¿Te acuerdas del intento de robo de un banco en el que retuvieron a dos chicas como rehenes? Una de ellas había sido víctima de la policía, y no de los atracadores.

—Tienes razón, se muestran muy torpes en asuntos de secuestros, pero son buenos cuando se trata de homicidios. Claro que también hay que hablar de los medios tecnológicos de que disponen. Los alemanes están mejor equipados, sin más.

—La capacidad policial de dar con el culpable no es cuestión de tecnología. Los crímenes se resuelven con el cerebro —dije. Proseguí levantando la voz y con aires de profesor de escuela primaria—: El éxito de la policía en resolver los crímenes no es proporcional a la renta per cápita del país. Lo mismo pasa con la salud. Toda la gente cree que en Turquía los servicios sanitarios son deficientes, pero a la hora de diagnosticar, los médicos turcos son mejores que los alemanes.

—Vale, pero tú has tomado como ejemplo el punto más débil de los alemanes. El estado lamentable de la sanidad alemana no es ningún secreto. Los médicos son particularmente malos en el diagnóstico. Pero resolver asesinatos no es lo mismo. Incluso... —sostuvo Jean, que se rascó la oreja mientras pensaba—. No me acuerdo de las cifras exactas, pero la proporción de casos de asesinatos resueltos es muy elevada.

—Bueno, ya está bien —dije.

La discusión sobre la elección de policía turca o alemana no podía considerarse un tema en el que yo pudiera opinar.

—¿Por qué te interesa tanto este asesinato? —pregunté. Fijó la mirada en algún punto situado más allá de mi cabeza.

—Desde hace dos años, intento sentar a Müller en el banquillo de los acusados —dijo absorto.

Me sobresalté. ¿Así que el enigma de la vida de Müller me sería desvelado en aquel sencillo restaurante tailandés?

—¿Con qué cargo? —pregunté intentando conservar la sangre fría.

Jean esperó a que se alejara el camarero que había traído un enorme bol de arroz.

—No sé si te acordarás. A finales de los años ochenta, hubo una cadena de asesinatos de niños que conmocionó a toda Europa. Fue una verdadera masacre. Habían hallado el cuerpo sin vida de doce niños de entre cuatro y nueve años. Primero violaban a los niños secuestrados y luego los mataban.

—Espera —exclamé.

Cerré la boca y fui corriendo a los lavabos. Por primera vez desde mi infancia mi estómago había decidido vaciar su contenido sin recurrir a mis intestinos.

«Eso —pensé con la cabeza dentro del retrete— es por lo que le pasó al hijo de Petra, por haber querido vomitar aquella vez y no haberlo conseguido».

Hacía rato que había digerido los quesos del desayuno, no había ingerido nada más que el café que había tomado con mi madre y los dos vinos espumosos. Menos mal que no había comido tanto como para verme obligada a permanecer largo rato con las rodillas —que cuidaba con cremas muy caras— reposando sobre el azulejo del suelo y con la cabeza dentro del retrete de aquel restaurante barato.

Cuando acabé, bajé la tapa del retrete y me senté encima. Esperé, puede que unos cinco minutos, hasta sentirme capaz de enfrentarme al mundo de allí fuera. Al salir y mirarme en el espejo que había encima del lavabo, la cara con que me encontré era verdaderamente espantosa, como si hubiese llorado. Menos mal que no se me había

corrido el maquillaje. Como no podía lavarme la cara, mojé la toalla de papel y me refresqué las mejillas. Cuando cerré la puerta de la que colgaba el dibujo de una niña sentada en un orinal, encontré a Selim apoyado en la máquina de tabaco. Me miró la cara con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Algo que he comido a mediodía me ha debido de sentar mal —dije bajando la cabeza. Me sentía molesta, no tanto por mi mentira, sino por sentir que me observaba. Caminé rápidamente hacia la mesa. Me dejé caer como un saco en la silla que Selim me acercó con delicadeza. Tenía delante el pescado número setenta y nueve que había pedido, con la boca que se me hacía agua. Comprendí que no soportaría los aromas exóticos que desprendía. Empujé el plato lo más lejos posible.

—No voy a poder comérmelo —dije a Selim con un tono de disculpa—. ¿Puedes pedir un té de jazmín, por favor?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jean.

—Últimamente he trabajado demasiado —dije sonriente. Mirándolo bien, tampoco era del todo falso—. Me estabas contando los motivos por los que perseguías a Müller.

—¿Y si dejamos de tocar temas tan desagradables y hablamos sobre la situación política de Turquía? —sugirió Selim, mientras con una mano cogía la mía que había extendido hacia el paquete de cigarrillos—. Será mejor que no fumes ahora —dijo con delicadeza.

Comprendí que la cara que le había puesto era tremenda, ya que Selim se retractó enseguida de su sugerencia.

—Tú misma, fuma si quieres. Lo he dicho por tu bien.

Se notaba que a Jean no le hacía ninguna gracia presenciar la lucha por el poder de dos personas que coqueteaban. Parecía estar más interesado que yo en volver a la cuestión Müller. Empezaba a hablar, al tiempo que miraba a Selim encenderme el cigarrillo.

—El intento de la policía de encontrar el paradero de los niños no dio resultado. Raptaron a doce niños en siete meses, y pasado un tiempo se hallaron sus cadáveres. A pesar de que se encontraron algunas pistas, éstas no ayudaron a elucidar lo ocurrido.

—¿De dónde procedían los niños? Es decir, ¿en qué país ocurrió todo esto? —pregunté sintiendo miedo de la respuesta.

—Raptaron al primer niño en Alemania occidental, hallaron luego su cadáver en un terreno boscoso entre Bruselas y Brujas. Los dos siguientes eran de Bélgica. También desaparecieron niños de Holanda y de Francia, y semanas más tarde dieron con sus cuerpos. Los cadáveres fueron encontrados en diversos sitios: algunos, al lado de la autopista; otros, en el bosque. Todo parecía demasiado profesional como para que lo hubiera llevado a cabo un simple maníaco sexual; durante mucho tiempo no se encontró ninguna pista acerca del secuestro ni del paradero de los niños. Los

rasgos físicos del presunto culpable, descritos por los testigos, no coincidían. Era obvio que no se trataba de un solo maníaco, sino de una banda organizada.

—Hace un momento me has dicho que hallaron algunas pistas.

—Sí. Gracias a una denuncia, descubrieron la casa a la que llevaban a los niños raptados —explicó llevándose a la boca una extraña hortaliza de color rosa—. Sin embargo, en ella no se encontró ninguna pista que pudiera ayudar a resolver el caso. De hecho...

—¿Sí?

—Gracias a ello se comprobó que los niños habían sido utilizados en el rodaje de películas pornográficas. Encontraron en el sótano un estudio perfectamente equipado.

—¿Huellas dactilares, manchas de sangre...?

—Nada. Habían limpiado la casa a fondo antes de que viniera la policía. Lo cual resulta bastante sorprendente. Uno se pregunta, por ejemplo, cómo es que no incendiaron la casa. Pero éste no es el único punto oscuro. Estamos frente a uno de los hechos más complejos y enrevesados con los que me he encontrado hasta el día de hoy.

—¿Qué pasó dos años atrás?

—¿Cómo que dos años atrás? Ah, entiendo, como te he dicho que hace dos años que sigo la pista de Müller... Tras una denuncia, incautaron en París, en un videoclub que vendía películas X, cintas de pornografía infantil. La mayoría de ellas estaban filmadas en países del Extremo Oriente o en Rusia. Una de ellas llamó la atención de la policía.

Le interrumpí:

—¿La policía seguía persiguiendo a los asesinos de los doce niños?

—El caso seguía abierto, claro. Pero no se trataba de los acontecimientos de años atrás, ni de la sospecha de que pudieran haber utilizado a los niños para sus películas, sino de los medios técnicos usados y la calidad del escenario.

Hice una mueca de repugnancia.

—Tienes razón —dijo Jean. Selim seguía callado—. Claro que es repugnante. Pero es lo que hay. Parece ser que, por lo general, la filmación de pornografía infantil se hace con técnicas muy deficientes. Supongo que debido a que están filmadas, en general, por un solo maníaco sexual con una cámara sencilla. En cambio, se ve que, en esa película, la iluminación, la cámara y todo lo demás eran de calidad superior, y eso fue lo que llamó la atención de la policía.

—¿Y si dejáramos de hablar del tema? —propuso Selim.

—Un momento —intervine—. ¿No me lo puedes contar sin detenerte en los detalles?

—Yo tampoco me muero de ganas de contar esa basura —dijo Jean.

—¿Qué pasó al final? Quiero decir, ¿qué es lo que te ha llevado hasta Müller?

—Cuando descubrieron que el niño de la cinta encontrada en el local de Cliché era Wim, al que habían raptado del orfanato de Róterdam en 1999, y al que más tarde

mataron como a todos los demás niños, investigaron cómo el dueño del videoclub había conseguido la cinta. No voy a entrar en detalles, ya que me habéis pedido que no me enrolle. Se comprobó que Müller también era miembro de la banda, e incluso se sospechó que él había grabado la película. O, más exactamente, un reincidente que arrestaron por otro delito confesó durante el interrogatorio haber participado en el secuestro de los niños y contó todo lo que sabía sobre la banda, con el propósito de aprovecharse de la reducción de la pena. En las declaraciones que ese hombre hizo antes de ser asesinado, figura también el nombre de Müller.

—¿Antes de ser asesinado?

—Antes de que testificara en los tribunales, encontraron el cadáver del preso en el exterior de la cárcel.

—¿La banda es muy poderosa, entonces?

Empezaba a dolerme la barriga.

—Sí. En mi opinión, es un asunto muy gordo.

—Por lo tanto, ¿piensas que la banda ordenó que mataran a Müller?

—Estoy convencido; para impedir que prestase declaración.

—Pero el método que usaron para matarlo ¿no resulta un tanto raro?

Me preguntaba hasta qué punto Jean sería capaz de ir más allá de sus propias conclusiones.

Volvió a rascarse el oído.

—¿El que se haya cometido con un secador del pelo?

Asentí con la cabeza.

—Por ejemplo. ¿A qué asesino se le ocurriría matar así? Parece cosa de aficionado. Es verdad que no ha dejado huellas, lo cual es bastante profesional, pero una banda que contrata a un matón...

—Lo hubiese matado con una pistola —concluyó él, y luego se quedó durante un rato reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Ya te he dicho, es un asunto sucio y complicado —dijo perplejo.

—¿Y tú eres el abogado de algún familiar de uno de los niños?

—Otro punto muy importante: la banda escogió a los niños que secuestró, sin dejar nada al azar. Cinco de los niños eran huérfanos que vivían en orfanatos. Y los demás eran hijos de padres pobres o inmigrantes, familias desprovistas de los recursos necesarios para luchar, ya fuera por su condición social o por la falta de medios económicos.

—¿Quién te ha contratado, entonces? —pregunté.

—Represento a una familia del Camerún que emigró a Bélgica. Un amigo abogado que trabaja con los inmigrantes y sabe que soy experto en crímenes contra la infancia les sugirió que hablaran conmigo. Después de estudiar un poco el caso, decidí aceptar el caso sin cobrarles. Han pasado diez años desde entonces, y aún no hemos avanzado ni un ápice. Cada vez que creemos estar a punto de resolverlo... —suspiró, perplejo—, ya veis lo que pasa.

—Hablaste de un niño que secuestraron en Alemania occidental —dije escondiéndome la cara detrás del vaso de cerveza—, el primer niño secuestrado. ¿También vivía en un orfanato?

Parecía estar reviviendo lo ocurrido, sin pedirme por qué preguntaba por ese niño en particular.

Apoyó la cabeza en las manos.

—No, el niño había crecido con su abuela. Sus padres vivían en Seúl. La mujer era alemana; el marido, coreano. Aquélla era la única familia que podía permitirse no resignarse; sin embargo, a esa pareja no parecía importarle mucho lo que podía haberle pasado al niño. A pesar de ello, creo que contrataron a un detective. Claro que no consiguieron nada. Cuando lo mataron, el niño tenía seis o siete años.

—¿Te acuerdas de su nombre?

—Peter —dijo con tristeza, como si gimiera—. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? Me acuerdo de los nombres de todos los niños.

Encendí otro cigarrillo.

—¿El niño vivía en un pueblo de la orilla del Rin?

—Sí, si se le puede llamar pueblo. Tenía un nombre raro. Un momento...

Indicó con la mano que no le distrajéramos.

—Pfaffenheck —dijo—. Sí, Pfaffenheck. Su madre se llamaba Gudrun Kim. Trabajando en ese expediente, me enteré de que más de la mitad de los coreanos se apellidan Kim.

—¿Así que el niño era medio oriental, medio alemán?

—Sí, aunque, en mi opinión, no tenía rasgos orientales —dijo levantando los hombros al mismo tiempo que se rascaba la oreja—. La vida íntima de los matrimonios no me interesa.

—Así que el nombre de la madre era Gudrun —dije, revelando en voz alta lo que estaba pensando.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté a Jean.

—No va a pasar nada. Mientras Müller vivía, albergaba cierta esperanza. Él era la punta del iceberg. Según el hombre que había declarado a la policía y al que habían matado en la cárcel, Müller se encargaba de establecer los contactos. Por lo tanto, conocía también a los demás miembros de la banda —explicó frunciendo la boca apenada—. Tanto esfuerzo para nada.

—¿Quieres decir que el caso está cerrado?

—Si Müller hubiese hablado, la investigación podría haber progresado. A través de él, habríamos tenido la oportunidad de llegar a los demás. Ya no hay nada que hacer; ni siquiera sigo las noticias que salen en los periódicos sobre el asesinato de Müller. Es un asunto cerrado para mí —explicó, rascándose la oreja—. Voy a acabar lamentando su muerte —observó, y movió la cabeza hacia atrás como si quisiera convencerse de que todo aquello ya era agua pasada—. Tienes razón —dijo luego, dándole un golpecito al hombro de Selim—, hablemos de cosas agradables.

Durante el resto de la cena no pronuncié palabra, salvo para responder a las preguntas dirigidas directamente a mí. Aquella vez no hizo falta que Selim insistiera en acompañarme a casa. Estaba demasiado cansada y pensativa como para entrar en cualquier tipo de demostración de poder.

Cuando el taxi se paró delante de la casa de mi madre, al tener mi mente tan ocupada con Petra y Peter, no comprendí lo que quiso decir cuando me explicó que al día siguiente tenía que levantarse a las siete.

—Pones la alarma del reloj y te levantas —respondí.

—Será mejor que no suba, y, así, que nuestra primera noche sea especial, que al menos podamos desayunar juntos.

No sabría decir si fue su normalidad lo que me devolvió a la realidad.

—No importa —contesté—; si todo va bien esta noche, tendremos muchas más mañanas para desayunar juntos.

A la mañana siguiente, Selim se levantó efectivamente a las siete en punto. Yo no paré de dar vueltas en la cama. Compuse mentalmente decenas de frases, pero ninguna me gustó. ¿Qué le iba a decir a Petra?

No le dije gran cosa. O bien, según cómo se mire, todo quedó dicho en nuestra breve conversación.

—Ya sé quién mató a Müller.

—Entonces no me llames a mí, sino a la policía.

—No quiero llamar a la policía.

—¿Por qué?

—Creo que ya has sufrido bastante, no quiero que encima tengas que entrar en la cárcel. Sólo quiero que sepas que te comprendo.

Volví a dejar el teléfono en su sitio, al lado de la cama. Saqué de la maleta el vestido más bonito; después de todo, iba a visitar a mi madre.

Capítulo 10

Tres días más tarde, cogí el avión para ingresar a mi madre en una residencia de Mallorca, y Selim se fue a Estambul para poner en orden sus asuntos laborales. Cuando volvimos a encontrarnos en Berlín para irnos a Marruecos, sentí que, después de haber pasado una semana en Mallorca con mi madre, necesitaba irme de vacaciones.

Cuando se está enamorada, una vuelve a estar en forma enseguida. En la reluciente mañana de Agadir, me sentía como si hubiese vuelto a renacer. No me expuse demasiado rato al sol, a pesar de la gran cantidad de crema protectora que usaba: no tengo la intención de arrugarme antes de tiempo. A pesar de todo, al mirar en las marcas del bikini, me di cuenta de que me había puesto bastante morena.

Cuando después de tres semanas volví a Estambul, Pelin se había acostumbrado del todo a la tienda. Los negocios habían marchado a la perfección, lo que me demostró que se podía prescindir de mí incluso en mi propia librería.

Lale no había dimitido de su puesto en *Günebakan*, sino que la habían despedido con una cuantiosa indemnización. Pensaba irse a Cuba por una temporada y dijo que cuando volviera, ya no trabajaría como periodista. Sólo Dios sabe lo que hará.

En la empresa publicitaria en la que trabajaba Yilmaz, despidieron a varias personas; él se encontraba entre los «indispensables». Me enteré de que le habían bajado el sueldo, pero él no soltó prenda. La bolsa de Estambul tendía a subir, así que aquel sábado, en el café de Firuzaga él pagó los té.

¿Y Fofó? Pues sigue enamorado. Durante mi ausencia vino a buscar sus pertenencias y dejó la llave al propietario de la casa. ¡Qué grosero! No sé con cuántas cosas más tendré que apechugar.

Batuhan había dejado un mensaje en el contestador. Tuve miedo de que Selim me preguntara: «¿Quién es?». Con los hombres turcos, nunca se sabe.

No volví a llamar a Petra, y ella tampoco me llamó a mí. A los pocos días de volver de Marruecos, mientras desayunábamos, Selim me leyó en voz alta la noticia de que el equipo de filmación seguía en Estambul. Como ven, mi nuevo amor es un acérrimo lector de periódicos.

Según creo, Mesut va a seguir todavía mucho tiempo en la cárcel. Y cuando haya salido, ya se habrá olvidado de mí. A pesar de todo, mandar a alguien para que se disculpara en su nombre por no haber acudido a la cita era un gesto admirable, ¿verdad?

Las orugas y demás

Hace tres días que Selim está de viaje de negocios en la ciudad sureña de Adana. Tiene casos para todos los gustos: empresas insolventes, bancos arruinados... Su secretaria lo ve más que yo. Al parecer, los abogados tienen más trabajo en épocas de crisis, puesto que aumenta el número de morosos, ladrones, corruptos y carteristas, así como de divorcios.

No me quejo de su ausencia. Además, las separaciones breves son beneficiosas para la pareja, y la verdad es que sé muy bien cómo entretenerme sin mi amor. Sin embargo, esta vez ni siquiera las brillantes chanclas de charol de color naranja, con un lazo, que acabo de comprar en las rebajas, han logrado hacerme sonreír. Una muralla de angustia asedia mi corazón. Una enorme oruga me va comiendo la cabeza.

Puede que ustedes se pregunten cuáles son los motivos que me provocan este malestar. Lo cierto es que no puedo dar una respuesta bien definida: tengo un buen trabajo, estoy contenta de tener un compañero y amigos con los que compartir mis penas y alegrías. ¿A qué más podría aspirar una mujer en los umbrales de la madurez? Bueno, puede que a menos arrugas o menos celulitis; pero yo no suelo malgastar el tiempo lamentándome por mi celulitis mientras el amado Estambul empieza a envolverse en su belleza otoñal. No obstante, a pesar de lo que algunos hayan podido decir, no llego a esos extremos de frivolidad.

Se preguntarán a qué viene eso. Soy consciente de que debo darles una explicación. Tiene que ver con la persona que hasta hace poco ocupaba el centro de mi vida, es decir, Juan Antonio Pérez Domínguez, alias Fofó. Lo mejor será retroceder diez días y empezar a contarle desde el principio.

Como saben, a principios de verano o finales de invierno, pues el entretiempo duró tan poco que no me atrevo a llamarlo primavera, Fofó se enamoró, desapareció, y no tuvimos noticias suyas hasta el martes pasado.

Aquel famoso martes, alrededor de las cinco, cuando tenía la tienda llena de clientes —los turcos siguen comprando novelas negras sin dejarse impresionar por la crisis—, de repente, vi entrar a Fofó. Pueden imaginarse mi alegría.

Me explicó que se había instalado en casa de Alfonso, en la isla Büyükkada, que bajaba muy pocas veces a la ciudad y que por eso no había venido a verme. Por si no saben dónde se encuentra Büyükkada, les diré que no es una isla mediterránea, sino que está muy cerca de la ciudad; se tarda media hora en llegar en catamarán, aunque yo me niego a subir a esos chismes claustrofóbicos. Prefiero sentarme en la cubierta del barco y tomar el té bajo el suave viento del mar de Mármara, pero ésa es otra cuestión.

Evidentemente, cuando por fin tenía a Fofó a mi lado, no iba a dejarlo marchar rápidamente, así que llamé enseguida a Selim para que reservara una mesa para cenar los tres juntos. Y, puesto que sabía que le encantaba ir a los restaurantes ubicados en las zonas menos agraciadas de Estambul, como por ejemplo los restaurantes de kebab en Eminönü, le pedí que escogiera algún lugar decente. Aunque, en realidad, supongo que tengo que admitir que tratar de poco agraciada la zona de Eminönü es injusto. De hecho, es una de las plazas más esplendorosas de la ciudad, pero ha sido víctima de los ayuntamientos de Estambul, así como del concepto de urbanismo de los turcos, por lo que, en la actualidad, sirve de parada central de los autobuses de la ciudad.

Finalmente, quedamos con Selim y Alfonso a las ocho de la tarde en el restaurante japonés de Elmadag. Las cosas se torcieron cuando quise cerrar cuanto antes la tienda e ir a casa a tomar una ducha y cambiarme. Aunque no me pareció que eso fuera nada extraño, Fofó, en cambio, insistió en que, en vez de ir a casa, lo acompañara al café que hay enfrente de la tienda para charlar y tomarnos un té. En realidad, no insistió, sino que se empeñó; progresivamente fue perdiendo los estribos y al final acabó insultándome. ¡Y qué insultos! Primero, me preguntó por qué no podía ir a cenar tal y como iba vestida; continuó diciéndome que, de todas maneras, estaba harto de esos comportamientos de clase media, y que ya era hora de que me enterara de que en la vida había cosas más importantes que la elegancia, las arrugas y la piel que se seca. Siguió reprochándome que yo me calentara la cabeza con frivolidades mientras el mundo entero estaba conmocionado por el 11-S y una guerra mundial podía declararse en cualquier momento. ¿Acaso no iba a ser posible hablar conmigo de cosas serias?

Tal como se imaginan, respondí a la pregunta de Fofó; no hubo cena aquella noche y no conocí a Alfonso.

Quiero dejarlo claro: la pelea con Fofó no es el motivo de mi disgusto, ni la oruga que me come la cabeza. Entiendo que no puedo exigirle a nadie que sea mi amigo, pero no voy a cambiar a estas alturas, ni me apetece sufrir por culpa de la gente grosera, hiriente y rencorosa. Aunque tampoco tiene que ver con mi ciclo menstrual, tal y como Selim apunta cada vez que se le presenta la ocasión; pues mi amante pertenece a ese grupo internacional de hombres que resuelve todo lo que son incapaces de entender sobre una mujer afirmando que «tendrá la regla»; de todos modos, debo admitir que, en el fondo, ese tipo de hombres me gusta.

En fin, volvamos al tema de la oruga. Tengo la manía, desde mi tierna infancia, de dar rodeos para evitar hablar de las cosas que no me agradan. Soy un ejemplo vivo de que el ser humano nunca cambia.

Bueno, por última vez: volvamos al tema de la oruga.

La verdad es que me cuesta explicar la causa de su existencia.

(Un breve silencio).

Puede también que algunos de ustedes tengan orugas parecidas dando vueltas en su cabeza. Si ése es su caso, ya me habrán entendido. Y si no... Mejor no les aburro con tantos rodeos y voy al grano de una vez por todas. Se trata de lo siguiente:

Que Petra planeara un crimen tan perfecto y admitiera cometerlo sin protestar siquiera me produce cierta intranquilidad, y esa misma desazón se va convirtiendo en una enorme oruga que me va comiendo la cabeza.

Entré en la tienda a la mañana siguiente, con la expresión decidida y cansada propia de las personas que tienen un objetivo en la vida. Había pasado la noche sin pegar ojo, como muchas veces me había ocurrido en esos últimos tiempos, si bien esa vez me sentía feliz. Fui directa al teléfono y llamé a la señora Muazzez, la secretaria de Selim y la única persona que me podía llevar hasta Jean.

Cinco minutos más tarde tenía a Jean al otro lado del aparato.

—Claro que me acuerdo de ti —dijo interrumpiéndome.

—Yo... Te quería preguntar algo... Puede que a ti te parezca absurdo, pero...

—¿Quieres que sea sincero?

«¿Qué querrá decir?».

—Dime.

—No hay nada que me pueda resultar tan absurdo como que una mujer como tú esté con Selim.

Tosí para aclararme la garganta.

—¿Te acuerdas de que habíamos hablado de los niños asesinados? Creo recordar que tenías información acerca de cada niño y sus padres.

—Hum.

—Te iba a pedir que me los mandaras por fax.

Me daba cuenta de lo extraña que era mi petición.

—No voy a preguntarte por qué estás tan interesada en el asunto. Decírmelo o no es decisión tuya —manifestó con voz seria.

—Si callarme no implica que no me des la información, entonces preferiría no decir nada.

Para ser sincera, incluso después de tantos años, me hubiese costado construir una frase tan compleja en turco.

Esperaba con el corazón en un puño.

—Bueno, ya te lo pasaré, aunque...

—¿Qué?

—Llevaría mucho tiempo mandarlos por fax. Nuestros expedientes están archivados en el ordenador. Dame la dirección de tu correo y te los mando enseguida.

Le di la misma dirección que les he dado a ustedes, mis queridos lectores. No

tuve que esperar mucho. Diez minutos más tarde, cuando me metí en internet, me esperaba en mi buzón un archivo de un total de ciento ochenta y tres páginas, que comprendía los informes de la policía y de los tribunales, escritos en francés, en alemán, y algunos en idiomas que no entendía, además de las traducciones a otros tantos. Iba a tener que hacer una criba para encontrar la información que me interesaba.

¡Qué remedio!

Dejé la tienda y los clientes en manos de Pelin y me fui a casa.

Fui tomando notas mientras leía los informes escritos en alemán, me esforzaba por descifrar los escritos en francés e intentaba adivinar los que estaban en holandés. Cuando acabé con los documentos sobre el octavo niño asesinado, hacía tiempo que había caído la noche e incluso algunas personas ya estaban durmiendo. Lo que leía me partía el alma, tenía hambre y me dolía la espalda por haberme pasado el día entero sentada a la mesa. Tenía el segundo paquete de cigarrillos a medias, y aún no había hallado una sola información que me ayudase a librarme de la oruga. No obstante, lo que buscaba tenía que estar entre esas ciento ochenta y tres páginas, o sea, que estaba delante de mis narices.

Pasé al noveno niño.

El noveno niño había sido raptado en Alemania, en un campamento de refugiados de Krefeld.

Cuando se llevaron al niño, no había cumplido los cinco años. Sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Por ahora, era el más pequeño de todos. Me llevé la mano a la frente. Era un milagro que aún no me hubiera empezado la migraña. Encendí otro cigarrillo y seguí leyendo. El lugar de nacimiento del niño era Sofía. Sólo aparecía el nombre de la madre, Mitra Marinova. La casilla para el nombre del padre estaba vacía. Al parecer, a la madre le habían denegado el asilo como refugiada política, y cuando faltaba una semana para que la mandaran de vuelta a su país, habían secuestrado al niño. La dirección de la madre era la siguiente: provincia j.k., bl. 54 (vila7) et.3 1342, Sofía, Bulgaria; y el número de teléfono era el (—359 2) 292 44 76. Finalmente, me decidí a salir a la calle a comerme una tostada con *kasher* en el Bambi Büfe.

Me levanté por la mañana hecha una ruina física y moral. Los detalles de los que me había enterado me habían martirizado durante toda la noche. Ni siquiera lavarme los dientes había conseguido quitarme el sabor a óxido de la boca. Era sábado; sin embargo, no estaba en condiciones de soportar a Yilmaz, ni tampoco los cotilleos triviales. Así que le llamé para decirle que no iba a poder ir.

Me dirigí a la cocina para prepararme un café con el que reponer fuerzas antes de

volver a las carpetas que me esperaban en el ordenador. Mientras miraba fijamente la tetera, esperando a que hirviera, se me encendió una luz en mi cabeza.

Mis pensamientos retrocedieron tres meses y fueron a parar a un día de junio, en el que hacía tanto calor que hasta las palomas sudaban. Estaba subiendo por las escaleras de una villa a la orilla de Yeniköy. Al entrar por la puerta, me encontré con una mezcla de frescor y de olor a húmedo de las antigüedades austeras. Entré en el salón. Quería sentarme en la veranda; no me apetecía quedarme en aquel escaparate repleto de objetos. Antes de salir, vi que no estaba sola. Tenía al lado a la sirvienta vestida de blanco. Me contó cómo había aprendido el turco y me dijo que era de Bulgaria.

Fui a mi estudio para llamar por teléfono. No podía evitar sentir que lo que estaba a punto de hacer era un disparate. Mis lectores sensatos compartirán las mismas sensaciones. Marqué el número que había anotado la víspera: 0035922924476. Oí un clic y me puse a esperar. Tenía el corazón en un puño. Seguí esperando con impaciencia. El teléfono no sonó.

Pulsé la tecla de rellamada y en aquel momento me acordé de que el agua debía de estar hirviendo desde hacía rato. Esa vez tampoco dio línea. A la tercera, no apreté la tecla de rellamada, sino que volví a marcar el número. «¿Y si me tomara el café y volviera a llamar después?», pensé.

Esperé un poco más. Tal como pasa en las novelas, justo cuando estaba a punto de colgar, oí el tembloroso pitido de la llamada. En el caso de que me respondieran, ¿qué iba a decir y en qué idioma?

Cogieron la llamada. «Buenos días», dije en inglés.

Me respondieron en búlgaro.

—¿Entiende el inglés? —pregunté en inglés, y, a continuación, añadí—: *Deutsch?*

La mujer volvió a decirme algo en búlgaro.

—Mitra Marinova —dije en vez de seguir enumerando lenguas.

La mujer siguió hablándome en búlgaro.

—Mitra —repetí en voz alta, como si el problema no fuera que no tuviéramos una lengua común, sino que no pudiéramos oírnos.

No respondieron. Busqué con la mirada el paquete de tabaco que estaba encima de la mesa.

—¡Hola! ¿Quiere hablar con Mitra? ¿Quién es usted? —dijo en alemán una voz de hombre.

—Nos conocimos en Alemania, en Krefeld. Soy una amiga.

—Mitra no está en Sofía, trabaja en Turquía.

Suspiré profundamente.

—¿Tiene su número de teléfono? Éramos buenas amigas. Hace mucho que no tengo noticias tuyas. No sé si le habló de mí alguna vez. Me llamo Tina y soy de Ghana.

No se les ocurra preguntarme si en Ghana existe el nombre de Tina, porque no

tengo ni idea y estaba convencida de que tampoco la tenía el hombre que estaba al otro lado del aparato.

—Tengo un número —dijo, y me lo dictó.

No llamé enseguida. Me concedí un tiempo para tomarme unos cuantos cafés y fumarme algunos cigarrillos.

—Adana te ha sentado de maravilla —dije a Selim.

Selim me miró con una sonrisa.

—Llegaremos tarde. ¿Nos vamos?

Me dejó delante del café de Yeniköy y él siguió hasta su despacho.

Vi a las dos mujeres sentadas en la otra esquina al entrar por la puerta destartada del café. Ese día, la sirvienta uniformada de blanco llevaba una blusa de hilo mercerizado amarillo. Llevaba el pelo recogido atrás como aquel día de junio en que la había visto por primera vez. Tenía los labios pintados de un rojo que llamaba la atención incluso desde donde yo me encontraba.

Observé bien a la mujer sentada al lado de Mitra, mientras me acercaba a ellas. Era una mujer de nariz prominente y ojos grandes. Dejando a un lado los ojos, lo único llamativo en ella, en mi opinión, era su camiseta con estampado de piel de leopardo. Se frotaba con gestos rápidos los brazos, así que debía de ser consciente de que la temporada para ir con camiseta de seda y sin mangas ya había pasado.

Me planté de pie detrás de ellas. Se notaba que a ninguna de las dos les apetecía tomarse la molestia de estrecharme la mano.

—Hola —dije, y me senté.

Me sentía observada mientras sacaba del bolso los cigarrillos y el mechero. Se fijaron en la pintura de las uñas, en cómo cogía el bolso y lo colgaba en la silla de madera, en el tipo de peinado y en el color de la sombra de ojos que me había puesto precipitadamente.

—¿Han desayunado? —pregunté.

No me contestaron.

—No nos hemos presentado —dije a la mujer con camiseta de seda.

—Sé quién es usted —dijo.

—Pero yo no sé quién es usted.

La mujer levantó la mano y llamó a alguien. Un hombre que estaba sentado al lado de la puerta vino corriendo y dijo:

—Dígame, señora.

—Necmi, hazme el favor de buscarme un jersey, hace frío.

—Enseguida voy —respondió Necmi.

Agucé la vista y miré a la mujer.

—Usted es Yakut —dije.

Esa vez no pude evitar sentir cierta agitación.

—¿Por qué motivo quería verse con Mitra?

Mientras me lo preguntó, le noté en la voz tanto odio que me sentí obligada a dar una explicación.

—Yo no soy su enemiga —dije moviendo la cabeza de un lado a otro. La miré a la vez que esbozaba una sonrisa—. Lo que quiero es hablar.

¡Qué torpeza! Enseguida me había echado para atrás, justo cuando no era el momento de mostrarse amable.

Pedí un café al camarero.

—Sé que hablaste con Petra. Ella te vino grande, pero pensaste que Mitra estaba hecha a tu medida, ¿verdad? No sólo ellas están metidas en el ajo, sino que yo también lo estoy, entérate. Así que ¡mucho cuidado! —Dio un golpe en la mesa con la huesuda mano morena, y la botella de agua que había encima se volcó sobre el mantel con propaganda de las gaseosas Uludag, salpicando agua. Yakut apartó un poco la silla.

—No permitiremos que nadie nos haga chantaje —dijo entre dientes.

—No tengo intención de chantajear a nadie.

—Más te vale.

Miré a mi alrededor. El café estaba lleno de jóvenes y de domingueros que habían salido a pasear con los niños.

—Si es al majadero de tu abogado...

No sé si porque trató a Selim de majadero, o porque dio por sentado que yo necesitaba apoyarme en alguien, la cuestión es que su comentario me enfureció y me hizo reaccionar.

De repente, me incliné hacia delante, agarré con la mano izquierda el cuello de la blusa de leopardo y la empujé hacia mí. Yo tenía la mano encima de la mesa, en el mantel sobre el que hacía un instante se había volcado la botella, y la barbilla de ella tocaba mi mano.

—La majadera eres tú —dije acercando su cara a la mía.

—¡Yo te enseñaré lo que es armarla!

Le agarré el pelo con la mano izquierda. Ahora le había soltado el cuello y le presionaba la cara contra la mesa. Mitra se levantó chillando. Cuando oí los pasos que se aproximaban a toda prisa, golpeé con fuerza su rostro contra la mesa y la solté. Se sentó casi desplomándose en la silla y se agarró la nariz con cara de dolor, aunque no era la nariz lo que le sangraba, sino el labio.

—¡Señora Yakut! —dijo el hombre de traje negro que no era Necmi. Fijó la mirada en mí, esperando que le dieran la orden.

—No pasa nada —dijo Yakut—. Márchate. ¡No, espera! —le gritó—. Lleva a Mitra a casa.

Después de que se marcharan, Yakut se dirigió a los lavabos tapándose la boca

con la mano.

Encendí un cigarrillo.

Cuando Yakut volvió, ya me habían servido el café.

—¿Qué aspecto tengo? —me preguntó al tiempo que se sentaba.

No le respondí.

—¿Qué aspecto tengo? —volvió a preguntar.

—Mejor que hace un momento —dije.

—No fueron capaces de encontrarme un jersey.

—Vámonos —dije. Los clientes habían dejado de hablar para mirarnos.

Mientras esperábamos juntas el taxi, al otro lado de la calle, Yakut comentó:

—Es la primera vez que me encuentro en una situación así. ¡Para que luego digan que los alemanes son unos cobardes!

—Me he pasado —dije.

—A pesar de todo, no te hubiese perdonado si no fueses tan bonita.

—¡Calla! Será mejor que no hablemos del tema. He alcanzado una edad en la que tengo que convencerme de que la belleza no es lo que importa.

—¡Pero si aún no te falta nada!

Agradecimientos

La tarea de escribir un primer libro y editarlo no está exenta de dificultades tanto objetivas como subjetivas. Por ello quiero dar las gracias a los amigos que me ayudaron dándome su apoyo y opinión: Rüstem Batum, Arzu Çağlan, Tugrul Eryilmaz, Neslihan Kurt, Fatih Özgüven, Canan Parlar y Yildirim Türker.

Y también al médico forense y profesor Hamit Hanci, por haber dedicado una parte de su tiempo a contestar a mis preguntas no siempre agradables.